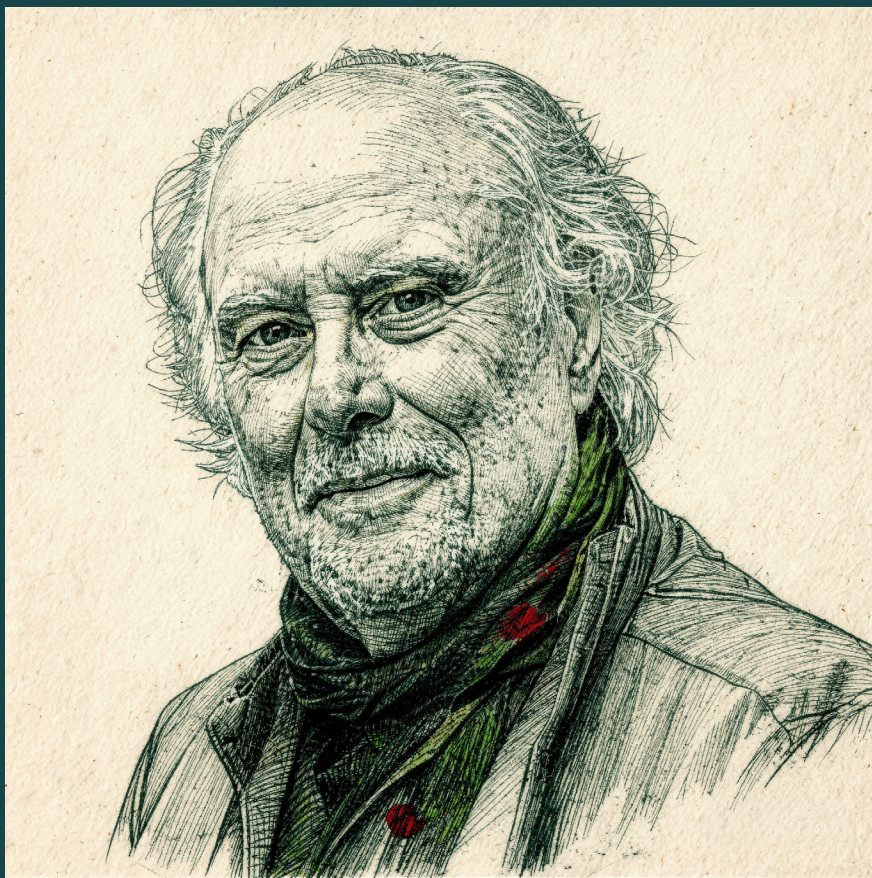


REBIS

EN LAS LANDAS DEL BOSQUE

Walter D. Mignolo





Walter D. Mignolo (Córdoba, Argentina, 1941) es semiólogo, crítico cultural y profesor argentino reconocido como una de las figuras más influyentes del pensamiento decolonial iberoamericano y miembro cofundador del Grupo Modernidad/Colonialidad. Es licenciado en Filosofía y Letras por la Universidad Nacional de Córdoba y con un doctorado en Semiología por la École des Hautes Études de París. Desarrolló una trayectoria académica en las universidades de Toulouse, Indiana, Michigan y, desde 1993, en la Universidad de Duke. Sus investigaciones evolucionaron desde la semiótica hacia las investigaciones de la colonización del Nuevo Mundo centradas en el concepto de «semiosis colonial». *The Darker Side of the Renaissance* (1995) (*El lado más oscuro del renacimiento*, Universidad del Cauca, 2015) es el resultado de estas investigaciones. Con este libro alcanzó reconocimiento internacional. A partir de entonces basó sus investigaciones en las aperturas y aportaciones decoloniales introducidas por el sociólogo y activista peruano, Aníbal Quijano. Desde entonces aportó conceptos fundamentales como «diferencia colonial e imperial», «pensamiento fronterizo» (derivado de *Borderlands/La Frontera*, de Gloria Anzaldúa), «colonialidad del ser», «geopolítica del conocimiento», y elaboró sobre los conceptos básicos introducidos por Quijano, que derivó en la «voluntad colonial de poder» y su instrumento el «patrón colonial de poder». Desde el 2011, investiga las transformaciones del patrón colonial de poder en la actualidad, elaborando los conceptos de «des-occidentalización» y «re-occidentalización» en las relaciones internacionales. Es además autor de libros influyentes como *Historias locales/diseños globales* (2000) y *La idea de América Latina* (2005), *El lado más oscuro de la modernidad occidental* (2011, 2024) y *The Politics of Decolonial Investigations* (2021). Recibió reconocimiento *Honoris Causa* de las universidades Nacional de Buenos Aires, Universidad Nacional de Córdoba y Universidad Nacional de Formosa, además de un *Honorary Degree* de la Universidad Goldsmith, en Londres. Sus libros han sido traducidos a varios idiomas (mandarín, turco, francés, alemán, italiano, español y portugués).



Autor:

Walter D. Mignolo

Título:

Rebis en las landas del bosque

2da edición a cargo de Juan Manuel Zuluaga Robledo y Juan Andrés Alzate Peláez

Transcripción:

Courtney Crumpler

Prólogos:

Facundo Giuliano

Bárbara Aguer

Enrique Foffani

Cartas:

Noé Jitrik

Severo Sarduy

Raúl Moarquech Ferrera-Balanquet

Diagramación y maquetación:

Andrés Álvarez Agudelo

Ilustraciones:

Estefanía Montoya Echeverri

Cómic:

Sara Serna Loaiza

Este libro no tiene costo. Puede ser descargado de nuestro sitio web y leído libremente. Cualquier reedición o modificación por cualquier medio debe contar con la autorización de Revista Cronopio®.

ÍNDICE

Prefacio a la segunda edición de Walter D. Mignolo	11
Primer prólogo a la segunda edición. Facundo Giuliano	21
Segundo prólogo a la segunda edición. Bárbara Aguer	29
Tercer prólogo a la segunda edición. Enrique Foffani	37
Prólogo a la primera edición. Juan Manuel Zuluaga y Juan Andrés Alzate....	55

REBIS EN LAS LANDAS DEL BOSQUE

Notas del Editor.....	62
Introducción del autor, Walter Mignolo	64
—I— Día Viernes en Tex City.....	67
Viernes, 7:30 hs.....	68
Viernes, 7:30 hs.....	69
Viernes, 8:00 hs.....	69
Viernes, 8:45 hs.....	70
Karl y Robert, 10:45 hs.	71
11:45 hs. Maison de Cecilia.....	71
Jean Willisky y Khaterine Tardisky, 12:10 hs.	72
La ciudad a partir de las diez de la mañana y la reunión del Cuerpo Policiaco.....	73
Residencia de Ella, 13:30 hs.	74
Stanley, 14:30 hs.....	75
Informe de la madre de Stanley al analista de éste	76
Graciela, diversas horas del día (Women's Liberation)	77
Cecilia, 18:30 hs.....	85
Marx, 19:00 hs.	85
Carolina, todo el día.....	87
Jack y Anne, viernes 15:30 hs., a veinte kilómetros de la ciudad, en un lugar de reposo vecino a un lago.....	88

—II— La historia de Micklos Jeremías Jancsó. Rebis entra en escena.....91

Momentos más tarde	101
Johana	103
Johana y Bob.....	108
Al día siguiente.....	110
Johana y Rebis.....	113
Sola en el Bar, Johana recuerda otra aventura de Rebis.....	113
19:00 hs. en el Salón del Oeste	120
Rebis, Bob, Smith: llegada a la zona del caucho y la banana y a la fortaleza del señor Smith.	123
Madrugada, hacia la fortaleza	125

—III— Continúa la historia de Rebis en las Landas del bosque 129

Rebis en las Landas del bosque (continuación)	130
Viernes, medianoche	130

—IV— Comienza el relato autobiográfico: cavilaciones y aventura de Walter Mignolo con Juana Roca..... 137

—V— Aclaraciones del Editor sobre lo que Walter Mignolo nunca llegó a saber sobre Juana Roca 149

—VI— Continúa el relato autobiográfico de Walter Mignolo, sus extravagantes aventuras y el relato de Ryan..... 153

APÉNDICE I. Páginas de Corazón que no sabe cómo morir y de Oh, los hermosos días 161

FĂRI	162
------------	-----

APÉNDICE II. Oh, Los Hermosos Días 173

I.—	174
II.—	174
Situación: Oh, Los Hermosos Días.....	175
III.—.....	175
IV.—	176

NOTAS EDITORIALES 193

ANEXOS. Cartas enviadas a Walter D. Mignolo 199

Carta de Noé Jitrik	200
Carta de Severo Sarduy.....	204
Carta de Raúl Moarquech Ferrera-Balanquet.....	206



PREFACIO A LA SEGUNDA EDICIÓN DE WALTER D. MIGNOLO

I

Los editores de la *nouvelle*, Juan Manuel Zuluaga (*cronopio* de la revista) y Juan Andrés Alzate (editor), me sugirieron escribir unas líneas exponiendo algunos detalles de la estructura y el contexto de la *nouvelle*, que ellos conocen, pero no quienes lean esta segunda edición. Comienzo por mi inexpressable agradecimiento a Juan Manuel, Juan Andrés y Sara Serna Loaiza (*cronopia* de la revista) por haber agregado un capítulo inolvidable a mis experiencias escriturarias colaborativas.

La historia es así. Unos años atrás, Juan Manuel, director de Revista Cronopio, estupenda revista literaria en línea quiero agregar, me invitaron a enviarles unas páginas para la revista. La primera invitación no supe qué podría enviar, y creo que no respondí. Llegó una segunda invitación. Era ya poco diplomático no responder. Recordé los manuscritos de *Rebis en las landas del bosque*, que escribí en París, primer año de beca de doctorado, en 1970 y que por alguna razón desconocida viajó conmigo de Francia a Estados Unidos y nunca lo perdí de vista. Les conté brevemente la historia y les sugerí que extrajeran algunas páginas que pudieran integrarse al espíritu de la revista. A las dos semanas me respondieron: ¡queremos publicarla completa! ¡Vaya sorpresa! Pues bien, así fue publicado el manuscrito original, tipeado en máquina Olivetti. No sé por qué razón no tenía ni tengo el original, sino la copia en papel carbón, algunas páginas un tanto borradas. Este fue en realidad uno de los atractivos: ¡publicar copia escaneada de un incunable, sin editarlo! Con un agregado. Había dejado cuatro o cinco páginas en blanco que debían ser compuestas por una escena en *bande dessinée* o tira cómica. Apareció entonces Sara Serna Loaiza (*cronopia* de la revista) que diseñó una escena de Gabriela, uno de los personajes, y el momento en que llega a *Las landas del bosque* en automóvil.

Pasado un tiempo me sugirieron recopiar el texto completo y hacer una segunda edición editando y limpiando el texto, además de hacerlo

más legible. Sugirieron también que escribiera un prólogo a la segunda edición (que es este) y algunos comentarios de lectores actuales que se agregarían a dos cartas de aquel entonces, una de Noé Jitrik quien fue mi profesor en la Universidad de Córdoba en los 60, y otra de Severo Sarduy, a quien conocí en París por intermedio del escritor mexicano Jorge Aguilar Mora. Estos dos comentarios fueron publicados en la primera edición (manuscrita). El texto fue recopiado por Courtney Crumpler, estudiante de grados y asistente a uno de mis cursos en Duke University. Los invitados actuales son Bárbara Aguer (Universidad Nacional de Buenos Aires), Enrique Foffani (Universidad de La Plata), Facundo Giuliano (CONICET, Buenos Aires) y Raúl Moarquench Ferrera-Balanquet (Howard University).

II

La *nouvelle*, como ya dije, fue compuesta en 1970, mi primer año de becario. Habitaba la *Maison de Japon*, en la ciudad universitaria. Contar con las veinticuatro horas del día dedicadas exclusivamente a leer, reflexionar y asistir a las clases de la École Pratique des Hautes Études (sin dejar de lado, por supuesto, la vida cotidiana de amistades y distracciones) marcó un antes y un después respecto a mi rutina en Córdoba, donde alternaba la facultad, el Cine Sombras y el trabajo necesario para sobrevivir sin becas. Había ya escrito una *nouvelle*, *El Salto*, que obtuvo el premio de consuelo en el primer concurso literario del diario *Córdoba*, en Córdoba, Argentina. En aquel momento no le daba importancia a lo que escribía, y el manuscrito lo perdí y no hay rastros en los archivos del periódico. Total, que con el tiempo que tenía disponible, decidí dedicar las mañanas a escribir otra *nouvelle*.

Hubo tres pilares que surgieron, así como así, sobre los cuales monté el relato. Digo, así como así recordando a Filisberto Hernández. Le preguntaron cómo encontraba las situaciones y los personajes de sus relatos. Respondió que él no los buscaba, sino que las situaciones y

los personajes lo buscaban a él. Diría que están ahí, a la espera. Se hacen presentes en la primera invitación. Los tres pilares son los siguientes. Dos son pilares de forma (para usar la terminología tradicional) y el tercero de contenido. Los dos pilares de forma fueron la muerte del autor (Roland Barthes, Michel Foucault) y la obra abierta (Umberto Eco). El pilar del contenido fue «The Human sexual response», el libro de William H. Masters y Virginia E. Johnson. Los dos pilares estaban en boca de todas y todos. Los dos primeros pululaban en la *Ecole*, el segundo habitaba las calles. Eran los años del *hippismo*, de la psicodelia y de la revolución sexual, que tuvo en el *Civil Right Movement*, en USA, uno de sus focos. La coreografía de las situaciones eróticas, en varias partes de la novela sigue el imaginario popular del erotismo occidental, salpicado de homosexualidad, muy distinto al *Kama Sutra*. Por eso Rebis es mezcla de Barbarella y James Bond, y así responden quienes entran en contacto con ella/él. Una de las escenas finales (A1, en el esquema gráfico de la novela, «Mirta y Orlando van a la cama»), está construida usando las descripciones técnico-anatómicas de Masters y Johnson, y las alteraciones biológicas de los organismos en el proceso del coito y del orgasmo, la cual situación desborda y opaca la imaginación erótica reduciéndola a alteraciones anatómicas de los organismos.

Hay un juego implícito que atraviesa todos los momentos eróticos del relato. En el prefacio de la novela, Walter Mignolo menciona a Montaigne junto con Georges Bataille en relación con el género literario del ensayo, aunque no alude a un texto fundamental de este último: *L'Érotisme* (1957). Todas las escenas sexuales de la novela entrecruzan la pornografía, el erotismo y la animalidad de los cuerpos, un aspecto que surge de las descripciones de Masters y Johnson y que se vuelve explícito en la relación entre Mirta y Orlando, en la última escena de la novela, «Oh, los hermosos días». En su ensayo, Bataille entiende el erotismo como una experiencia existencial que va más allá de la sexualidad: enfrenta al individuo con sus límites, con la prohibición y con aquello que la sociedad suele reprimir. Según su argumento, el erotismo implica

transgredir las prohibiciones que sostienen la vida social, especialmente aquellas vinculadas con la sexualidad y la muerte. Esa transgresión abre una experiencia interior intensa, cercana a lo sagrado, marcada por el exceso, la pérdida y la ruptura de la lógica utilitaria. Asimismo, la experiencia erótica disuelve las fronteras individuales y recuerda la muerte como forma extrema de pérdida de sí. Por eso, el erotismo aparece, en su pensamiento, como una búsqueda de lo ilimitado y una apertura hacia el misterio de la existencia.

Hay también otras referencias de época que recorren la novela. Quizá la más visible sea el cine. En aquellos años estaba tan inmerso en el cine como en la literatura, y en el Grupo Piloto de la Escuela de Artes realizamos dos documentales en grupo en los que participé: *Laguna Blanca* y *Más de la Mitad*. Este último obtuvo el Primer Premio —ya no el premio de consuelo, como había ocurrido con *El Salto*— en el Primer Festival de Cine Experimental organizado por la Universidad Católica de Córdoba. También atraviesan el texto diversas referencias antropológicas. Para entonces, contaba ya con los cursos de Antropología I y II, además de tres seminarios con el profesor José Cruz. A ello se sumaban dos investigaciones antropológicas diseñadas por el mismo profesor, a las que invitaba a algunos de sus estudiantes. Participé en la investigación realizada en Laguna Blanca, de la que surgió el documental, y también en *La difunta Correa*; sin embargo, no intervine en el documental derivado de esta última investigación.

Cuando comencé a escribir, los dedos sobre la Olivetti frente a la página en blanco, en las mañanas tranquilas de la ciudad universitaria se mezclaban confusamente —por un lado— las memorias de diez años intensos, en Córdoba, de lecturas literarias y teóricas (el estructuralismo, la semiología, el psicoanálisis) en la universidad, con las actividades del Cineclub Sombras, y otras tareas del Grupo Piloto de Cine iniciado por la Escuela de Artes de la Universidad que nos involucraron. Por el otro, el desconcierto de un joven provinciano sumergido en la cotidianidad

de París, en Europa diría, y la invasión de imágenes desde la moda a la *bande dessinée* a la del planeta en las ofertas de turismo, resumidas en la carta que María Rosa le envía a Orlando, en la última parte de la *nouvelle* (el *Fari*). La atracción del *hippismo* reunido en la plaza Dam de Ámsterdam, plasmadas en las páginas de *Cobra*, la novela de Severo Sarduy, las películas de James Bond, las novelas policiales y, sobre todo en esa época también, el interés por la brujería (Julio Caro Baroja, *Las brujas y su mundo*, 1966).

Puesto en paralelo el *Sabbath de las brujas* con las reuniones *hippies* en espacios abiertos —de los cuales la plaza de Dam de Ámsterdam y el Festival de Woodstock en 1969 son dos íconos—, nos dábamos cuenta de que la demonización de las brujas de ayer era paralela a la demonización del hipismo de hoy (1970). Los rumores de la época, amplificadas por la comadrería y los ecos de la esfera pública, pintaban aquellos encuentros como auténticas orgías, como si el desenfreno y la ruptura de los cánones morales flotaran en el aire. Se hablaba de perversión, de la supuesta corrupción de la juventud, de prácticas sexuales colectivas que, según decían, amenazaban el tejido mismo de la sociedad decente. Se tejían historias de drogadicción y vicio, en las que la sombra de las sustancias psicodélicas, la marihuana y otros brebajes recorrían los pasillos y jardines de las residencias. Quienes asistían a estas veladas eran, para la mirada externa, poco menos que apóstoles del exceso; figuras rodeadas de sospecha y rumor, como si la liberación fuera una enfermedad contagiosa para las almas cautelosas y reprimidas. Mucho tiempo después aprendimos de Silvia Federici que las perversas brujas de antaño no eran tales, sino mujeres liberadas del patriarcado y la férrea moral cristiana.

En fin, una parafernalia de imágenes, de situaciones, de personas y personajes que pululaban y se entremezclaban en un *sensorium* que llevaba el peso no sólo de la década en Córdoba sino también las memorias del pueblo chico (Corral de Bustos), en medio de la pampa gringa chica, donde crecí y viví la adolescencia antes de ir a la universidad.

Me resulta curioso y no tengo explicación por qué al comenzar a escribir, la escritura fue tomando un rumbo que hoy reconocería como una especie de ironía lúdica. Escarbando el baúl de los recuerdos, como se suele decir, lo que se me ocurre es lo siguiente. En París, Eduardo Gaggiano, también becado, argentino de Córdoba, y arquitecto, habitaba la *Maison d'Argentine*. Nos hicimos muy amigos. Resultó que Eduardo, como yo, nació y se crió en un pueblo chico. No recuerdo cuál, digamos Las Varillas. Hoy tiene unos 18.000 habitantes, la mayoría de ascendencia europea. Similar a Corral de Bustos, mi pueblo, hoy tiene una población de unos 12.000 habitantes, también la mayoría de ascendencia europea, españoles e italianos en su general, en ambos pueblos. En fin, que compartíamos la misma atmósfera pueblerina y familiar: Gaggiano y Mignolo, no hay como perderse.

Total, que comenzamos a dialogar en el lenguaje de nuestras tías. Lo cual generaba carcajadas a nuestras amigas y amigos argentinos en la *Maison*, que nos escuchaban y, a veces, nos pedían que de nuevo imitáramos a nuestras tías. Comentábamos situaciones corrientes en Argentina, en Europa y en París. Lo cual nos hacía reír también a nosotros dos, no sólo a quienes nos escuchaban. Cuando fui a Toulouse (mi primer puesto académico: *lecteur*), a comienzos de 1971 porque la beca de 800 francos se redujo a 150, por una devaluación del peso en Argentina, continuamos la comunicación en estilo epistolar, siempre comentando situaciones en Argentina o en París, a veces mezclados con recuerdos de nuestra adolescencia. Quien lea encontrará un botón de muestra en el relato de la madre al psicoanalista de Stanley, su hijo.

Quizás esos juegos entre argentinos de pueblo chico, región de inmigrantes, en el exterior incidieron en el tono de la *nouvelle*. Hay secciones en las que predomina la ironía, otras en las que lo lúdico se impone, y a veces ambos se entrecruzan. Recuerdo que, al redactar ciertos pasajes, me reía solo frente a la Olivetti; todavía me sucede cuando los releo. Quizá sea algo personal, y tal vez quienes lean no reaccionen de igual

manera, pero así fue para mí. Noé Jitrik en su carta lo resumió al decir que por momentos parece una chachada, usando un término del lunfardo, como las de Macedonio Fernández. Estos juegos y guiños también surgen en la mezcla de una canción de los Beatles, «Lucy in the sky with diamonds» con coplas del poema gauchesco Santos Vega de Rafael Obligado, o en las paráfrasis donde se cruzan textos de Lezama Lima, Alejo Carpentier y Pablo Neruda. Hay también fragmentos inspirados en folletos turísticos sobre paisajes o monumentos. Aparecen referencias de cine y escenas que siguen el ritmo de películas de Humphrey Bogart o novelas policiales de James Hadley Chase. Cada persona que lea podrá encontrar, o crear, sus propias conexiones.

La *nouvelle* no tiene final, me han comentado. No puede haberlo porque es una obra abierta. Podría haber continuado agregando memorias del narrador o transcribiendo páginas del manuscrito encontrado en la habitación del narrador (W. M.). Sabiendo que era así, una obra abierta, no recuerdo por qué decidí detener ahí la escritura y pasarle una copia a Jitrik y otra a Sarduy (de quienes se anexa correspondencia al final de este libro). Luego ya en Toulouse, el tiempo flotante del becario se terminó porque tenía que preparar clases, corregir informes de los estudiantes, participar en exámenes de fin de curso.

Algo debe haber ocurrido porque en esos años en Toulouse, 1972 y 1973, escribí mis primeros ensayos académicos. El primero una nota coescrita con Jorge Aguilar Mora, *Borges, el libro y la escritura*, publicada en *Caravelle* (1971), la revista de Humanidades de la Université de Toulouse, un ensayo muy en la onda del espíritu parisino. Los otros dos, más académicos y también en el espíritu de *Rebis*: *l'écriture*, la palabra mágica en la revista *Tel Quel*. El segundo artículo, *La dispersión de la palabra. Aproximación lingüística a poemas «Vallejo»*, publicado en 1972, en *Revista de Filología Hispánica* del Colegio de México. Dos conexiones con *Rebis*: la dispersión de las palabras, esta es la factura de la textualidad de la *nouvelle*, en el intertexto la palabra se dispersa. Por

otro lado, «Vallejo» entre comillas remite a la muerte semiótica del autor indicada por las comillas. Las comillas separan el texto de la psicología autoral. Hoy lo plantearía de otra manera. El tercer ensayo, *La escena y la escritura: una hipótesis de trabajo sobre la poética en América Latina*, publicado en 1973 en la revista *Hispanamérica*, creada y dirigida por Saúl Sosnowski en la Universidad de Maryland. La «escritura» aparece otra vez, con una variante: la escritura es lo que no se ve, lo que está debajo de la escena. Estos dos ensayos, revisados y vertidos al francés pasaron a ser parte importante de la tesis de doctorado.

Unas últimas y pequeñas observaciones de detalle. Los precios o cantidades en dólares que se mencionan en la *nouvelle* deben contextualizarse. Si May Gobelins hubiere pagado unos quinientos dólares por una creación Schreiber y Hollington, hoy habría que considerar, según el *Bureau of Labor Statistics* para economías estables, un 900% de inflación entre 1970 y el 2026, que en cifras redondas serían unos cinco mil dólares. *Rebis* recibía en aquellos años doscientos mil dólares por sus oscuros encargos fuera de la ley, hoy habría que calcular unos dos millones de dólares.

En fin, espero que quien lea disfrute, se entretenga y reflexione en cualquier etapa de la vida en que esté. Si 1968 fue el año de las rebeliones políticas de la juventud en Beijing (llegué a París en agosto de 1969), en México, en Checoslovaquia, fue por eso un año de rebelión y esperanzas. El *Civil Right Movement* en USA despertó la necesidad de liberación en la esfera pública. Si la inflación aumentó un 900% desde entonces hasta aquí, las esperanzas y las rebeliones fueron disminuyendo a la vez que los mecanismos de control y gestión de la disidencia fueron aumentando. En esas estamos hoy, 2026.

Walter D. Mignolo
Chapel Hill, North Carolina, junio de 2026.



PRIMER PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

**Reinterprete la aventura
silvestre en su bosquejo**

Por Facundo Giuliano*

El título de esta apostilla podría ser la consigna implícita en la novelita (por no usar una típica palabra francesa para referirla) que Walter D. Mignolo escribe en Francia con la sensibilidad de un muchacho cordobés que lucha por no perderse entre las luces de París. El proto-agonismo toma ese nombre que suena en *re*, también de repetición o exageración, o reincorporación del doble ido, del *bis* cual respuesta de (y a) un pueblo que pide algo más fuera de programa. El llano, del que emergen brotes silvestres como tejidos al abrigo del cosmos, es la base del bosque en que los tiempos se confunden: el futuro presente aparece en el telar de lo relatado. ¿Fragmentos de futuro cargados en el arma del pasado que nos traspasa hoy?

¿Cuánto puede aguantarse o soportarse el no saber? El autor, que escribió y extravió *El salto* (acción de interesante implicancia geográfica), escribiría *Corazón que no sabe cómo morir* y se quitaría la vida tres años más tarde, a sus hipotéticos treinta y cinco. La numeración y la falta enseñan vacíos notables que toman cuerpo visible (palpable) en el texto. El vacío se palpa en la ciudad textual aquejada por el mal de ojo, la contaminación atmosférica y el sufrimiento de la infancia. ¿Con qué ojos ver el paisaje si el maquillaje trasmuta la mirada que sonríe y baila, que suspira y llora en misteriosa, atractiva y maliciosa elocuencia? Hay rastros de vida más allá de la defunción autoral: Stanley (que no es un termo, ni una marca globalizada aún), ¿será tan ley que lee su época y se la resume a una señora embarazada como siembra de cuidado al porvenir?

Cita de contratiempo: refugio contra la ansiedad y la melancolía. Recomendable lectura con anteojos que protejan contra el deslumbramiento, mientras una filosofía de vida aparece en la entrega del cuerpo y el cielo se densifica de plomo. Vista protegida de iluminismo, filosofía carnal y grisácea que oxida haciendo pesar lo celestial. Desprendimientos que destruyen tejidos e interrumpen procesos (foto)*sintéticos*, insinuación tal vez de un corte con la consistencia fecal moderna y el plomo

hegeliano que contaminan la sangre, haciendo sentir pesada a la gente y tornándolas pasibles de esterilidad, misoginia, aborto no deseado, mortalidad infantil, frigidez. Mundos que no serían si les faltara su alteridad, personajes que quieren quitarse el marrón de la piel (Michael Jackson todavía era negro) o la liberación de su conciencia (¡ay, de conversiones y reconversiones!), hasta el psicoanálisis presentado como mejor método para blanqueamiento de la conciencia (entre un «No te metas con eso» y un colgar el teléfono), algo más dice entre líneas como que a cada Freud le llega su Fanon.

En la Ciudad Textual los entrecruzamientos parecen de opuestos complementarios, caleidoscopio y danza, gritos y flores, páginas y saltos, animales terrestres que buscan estrellas, sabor sentido por el tacto, sensación dérmica en la escucha, árboles que se ríen del muro, aves corriendo por auroras, puntos que no se cortan del misterio a la vista, gestos en el vacío existente, gobernantes e investigadores coincidiendo en un palacio hedonista. A veces no hay cadenas ni martirios, pero tampoco esperanzas, quizá por lo mismo, la belleza es una fuerza imponente que debilita y siempre aparecen raíces de las que agarrarse para no caer... Aunque las huellas indígenas se pierdan en el río, puede dar la sensación de escapar a la brecha, más nunca a sus flechas. ¿A dónde apuntan, a dónde impactan? No sorprenda entonces que el autor de la fórmula futura *El lado más oscuro...*, tres años antes de que Pink Floyd haga sonar su célebre álbum, encuentre solución en esperar la noche porque cuando esta cae en Occidente ve la sombra doliente.

En los confines del *universo*, no occidente, lo espiralado que marca una obra (ya no solamente la novela) anticipa el ciclo venidero con sus volúmenes y *materia* intersideral traccionando en las profundidades del espacio-tiempo epistémico. Entre las sombras, lo que asciende, el lado oscuro (brujeriles escobas en vuelo), justo hacia el oeste, puntos negros contra la luna clara de fondo, cubriendo la textualidad citadina en fricción con el aire. Los puños hacen música, mientras toda dificultad

estimula y la resistencia desafía —como suscita y mantiene— nuestra potencia de conocer. Re-existencia tácita, sugerida en la reconstrucción del paisaje con su *fuerza armonizadora*, imagen participando en la historia sin mayúscula. Por ejemplo, poner cinta Scotch sobre el siglo XVI, o sobre el Ars Magna que puede ser su referencia material y matemática explícita, y tomar el camino del mundo por la gesta qué hacer, por la vida qué ganar. América profunda es el lugar, el Olimpo profanado, cuna de grandezas silenciosas, nido de proezas ninguneadas.

¿Cómo no querer ir galopando contra las potencias de Occidente? Nada de nuda vida, ¡*traga vida!* Por más momentos de soledad retórica que haya, pechos de bronce que se caigan ante el peso de existir, también aburrirse de lo lindo. Entre los orígenes de la Pachamama, los manjares improbables, las bebidas cactáceas y cocotales, también advertir sobre qué se defeca cuando alguien se caga en la herencia de siglos que incluyen batallas de arma blanca en los Andes, a Bolívar solitario en Colombia, las torres de Tikal (Guatemala), los frescos rescatados en la selva de Bonampak o la acrópolis pluriétnica de Monte Albán (México), el enigma influyente de Tiahuanaco (Bolivia) y cuánto más... El vuelco (*pachakuti*) aquí puede ser también un tumbo formidable, una pirueta que reencuentra el animismo en praxis que enlazan realidades con la existencia de lo pluriversal nomás, poética truculenta y dulce flujo de la genitalidad telúrica.

Amorosos claroscuros. Libro en mano, el matrimonio es persecución del amor con coartada en la prostitución reducida a símbolo y caricatura de humillación tal como la mujer a instrumento de vanidad o angustia. El acto amoroso se condimenta con sapiencia y ternura, café en la mesa, la ración se reparte a razón de una alegría por tristeza, como sonrisa mojable por la lágrima, orgasmo asociado a una pequeña muerte. ¿Vergüenza de haber sido paria deshecho, flojo y ciego? Dolor de ya no ser, sino de estar en el amar que dice venir nomás y no hay achique cuando en la poética a golpes con la suerte le das. Si la aventura cansa, vivir pide

una vuelta más al terruño como argentino al argumento de su suelo transportable por el mundo. La cadena eslabona lecciones, exámenes, corridas que, no importa si son de vocación o vacación, igualmente impiden la reflexión.

No hay cura para quien su psicopatología es una forma de vida, una respuesta ante el mundo, un rechazo a la integración o inclusión a lo Mismo, goce de percibirse figura central de una crisis trascendental en la que también afina la esperanza de un demiurgo terrenal. El show debe continuar, pero no siempre puede, así aparece la noción de raza cercada, cuerpos racializados pegados a un alambrado, ojos allí asomados como único vehículo de lo extrañado. Y la liberación no quita la pesadez del corazón cuando el arribo al punto de destino se aproxima: África sin imposiciones, sueño derramado, sede de movimientos de atracción sin lenguaje que la vida ejerce, crea y mantiene. Cuerpos evaporables, pues no se olvida que somos mayormente agua (tampoco la injusticia de llamarse Tierra precisamente el planeta cuya mayoría es agua, aunque no haya queja de ello y eso algo enseña incluso a su habitante egocéntrico).

El mundo de los hechos emocionales son núcleo de actividad inventiva, imaginativa y no meramente representativa... De la fantasía (ideológica, científica, utópica, política, simbólica, artística, religiosa) a la fábula que confunde praxis vital con interés inmemorial, la experiencia del destierro y la proscripción se novela en su acto narrativo. «Dios, ese filicida, se crea en la muerte de su hijo que termina por ser la propia», palabras-guías de quien nace, como cualquiera, de una leyenda oral y escrita. Qué simpático y difícil juega el Walter, nuestro Walt, en la clínica dirigida por el Doctor Gregorio Berman (también escrito 'Bergman' como el cineasta), que si tuviera una 'n' más sería homónimo completo de ese protagonista de la Reforma de 1918, amigo de Deodoro Roca y esa junta inolvidable en su *Sótano* (no se pierdan esas referencias), olvidado introductor del psicoanálisis lacaniano y visitante de Freud, autor de

Juventud de América y tanto más. Una experiencia de corporalidad en el texto y de mandarse a mudar (a mutar) en la edición.

Agua va, agua viene. Quien permanezca sentado, inmune frente a los acontecimientos, se transforma en piedra (siempre maleable por la paciencia de la gota), quien se mueva será pájaro siguiendo los hilvanes de una intriga. La vela tiembla, bailotea sobre un entrevero de letras y el escribiente lucha en medio de ese titilar de sombras entre líneas. Desde el barrio y el barro de Nueva Córdoba a toda localidad que comience con el nombre «New Algo», la aventura bosqueja el método de (bi)lenguajero cual zigzaguo vital contenido ya en las iniciales espejadas del querido WM. Calé la poesía escondida en la prosa, pero también mezclada, intercalada, entre el río arcilloso (más Suquía que Sena) y la ciudad casillero (...ubique aquí la que más le parezca...) desolada en lo innumerable de su repetir muros callados, millones de sufrimientos divididos, pobreza unida a cierta grandeza con cruces de hierro, el pensamiento «renovado» (d)enunciado como humo brumoso que flota en el cielo de la modernidad y brota de las alcantarillas de la colonialidad.

* * *

Un anti-spoiler de posdata: Walter no se quitó —ni perdió— la vida a sus treinta y cinco, la multiplicó en *Rebis* (en las landas del bosquejo de su vida) y la sumó a la nuestra, esbozo de rompecabeza con tonada cordobesa, que translitera vivencias en experiencias con el jugo de jugarse como peli de acción dramática en lengua argentina, mixtura latina, afro e indígena, lunfarda, migrante, fronteriza. Con vida convida, da gracias y politiza sonrisas.

Septiembre de 2025

*Facundo Giuliano es Doctor en Ciencias de la Educación por la Universidad de Buenos Aires. Posdoctorado en Ciencias Humanas y

Sociales por la Facultad de Filosofía y Letras (UBA). Se desempeña como Investigador del Conicet, profesor del Instituto Superior de Formación Docente «Dr. Joaquín V. González» y en posgrados de Universidades Nacionales de Argentina. Director de proyectos de investigación con sede en el Instituto de Investigaciones en Ciencias de la Educación (UBA). Ha sido profesor e investigador visitante en universidades extranjeras, de América Latina y Europa. Ha dictado seminarios de grado y posgrado, y publicado en revistas nacionales e internacionales sobre problemáticas pedagógicas, filosóficas, psicoanalíticas y literarias. Autor de *Rebeliones éticas, palabras comunes: conversaciones (filosóficas, políticas, educativas) con Judith Butler, Raúl Fornet-Betancourt, Walter Mignolo, Jacques Rancière, Slavoj Žižek* (Miño y Dávila, 2017), *¿Podemos pensar los no-europeos? Ética decolonial y geopolíticas del conocer* (del Signo, 2018), *Espejismos de la formación contemporánea: controversias del evaluar / eróticas del educar* (Lugar editorial, 2022), *Contrafilosofías de la evaluación: pedagogías sin rendición* (Miño y Dávila, 2022), *Evaluar y castigar: apuntes sobre la (des)colonialidad pedagógica* (Prometeo, 2024). Prologó y compiló *El vuelo de la pluma* (Miluno, 2021), que reúne textos inéditos de Tununa Mercado.



SEGUNDO PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

**DE FRONTERAS TRÉMULAS AL
PENSAMIENTO FRONTERIZO**
*Acercamiento a **Rebis en las landas**
del bosque de Walter Mignolo*

Por Bárbara Aguer*

¿Cuántas muertes admite la búsqueda de una lengua?

Mignolo se ha suicidado. El gesto inaugural de *Rebis en las landas del bosque* no es mero guiño postestructuralista, sino confesión que advierte lo inevitable: en el devenir autor, algo muere. Hay algo propio que muere en la entrega de esa fijación escrituraria, hay también un sentido que prolifera y se desarma. La *nouvelle* se escribe desde ese pliegue: juego entre desaparición y exceso, entre narrador y archivo; juego, también, de ese autor con las inflexiones del lenguaje que enredan el sentido barthesiano, que anticipan la ironía y el humor que van a atravesar la trama que construye la topología de Tex City.

La trama: fragmento, montaje y proliferación

La trama no se organiza a partir de una linealidad narrativa clásica, sino desde la materialidad misma de la escritura. Fragmento, proliferación y montaje constituyen un principio compositivo del texto. Hay una evocación del lenguaje cinematográfico en las marcaciones y ritmos que cobran las descripciones entre los personajes y sus escenarios; escena y personaje, de a ratos, se funden.

Puede advertirse una resonancia —no exenta de distancia— con el clima onírico del rioplatense Filisberto Hernández, particularmente en la manera en la que se extrema la intimidad del personaje con el entorno, produciendo una ontología de la «mezcla»: fusión del personaje y (sus) cosas. Sin embargo, en Mignolo la disolución del borde no se produce por el rodeo minucioso en el detalle, sino por la proliferación en la cadena de significantes que nos va llevando por distintos escenarios, géneros y personajes. Es esa proliferación la que quiebra los límites y rompe las fronteras que requiere una ontología «limpia», del ser; lo que desarma la lógica moderna de la propiedad y del sujeto propietario.

En Tex City, los personajes se encadenan, se fusionan en el ritmo y elementos de su entorno: miembros humanos se confunden con la vajilla y restos de naturaleza en los mostradores de los bares. Los personajes lanzan hilos que los van tramando entre sí, volviéndose incapturables. Resulta imposible seguir a uno sin enmarañarse en la red del conjunto. La economía del lenguaje narrativo se burla de la austeridad representacional: hay derroche verbal, exceso de imágenes y una deriva semántica que impide la clausura del sentido al tiempo que hace avanzar la narración.

El Oeste: contaminación y relato policial desviado

El caos se gesta al oeste. Un vaho que avanza desde la periferia hacia la ciudad produce contaminación moral y material, tiene que ver con aquello que sucede en las landas del bosque. Tex City aparece, así, como una ciudad sobresaturada de polución discursiva y material: la misoginia, la consistencia soretal y la anemia producto del aumento de Pb en sangre, de acuerdo con la mirada policial, parecen ser efecto de las reuniones clandestinas en las landas.

Así, el texto introduce la torsión propia del género policial sólo para desarmarla cada vez que nos acerca a aquello que sucede en el oeste:

Rompe los tiempos del género, aquí hay regodeo en el proceso al punto que desamarra la ley teleológica que organiza el género policial. Podríamos repetir «toda narración es un policial»: sí y no. Esa creencia sólo se sostiene en esquemas de pensamiento ligados a la lógica de la representación y la causalidad. Esta *nouvelle* tiene su detective, tiene su misterio y el propósito deriva hasta diseminar la finalidad en algo que se asemeja bastante al deambular. La satisfacción que ofrece no está en capturar el significado último, no hay clausura del sentido, sino que el sentido se desparrama en un paseo entre significantes que, ya sea por las

imágenes que van produciendo, ya sea por su semblante fónico, alojan a quién se lanza a recorrerlo. No sabemos del todo a qué mundo llega Rebis; sí sabemos cómo: lo hace de un trazo y afirmando la ambigüedad. La llegada de Rebis se produce justamente en la frontera en la que el narrador omnisciente se abre paso dentro de la trama hacia la primera persona.

Así también rompe los bordes narrativos; conforme avanza el relato, el narrador —al comienzo— omnisciente va cruzando las fronteras del texto hasta introducirse como un personaje más. Ese narrador se vuelve el explorador que, a medida que va quebrando bordes, hace visible los límites textuales que estaban operando y muestra la inestabilidad entre ficción, documento y crónica. Un narrador que hace explícitas sus batallas entre vitalismo y racionalismo y torna sensible el carácter material y la topografía misma de la escritura, constatando que la filiación fonética entre el topónimo Tex, Texto o *Text* en inglés, no es ingenua: opera aquí cierta condensación en los términos neobarrocos de Sarduy y ese juego del artificio que desbarata finalmente los bordes entre las palabras y las cosas.

Rebis en las landas del bosque es testimonio de ese borramiento de la última frontera, la del significado y las cosas, dejando al descubierto que el territorio que nos queda es el político: cuando se rompe esa última frontera ya no queda un significado oculto que desentrañar o robarle a las cosas; estas colapsan en la narración que las produce, en la superficie signifiante. Lo que queda es el juego de la disputa por el sentido mismo y la interpretación que crea el orden de las cosas.

El autor y su obra

Este movimiento político que deja al descubierto el artificio narrativo de *Rebis en las landas del bosque*, nos habilita una operación irreverente:

rescatar al autor de su muerte postestructuralista para inscribir la *nouvelle* en una lectura de conjunto de la obra de Mignolo.

Este autor revivido no es el mismo, resulta imposible volver de la muerte posestructuralista a la misma forma: caída toda trascendentalidad, la inmanencia del compromiso político resuelve el modo de amarrarse a la existencia.

Esta *nouvelle* admite ser inscrita en las preocupaciones posteriores de un Mignolo marcadamente decolonial: en Tex City, como figura territorial, conviven las preocupaciones higienistas, hiperracionalistas y de control de la pureza (del aire, el deseo, el cuerpo) con aquello que sucede en la periferia, en las landas del bosque y que no termina de encontrar representación ni traducción intratextual acabada.

La ironía con la que aborda el psicoanálisis y su pretensión normalizadora, la sistematización lógica del sentido hasta el absurdo, la problematización de la heteronormatividad, la preocupación por cómo se inocula y se habita el deseo de blanqueamiento, las referencias tangenciales a revueltas indígenas y los saberes—otros, la inquietud por el borde, el margen, la frontera, son preocupaciones que atraviesan la obra de Mignolo desde sus inicios, y esta *nouvelle* es testimonio de ello. Aparecen como confesión, detalles o marcas de personajes que se introducen de manera temprana y son tratadas sin la solemnidad, ni la densidad sistemática del trabajo académico posterior, pero habilitan otras formas de abordar la pregunta por el dolor, la injusticia, el margen: formas que el artificio literario admite, maneras de resistir en el humor y en la erosión del sujeto pleno, el texto normativo y el sentido cerrado.

En este punto resulta inevitable evocar la figura de Gloria Anzaldúa. Ella construye un territorio entre neobarroco de contra-conquista y la decolonialidad que conmueve al Mignolo filósofo y actualiza su trabajo: la figura de *pensamiento fronterizo*, otorga situacionalidad corpo

y geopolítica a preocupaciones que se ven desde temprana edad, como atestigua esta *nouvelle*. La alteridad en sus distintas formas, la pregunta por el sentido y por lo que resulta —aún— balbuceo; la posibilidad de habitar bordes para hacer construir una lengua «común», la convicción de que resulta posible una política de frontera, parecen ser inquietudes que acompañan una obra que va mostrando múltiples aristas.

Rebis en las landas del bosque no ofrece una síntesis reconciliadora, ni un final apaciguador. Por el contrario, muestra lo trémulo de un artificio fronterizo, problematiza las condiciones de su propio origen, desobedece la unidad de género y, en el collage discursivo, afirma una convicción persistente: la imposibilidad de la totalidad cerrada y homogénea. Siempre hay un resto irreductible y es en esa *restancia*, en esa frontera, en donde la escritura de Mignolo parece instalarse.

Enero de 2026

*Bárbara Aguer es profesora de filosofía (Universidad de Buenos Aires, UBA). Doctoranda en filosofía (UBA) con el proyecto de investigación titulado «Crítica a la gramática del reconocimiento. Cartografías del deseo en la modernidad/colonialidad/decolonialidad». Trabaja como docente del Departamento de Filosofía (FFyL, UBA) en las materias de Ética, Problemas especiales de ética y Filosofía de la cultura e intercultural; en la carrera de filosofía del I.E.S. n 1 «Dra. Alicia Moreau de Justo», dictando Pensamiento argentino y latinoamericano. En el Departamento de artes dramáticas de la Universidad Nacional de las Artes (UNA) imparte Problemas de la filosofía y la estética contemporáneas; y en la Universidad Pedagógica Nacional (UNIPE) dicta Mundo moderno I. Es integrante del comité académico de la Campaña Latinoamericana por el Derecho a la Educación (CLADE); corresponsable del proyecto GEOFILyA. Es militante feminista. Participa en grupos de investigación vinculados a sus temas de interés, entre los que se encuentran las

corrientes contemporáneas de filosofías latinoamericanas, los feminismos comunitarios y decoloniales, la perspectiva descolonial y la filosofía política. Ha publicado numerosos artículos en revistas científicas y libros vinculados al campo.



TERCER PRÓLOGO A LA SEGUNDA EDICIÓN

**Walter Mignolo y su (W)alter ego:
los funerales del sujeto
(Sobre *Rebis en las landas del bosque*)**

Por Enrique Foffani*

Walter Mignolo escribe *Rebis en las landas del bosque* en 1970 como becario de doctorado en París, ciudad a la que llega en 1969. No es el primer texto narrativo que escribe, hay otros dos previos cuyos títulos entrañan, de modo asombroso, dos campos semánticos que habrán de incorporarse a esta *nouvelle*: *El salto* y *Corazón que no sabe cómo morir*. Mientras los «saltos» demolerán el realismo como estética narrativa, en el plano formal, proponiendo un montaje a-mimético como el cine de vanguardia —saltos que son, en verdad, cortes en la escritura y en la narración—, el sentido de «la muerte» se presenta, en el plano del contenido, como el terreno del no-saber. El corazón delator de la muerte desarticula todo plan racional, por eso entre tantas cosas que representa y simboliza *Rebis en las landas del bosque* es la de ser un experimento marcado a fuego con su étimon: *periri*, el perecer, el morir acompañado por ese no saber cómo hacerlo. Experimento, en la *nouvelle*, que concierne a ambos planos, tanto a la forma como al tema: es un ensayo —un ensayo y error del cual aprender—, una tentativa entre el divertimento y la *diversión*, entre lo serio y lo jocoso, siempre en un entredós. En el fondo, una forma paródica, seria y melodramática del canto del cisne del amor: como el título del libro de Remis de Rougemont, *El amor y occidente* pero cargando sobre este último concepto otras cargas semánticas que se adentran en otro corazón, el americano, que es la contrapartida de todo lo narrado en la *nouvelle* desde el sujeto de la enunciación al universo entero de la ficción. Roland Barthes está entre bambalinas todo el tiempo: es el fantasma que recorre el texto y hasta parece dictar sus *fragmentos de un discurso amoroso* que Mignolo anota como un escriba y escritor al mismo tiempo pero en clave de otras lecturas, además de las literarias, como la incursión en la sexología de Masters y Johnson y la indagación del cuerpo como anatomía y fisiología en consonancia con las condiciones de la época. Esta novela-experimento tiene un costado que no quisiera dejar librado al azar: me refiero a pensar cómo, en el marco de una historia cultural del escritor latinoamericano, el otorgamiento de una beca prodiga la posibilidad de escribir novelas, y no solo me refiero al caso de Mario Levrero y su novela luminosa, quizás la más

famosa, ya que la lista es larga. El tiempo de las becas parece reparar la carencia de infraestructura, recurrente en nuestra tradición, habitada con frecuencia por la figura del escritor pobre y sin recursos pero con abundantes capitales simbólicos. Las becas suscitan la creatividad y restituyen la dignidad del escritor latinoamericano que lucha por conseguir los recursos necesarios para escribir su obra.

Como punto de partida de nuestra lectura de *Rebis en las landas del bosque*, cabe señalar la importancia de las fechas que se vuelven, por lo tanto, decisivas. En primer lugar, porque se impone una pregunta ¿es posible leer hoy una *nouvelle* —o *nivola* según la nominación dada por Unamuno— cuando esta ha permanecido inédita hasta el año en que apareció la edición del original escaneada? Recordemos, sin embargo, el anticipo de un fragmento que publicó la revista *Caravelle* de la universidad de Toulouse en 1971. En cierta medida, esta es una *nouvelle* nómade. Llevada por su autor, viajó de París a Toulouse, después de Europa hacia Estados Unidos donde hibernó más de medio siglo y ahora se traslada desde el Norte de América a Colombia para ver la luz de una segunda edición pasada en limpio sin tachaduras y correcciones. Prestemos atención en ciertos vocablos escritos hasta ahora: Colón, carabelas, occidente, viajes; las traslaciones trasatlánticas e incluso, internas en el mismo continente, inscriben desde el inicio en la *nouvelle* la historia americana. Esta no es ajena a aquella sino todo lo contrario, pues la convoca entre los pliegues de su estructura estética. ¿Puede, entonces, un texto despertar en el siglo XXI y ofrecerse al presente de los lectores cuando ella misma no accedió a la recepción de su propio tiempo? ¿Se lee lo mismo un texto publicado que uno sin publicar cuando pasan tantas décadas?

En segundo lugar, las fechas trazan además los límites del contexto de enunciación y de la esfera cultural en que se inserta: el sujeto-autor llamado Walter Mignolo, en su condición de becario argentino como estudiante de doctorado, se halla en París entre dos mundos y bajo el

influjo de su época. De un lado el mayo francés y sus repercusiones todavía recientes, en el marco de la Guerra Fría, partícipe activo del ámbito académico parisino y la figura mentora de Roland Barthes y del otro el éxodo de profesores de la universidad pública argentina con el golpe de Onganía y la proscripción y retorno del peronismo, de hecho en el texto se habla de una «algarabía» ligada a 1973 como año en el que el fin de la dictadura militar da pie a las elecciones democráticas. Por lo tanto, del lado de allá y del lado de acá alude con suma claridad al puente cortazariano, a ese cruce constante que busca unir los dos mundos. De este modo, *Rayuela* y *Rebis en las landas del bosque* comparten mucho en relación a la condición del autor con su estatuto extraterritorial o en estado de *nepantla* y acuciado, además, por una *double bande* con sus galerías secretas que comunican Buenos Aires con París y en la novela de Mignolo a los pasajes a veces cinematográficos y otras meramente mentales, imaginarios y alucinatorios que producen discontinuidades en el orden teleológico en la temporalidad. Y claro, hay otras bandas: desde la conformada por el Club de la Serpiente, más surrealista y erudita a la de los acólitos de «prácticas ilícitas todos los viernes por la noche en las landas del bosque periférico del sector oeste de la ciudad». Bandas y bandadas de sicarios y asesinos a sueldo, bandos y contrabandos de materias primas, todo lo cual focaliza el espacio americano por una u otra razón. Una vez más París como el mangrullo del sujeto desterritorializado: ¿Se ve mejor, acaso, desde lejos? Una mirada prósbita desacomoda el entorno y permite avizorar lejanías y otear el horizonte remoto allende los mares. Le pasó a Rubén Darío, el primer *sudaca* en Europa que se decepcionó de la ciudad—luz y les fue pasando a todos: a Oswald, a Oliverio, a Gardel anclado en París. *Verfremdungseffekt* llamó Bertolt Brecht a esa iluminación profana de descubrir a distancia el lugar propio, ese cogollo innombrable e indefinible que es la zona de pertenencia, una reserva ecológica compuesta menos de identidades fijas que de protocolos ancestrales orientados al bienestar —el buen vivir— en el mundo. Al final de cuentas todo deviene fronterizo. *Rayuela* y *Rebis* convocan al juego y sus símbolos: una

uniendo el cielo con la tierra y la otra saltando del mundo feérico de las landas del bosque al de las brujas truculentas y los asesinos impasibles que matan por encargo de forma serial. El título del libro implosiona los cuentos de hadas y el lugar por antonomasia de la imaginación infantil: el bosque despierta lo maravilloso y nos recuerda canciones de la infancia como *Juguemos en el bosque mientras el lobo no está*. Un pasadizo secreto revela en la *nouvelle* las lindes entre la bucólica sexual y el policial más que negro, sanguinario, entre el melodrama y las corrientes musicales cultas y populares que lo escanden y lo potencian y el *road-movie* que hilvana experiencias de diversas esferas de sentido (aquí la *aventura* adquiere múltiples sentidos: va de la teología a la economía política, de la etnografía a la sociología, de la geografía del turismo a los mapas geopolíticos, etc.), entre el sistema de la moda y sus adyacencias de frivolidad al sistema de las teorías sexuales y su cosmogonía sesentista, oriental —ya sea budista, védica—, hippie, científica, beatnik. De este modo, la *nouvelle* oscila entre múltiples géneros discursivos, atravesados a su vez, por procedimientos retóricos que comandan los tonos y climax/anticlímax a través de la ironía, el humor, la parodia, la burla, la sátira, la desacralización. Una paleta abundante para un joven narrador situado ahora de modo extraterritorial: abierto al del presente y al del pasado del cineclub Sombras, de los estudios universitarios en Córdoba.

En tercer lugar, las fechas cartografían un tiempo de lo no-simultáneo, porque la otra pregunta crucial es la siguiente: ¿*Rebis en las landas del bosque* es, en definitiva, una *nouvelle* contemporánea? ¿Puede conectar con nuestro presente y abrirse a la recepción después de tan largo letargo para salir finalmente del clóset del confinamiento? Medio siglo después, el autor, el hombre que volvió de la muerte, levanta la condena. ¿O es acaso que ha podido *desolvidar* la existencia material de la *nouvelle* y restaurarle una nueva temporalidad con esta publicación? ¿Será que es ahora en esta década del 20 del siglo XXI el tiempo para leerla? Sí, efectivamente, resulta contemporánea de nosotros, entonces significa que aún tiene algo que decir pese al tiempo transcurrido. Lo novelesco

de *Rebis en las landas del bosque* construye en la escritura un espacio frutivo: un texto de placer cuya tentativa, más allá de su vocación epocal de destruir a toda costa el realismo, es hacer coexistir, precisamente, lo refencial y lo imaginario. En la línea de la narrativa latinoamericana que inventa ciudades (Onetti, Rulfo, Carpentier, García Márquez, y antes Faulkner desde Norteamérica), Walter Mignolo propone su *Tex City* que por un lado repone los alrededores periféricos de la ciudad letrada, con sus márgenes lúmpenes y poblada de murmullos quizás en otras lenguas no dominantes, pero demasiado vigorosas para hacer de la voz un acontecimiento. Pero, por otro, es una ciudad cosmopolita, ultramoderna, imposible, ordenada por otros motivos que no son los que Ángel Rama esgrimía para describir esa primera escena urbana inmediatamente después de 1492. Ahora se trata de una ciudad atravesada por el consumo de las sustancias psicotrópicas, habitadas por mundos frívolos engendrados en el capitalismo, de los traficantes de drogas y expoliadores de materias primas, de Cuerpos Policiacos, en la que hay Palacios de los Placeres, una visión urbana que recoge imaginarios de la tradición y otros que se formulan a partir del horizonte de expectativas de la época.

A la luz del axioma nietzscheano de «Dios ha muerto», en la década del 60 del siglo XX tuvieron lugar dos declaraciones de muerte: «la muerte del hombre» por parte de Foucault y «la muerte del autor» por parte de Roland Barthes. Actas de defunción que Mignolo tiene en cuenta y pasa en limpio en esta *nouvelle*. Respecto de la primera, se pasa de Dios al hombre y este último entendido como una invención nacida de la Revolución francesa, una idea relativamente nueva que se había convertido en una figura pronta a disolverse como «un rostro de arena» en lo ilimitado del mar. El hombre resultó de arena y así moría borrándose a la orilla del mar, tal la descripción de las últimas líneas de *Las palabras y las cosas* de Foucault. Ahora, Barthes arremetía contra la función autor que también era un personaje moderno suprimido ahora en beneficio de la escritura. En este marco teórico-filosófico, Mignolo pergeña una

figura de autor a la que le da cabida en la *nouvelle* y al mismo tiempo la erradica por medio del suicidio. En la tradición latinoamericana, es César Vallejo en su famoso poema «Piedra blanca sobre piedra negra» quien escribe, en la década del 30 y también en París —lo cual no es un mero azar que sea París esa ciudad donde se escribe— su autodeclaración de muerte en primera persona: «César Vallejo ha muerto». Toda la *nouvelle* es la publicación del manuscrito que deja Mignolo antes de suicidarse en la clínica del Dr. Bergman, un apellido escrito ambivalentemente: con o sin g, el cual remite a las sierras de la provincia natal. Esta treta de ficcionalización de la muerte del autor es un doble acto de defunción, pues también persigue el propósito de matar el realismo, porque este entronizaba al autor como propietario del texto y como punto de contacto entre vida y obra. Varias notas del editor suministran algunos datos biográficos relevantes. Roland Barthes plantea que a la muerte del autor le corresponde el nacimiento del lector. En la estela de Onetti —otra vez Onetti que, también en los años 60 había vuelto para que Larsen se hiciera cargo de ese *astillero* abandonado y desarmado que no era otra cosa que el viejo realismo— con sus anteojos culo de botella irrumpiendo en *La vida breve* como un personaje más, autoparodiándose, incluso con cierto tono burlesco, así también Walter Mignolo aparece en la *nouvelle* con su nombre y apellido virando hacia un género más autobiográfico: leemos que se trata de «un argentino que vuelve al terruño para instalarse en [su] comfortable habitación de alienado, a conversar con la Doctora, a pasear por el parque y a comenzar las redacción de [sus] memorias que el lector tendrá a disposición» y que estaba preocupado por el memoriaje, entre otras cuestiones. Autor/lector: ¿y entonces qué con nuestro presente? ¿O leemos *Rebis* como una novela histórica adherida a una década, la del 60, que en el año 1970 aún no había terminado? Walter Mignolo hace suicidar a su (*W*)alter ego y de ese modo pone de manifiesto la profusión de yoes que toda escritura genera. Cabe decir que tomo la expresión del cubano Cabrera Infante: «Mi genio es un enano llamado Walter Ego», otro escritor que hace del humor un guiño constante en el juego de palabras, en ese crótalo fónico que es todo retruécano.

No es menor la autolimitación de ese otro yo alternativo que sobrevuela constantemente en la escritura. El Mignolo prologuista confiesa que la contraseña mágica es la palabra *écriture* por su capacidad de condensar de algún modo la efervescencia del ámbito académico en el París de fines de los años 60 cuando, justamente, se encuentra estudiando mientras escribe la novela gracias a la beca. En línea con Barthes, sabemos, Agamben reduplica la apuesta: el autor ocupa el lugar de un muerto. ¿Todo autor es *il morto chi parla*? En definitiva, el autor se suicide o no, ya está muerto de antemano, según esta teoría. La autodesaparición del autor es *tel quel*: una deseada impersonalidad que Mallarmé había ya ensayado como un relato probado más que comprobado y lanzado su propio legado hacia el futuro, como si el poeta se hubiera jugado toda su fortuna a una sola ficha: la del *libre a venir*. *Rebis en las landas del bosque*: ¿es ese libro que durmió medio siglo para estar seguro de llegar al tiempo que le correspondía? ¿De llegar a tiempo todavía? ¿*Rebis en las landas del bosque* es ese libro futuro en busca de lector? ¿O como los seis personajes de Pirandello todavía está en busca de autor o mejor de editor, porque después del suicidio quién va a editar el libro? Podemos decir que toda esta ingeniosa historia de la muerte de WM es barthesiana y mallarmeana y no estaríamos faltando a la verdad. Una *écriture* que se fragmenta y que se menta a sí misma como acto de destrucción —sin olvidar aquello de que «la destrucción fue mi Beatrice» del autor de *Un coup de des* que bien sabe que Dante no puede quedar fuera del juego, del juego de La divina comedia— presupone además una conciencia de la tradición occidental desde los atisbos fundantes del primer romanticismo de Jena y el simbolismo francés hasta llegar a la estación terminal de las vanguardias históricas, las cuales parecen resurgir otra vez alrededor de los 60. Pero su concepción de escritura revela también el lado de acá, del lado de la cultura nacional, ciertas *liaisons* insoslayables: la inflexión de Macedonio y, también, la de Ezequiel Martínez Estrada. El arte del fragmento se cuela en la prologomaquia del *Museo de la novela de la eterna* y lo episódico de la parte remitía a la totalidad solo desde lo imaginario. O, como escribiría, con humor,

el *zapallo que fue cosmos*. En esta línea, *Tex City* es otro cosmos —o tal vez un *caosmos*— pero la inclusión de la imagen del tejido (de *tex* a *text*) para referirse al texto manifiesta el fino saber sobre el punto —o los puntos— que todo tejedor entrelaza con habilidad durante la labor manual. Punto y seguido, punto y aparte, punto final, puntos suspensivos, confluyen todos en ese *punctum* barthesiano que muestra, de un modo fotográfico, la graficación de la muerte. Por eso, quién murió es un (W)*alter Ego* de Walter Mignolo que escenifica la función autor y por estas artimañas cabría afirmar que esta historia un poco melodramática del suicido en la clínica del Dr. Bergman se llama *Muerte y transfiguración de WM*. ¿Toda la obra de Mignolo, todos los libros críticos y teóricos que conocemos son la expansión de lo que ya estaba *in nuce* en *Rebis en las landas del bosque* y la sobrevida que siguió la instancia en la que re-suscitan todos los restos de aquellas cenizas olvidadas en un lugar del Norte del continente que hoy Colombia decide publicar?

La potencia de la ficción de esta *nouvelle* es abrumadora y tiene lengua para hablarle al presente. Bajo el propósito de la demolición del realismo, la narración busca otros caminos de salida, aun cuando difícilmente lo consiga plenamente. El realismo es un concepto dialéctico, algo retiene de lo anterior y luego algo supera, pero no en el sentido estricto de la *Aufhebung* hegeliana. Harris, el amigo de WM —nos cuenta el editor respecto del manuscrito— advierte de la necesidad de reponer otro tipo de banda, la *bande dessinée*, por puro pedido del autor, a fin de llenar el vacío de las cuatro páginas en blanco. Todo este marco narratológico que funciona como una *mise en abyme* a la vez que le complica al realismo sus mismos protocolos formales de construcción, le infunde una suerte de *effet du reel* —teorizaría una vez más Roland Barthes en el ensayo homónimo a partir de Lacan— que no es otra cosa que la relación directa con lo referencial. Barthes escribe con nitidez: «Semióticamente, el *détail concret* está constituido por la colusión directa de un referente y un significante», esto es, la expulsión del significado del signo. ¿Cómo no leer hoy en clave realista innumerables episodios de *Rebis en las landas*

del bosque que hablan de lo real que atraviesa el presente? Comentemos solo dos entre tantos episodios a modo de ejemplo: la Economía Política y la construcción de ciudades imaginarias de América Latina. Pero bien podría acceder en otro ensayo al siguiente elenco de temas: la situación de las comunidades indígenas en medio del ascenso de las nuevas derechas que les niegan los DDHH y fomentan su persecución y la no-repartición de sus tierras; la contaminación de la atmósfera, lo que hoy denominamos los cambios climáticos y todos los efectos en la herida del ecosistema; el narcotráfico y el uso de las drogas; las conductas sexuales en la era del neocapitalismo salvaje en el que no parece haber cabida para la educación sentimental; el mundo de creencias, religiones y espiritualidades en un momento crítico de la secularización quizás a la tercera potencia y sus problemas de institucionalización.

Uno de los más notables es la explotación de la materia prima que sigue azotando la Economía Política de América Latina. Cabe recordar la importancia de este tema en la novela hispanoamericana desde *La vorágine* de José Eustasio Rivera, pasando por *El tungsteno* de César Vallejo y llegando a *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez y más recientemente, a *Peregrino transparente* de otro narrador colombiano Juan Cárdenas. La distancia temporal que media entre lo que la *nouvelle* nos cuenta sobre el caucho y las bananeras en el episodio de Rebis y Smith —que dos años antes, en 1968, García Márquez había denunciado en *Cien años de soledad*— y la actualidad no ha roto en absoluto su vigencia, en la medida en que hace dos años el 10 de junio de 2024 el fallo de un juez de Florida (EEUU) condenó a la multinacional bananera Chiquita Brands por haber financiado en Colombia en el período 1997–2004 a grupos armados para cometer crímenes de guerra como homicidios, secuestros, extorsiones, torturas y desapariciones forzadas. Esta multinacional Chiquita Brands es la misma que se había consolidado en Estados Unidos en 1899 bajo el nombre de United Fruit Company, de la que leímos en la novela garciamarquiana y seguramente con vinculaciones al personaje de Smith de la *nouvelle*:

«Rebis, a mi lado viendo el filme, me explicó que Smith es el director y mayor accionista de un vasto oligopolio que comprende cacao, caucho, yerba, bananas y café». La justicia tardía permite poner en presente las prácticas de la explotación de origen colonial que, de acuerdo a la agenda actual, estamos a la orden del día.

El otro no menos relevante es la constitución de la ciudad en el presente. La dimensión alegórica con que se había desarrollado la invención de *Tex City* no impedía el proceso de impactar en el mundo real, aun cuando el poder de la imaginación fuera bastante avasallante y capaz de expandirse más allá de las fronteras del mapa. *Tex City* es una Sex City: no se trata sólo de un ingenioso juego de palabras —las noches dionisiacas más sesentistas y *beatnik* que nietzscheanas, esto es, más alcanzadas por los efluvios de heroína y de los opiáceos en medio de una psicodelia llevada a la pura *Erlebnis*, a pura experiencia vivida— sino de una traducción semiótica que considera el sexo como un texto a escribir, un texto escribible, un texto tatuable en la superficie de la piel, y cuando hablamos de tatuaje y maquillaje hablamos también de las sustancias y tinturas que Europa encontró en América durante el saqueo colonial. Esta Sex City aparece con el carácter que desde siempre ha tenido toda ciudad desde su nacimiento: la ciudad como un texto y todas sus derivaciones, como laberinto, como ajedrez, como grilla y otras figuraciones. Texturas, textilerías: texto de placer, texto de goce, ¿o acaso el hedonismo, como conjunto de vivencias y saberes sobre la eterna disyuntiva entre Eros y Sexus, no devino el paradigma para abordar corporalmente todo proceso de lectura de la literatura? *Rebis en las landas del bosque* hace de la exégesis semiótica su modelo narrativo mediante una absorción pantagruélica de todos los recursos disponibles al alcance. *Tex City*, como Sex City, responde a lo que Harvey Cox unos años antes, en 1965, había denominado *The secular city*, título de su libro best-seller en EEUU, en el que planteaba una ciudad que se hacía cargo del eclipse de Dios en el mundo y respondía al proceso de secularización que, imagino, hubiese podido ser pensado, con todos sus cuestionamientos y conflictos, por

el personaje entrañable de Miklós Jeremías Jancso, tensionado por sus creencias religiosas a contrapelo de la historia. Desde esta perspectiva, el lector podrá encontrar en esta ficción la clave para entender a la ciudad actual en esta fase neoliberal del capitalismo financiero y su desarrollo de formas cada vez más impersonales de explotación económica en consonancia, además, con las nuevas prácticas sexuales de modalidad virtual, conexiones sin roce de los cuerpos, exasperando al infinito ese episodio tremendamente realista y poético de la *nouvelle* cuando la dupla de Bob y Bessie hacen el amor pensando cada uno en Rebis, como si fuera un *menage a trois* que sólo podía encontrar su real en el orden de lo imaginario: «Bob sintió los besos y las manos de Rebis acariciando su sexo. Bessie sintió que Rebis la ahogaba. Bob que Rebis lo poseía. En los cuarenta y cinco grados (más o menos) y las bolsas de harina, Bessie amó y Bob fue amado». En toda la ficción, se relatan en rieles paralelos el sexo y dinero, el erotismo y el capitalismo, en el marco de una economía política que no ha hecho más que recrudecer sus premisas, asombrosamente descriptas en la *nouvelle*.

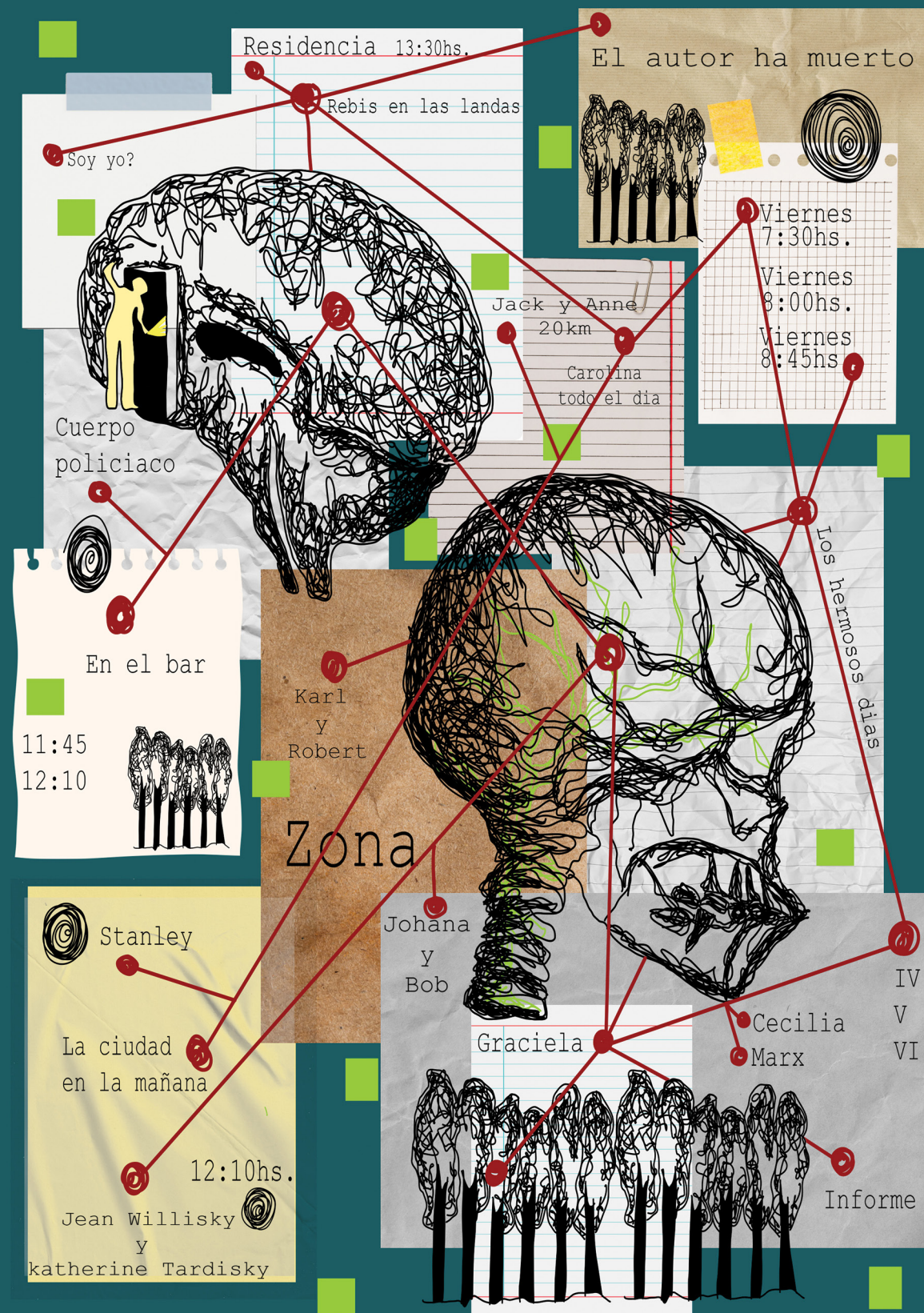
Coda

Lo americano de la *nouvelle* es la pulsión de inventiva, la capacidad de recrearse a sí mismo, un atributo que deviene arabesco al infinito como prueba de que todas las ciudades provienen de la matriz barroca, aunque, es necesario esclarecer, se trata más bien de un contrabarroco de Indias, el cual a la vez que copia el modelo peninsular lo distorsiona y lo reconfigura en esa asimilación crítica por la cual la consciencia criolla se constituye y como sujeto *enraciné* ya es otro. WM nos dice en su práctica de «memoriaje», una suerte de «caza de sí mismo» como modo de instituirse como sujeto, que su pena es inútil porque se la pasa «pensando en la sombra de una mirada criolla». No es una pena inútil sino la lucidez que aparece de refilón y de repente. Pena de amor que al apelar a la poesía del tango se vuelve, por el *pathos* del dolor, un poco melodramático: «si crucé por los caminos como un paria que el

destino se empeñó en deshacer, si fui flojo, si fui ciego, lo fui porque sabía que en el mundo no cabía toda la humilde alegría de mi pobre corazón». En este tramo confesional de WM como narrador —y como todo narrador también un personaje— se escucha en su prosa un ritmo poético, una música argentina cantada por la voz de Gardel y la autoría de Alfredo Le Pera. A través de la apropiación de los versos de la canción, WM puede autorreferirse, replegarse en su interior. El tango en cuestión, cuyo título es «Cuesta abajo», condice con el estado de ánimo y la decisión de quitarse la vida: «y ya no pensé en la rodada cuesta abajo, en las ilusiones pasadas, en el pasado que añoro, el viejo tiempo que lloro y que no volverá». Esta confesión, que adquiere el procedimiento unamuniano, es un apóstrofe último al lector antes de desaparecer. Barthes lo dice: a la muerte del autor, le corresponde el nacimiento del lector. En este contexto, no es menos importante la presencia de Lezama Lima, otro poeta, porque este confirma de manera cierta que el manierismo oficia de matriz: *Solo lo difícil es estimulante*, el *incipit* de *La expresión americana* es la puerta de entrada a América Latina que se inscribe así en esta *nouvelle*. La cita lezamesca alude a la estética barroca, la cual no apela a la sustancia, lo sabemos, sino al atributo, a lo ornamental que genera el encantamiento del mundo. Esto queda claro en la carta de Severo Sarduy, el gran teórico del barroco americano, cuando dice simplemente: «la novela me encantó». Y más todavía: «una fiesta barroca, con piñas de vinyl y mangos de poliéster». Lezama también lo dice de otro modo a través de un juego transitivo: *la máscara, la transparencia*, es decir, una es la otra. Esto es lo que subyace en la escritura de este libro. O mejor: este es el yacimiento que da lugar a la *nouvelle* que, con todas sus historias proliferantes, nos dice que no hay uno sino varios mundos posibles. *Rebis en las landas del bosque* es un texto contemporáneo porque vuelve, desde hace medio siglo, para reafirmar el poder de la imaginación americana, esa plétora de la potencia verbal, esa cornucopia de imágenes y de imagos, ese texto tejido de puntos que se multiplican al infinito.

*Enrique Foffani es doctor en Letras (UBA) y con un Pos-Doctorado (UNR). Profesor Titular de Literatura Latinoamericana Siglos XX y XXI en la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) y profesor asociado en la Universidad de Buenos Aires (UBA). Miembro del Comité Científico e Investigador del Centro de Teoría y Crítica Literaria en el Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (IdIHCS; CONICET-UNLP). Forma parte del consejo directivo del IdIHCS. Investigador Categoría 1 (uno) en el marco del Programa de incentivos a docentes investigadores de la Secretaría de Políticas Universitarias del Ministerio de Educación de la Nación (Resolución CNC N° 948 - Res. CRC 5958, del 4-10-2022). Como profesor visitante ha impartido seminarios de Literatura Latinoamericana en México, Perú, Colombia, Uruguay, Estados Unidos, Alemania, Francia, Italia y España. Director de la Revista y del Sello Katatay. Escribió diversos artículos en revistas y capítulos de libros sobre poesía y narrativa latinoamericana. Publicó como autor *Vallejo y el dinero. Formas de la subjetividad en la poesía* (Lima, 2018) libro ganador del Premio Alfredo Roggiano 2020 al mejor libro de crítica literaria latinoamericana 2018-2019; *Grabar lo que se desvanece* (ensayos sobre literatura hispanoamericana) (2010). Ha compilado y editado los siguientes volúmenes colectivos: *La protesta de los cisnes* (sobre Rubén Darío) (2007), *Controversias de lo moderno: la secularización en la historia cultural latinoamericana* (2010), *Onetti fuera de sí* (2013), *La poesía argentina y Malvinas. Una antología (1833-2022)* (2022), *Secularización y reencantamiento del mundo. Contribuciones a la historia cultural de América Latina* (2023).

Estefanía Montoya Echeverri es maestra en artes visuales con enfoque en técnicas gráficas. El trabajo de Estefanía se enmarca en la percepción creativa de esos sucesos que acontecen en la cotidianidad del sujeto, entremezclando lo figurativo con la libre forma del trazo, alcanzando formas subjetivas con tintes objetivos. Durante los últimos años, ha realizado trabajos gráficos basados en el dibujo sobre superficies alternativas, tomando como insumo principal la tinta y el contorno delgado de una línea; de esta manera, su obra se transforma en la unión de texturas y formas policromáticas que expresan la fuerza creativa y perceptiva de una mirada ajena a lo común. Ha participado en diferentes colectivos artísticos de la ciudad de Medellín enfocados a la experimentación de las posibilidades artísticas en la gestión, producción y formación. Actualmente participa en procesos de medios escritos digitales, como el nuestro, e impresos como ilustradora.





PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN

Para www.revistacronopio.com es un privilegio presentar *Rebis en las landas del bosque, nouvelle* inédita del semiólogo, ensayista y teórico argentino Walter D. Mignolo (Corral de Bustos, Argentina, 1941). Mecanografiada a máquina de escribir en 1971, cuyo facsímil ofrecemos en esta edición, y al cual hemos añadido algunas ilustraciones de Sara Serna Loaiza, según las indicaciones del mismo autor, quien pretendía hacer una *nouvelle* que realmente se integrara con manifestaciones como el cómic y la ilustración. Se trata de una curiosa *nouvelle* de 135 páginas, concebida en los ratos de ocio que le dejaba el doctorado cuando estudiaba en *L'Ecole Pratique des Hautes Etudes*, en París. Nunca al autor se lo ha leído o estudiado como prosista o novelista, sino más bien se le reconoce por su quehacer como crítico y ensayista. Esta es la oportunidad para conocer esa oculta faceta como forjador de prosa que cultivó en sus años de juventud.

Sin lugar a dudas, Walter D. Mignolo es uno de los autores más connotados del pensamiento decolonial en el hemisferio occidental. Es miembro fundador del Grupo modernidad/colonialidad junto a Aníbal Quijano, Enrique Dussel, María Lugones, Santiago Castro Gómez, entre otros. *El lado más oscuro del Renacimiento: Alfabetización, territorialidad y colonización* (1995, traducido y publicado en castellano por la Universidad del Cauca en 2015), *Historias locales / diseños globales. Colonialidad, conocimientos subalternos y pensamiento fronterizo* (2002) y *La idea de América Latina* (2006), son sus más relevantes libros de ensayos con amplia difusión, discusión y debate en los círculos de intelectuales, críticos y aulas universitarias de América del Norte, América del Sur y Europa.

Rebis en las landas del bosque es una *nouvelle* tan revolucionaria como innovadora, pensada en principio como un divertimento para sus amigos y sin intención de ser publicada inicialmente (salvo por la publicación de un fragmento en la revista *Caravelle*, de la Universidad de Toulouse, en 1971). Mas, tras conocerla y leerla, creemos que sí que merece la

pena su publicación. Y no somos los únicos, así lo expresaron sus amigos Severo Sarduy y Noe Jitrik, cuyas cartas anexamos al final del facsímil. Esta *nouvelle* bebe de la experimentación característica del «Boom» latinoamericano, especialmente de *Rayuela* de Cortázar (1963), con su estructura fragmentaria, contestataria y de contracultura.

Esta *nouvelle* rompe con muchos esquemas, lo que la hace no sólo llamativa sino estimulante. La trama ocurre al principio en una ciudad imaginaria (Tex City) en cuyos suburbios, cual si de las márgenes del texto se tratase, algunas personas, salidas de la norma, realizan reuniones clandestinas en las landas (los campos yermos) adyacentes al bosque. Aquello que sucede en esas misteriosas reuniones es objeto de investigación de Rebis. Este personaje asexuado es un justiciero/a a sueldo y una especie de antihéroe, al punto de la parodia de los héroes populares: es increíblemente atractivo/a, ágil, fuerte y astuto/a, pero completamente frío/a e inhumano/a, contrastando en su actitud lo que es con lo que hace.

Tanto Rebis, como la totalidad de los personajes de la *nouvelle* están por fuera de la norma, son un reto para la moral, el sentido común y el psicoanálisis, al cual parodia esta todo el tiempo. Asimismo, son un desafío para la crítica pues incluso el autor muere desde el comienzo, tal como sugirió Roland Barthes (de quien Mignolo fue alumno) en su ensayo «La muerte del autor» (1967).

Además, el narrador omnisciente se confunde de momento con un personaje más, desplegando —en la segunda parte de la *nouvelle*— sus propias aventuras planetarias en la total libertad con que se mueven la trama y los personajes de aquella ciudad-texto; y luego en el «mundo real» fotografiado y descrito como en un documental etnográfico.

Sobre este entramado de situaciones y personajes Walter D. Mignolo explica: «cabe remarcar que algunos autores franceses que estudian

asuntos que atañen a la ciencia y a la tecnología hablan del rizoma. Nosotros, debido a la herencia andina, hablamos de tejido y éste en el universo andino está conectado con el cosmos. Tejer, como sabes, no es solo entrecruzar hilos, es más bien, como en el Aleph de Borges, el hecho concreto de observar el universo en un punto». Esta es una cuestión que tampoco pasa desapercibida en *Rebis en las landas del bosque*. Es una nouvelle de juventud pero es también un telar de textos de distinta procedencia: de los centros comerciales o *malls*, de la publicidad, del turismo presente en National Geographic y, claro, también de la antropología, del estructuralismo, de la literatura, etc».

La estructura de la nouvelle es revolucionaria no sólo por lo dicho, sino porque el narradorpersonaje está vinculado como paciente a otro personaje que nunca actúa: «la Doctora». No sabemos si al final toda la nouvelle ha sido una fabulación suya o no. Si todo fue consecuencia de las drogas o de la locura. Si todo ocurrió en la redondez del planeta, allende las landas de Tex City, o en un documental de National Geographic. Lo que sí es claro es que quienes han hecho la nouvelle: tanto el que narra, como el que muere y como el que les sobrevive en este mundo, en estas «landas» de aquel otro, tienen la *unamunesca* claridad de que «han hecho una novela para immortalizarse».

El contexto de la nouvelle es el mismo en el que vivió el joven Walter D. Mignolo: el de la contracultura de los años sesenta y la Guerra Fría, con la omnipresencia de los espías al mejor estilo de James Bond y las conspiraciones, del temor a la guerra y del florecimiento de la cultura popular en el cómic y el pop art. Sin pretender ser adámico, Mignolo explora el lenguaje mitológico (neomitológico acaso) a la manera de Claude Levi-Strauss o de Margaret Mead.

Agradecemos a Walter D. Mignolo por concedernos el privilegio de publicar su *nouvelle*. Igualmente, esperamos que ustedes disfruten la lectura de esta *nouvelle* en su forma original (descargable en pdf), como

pocas veces se tiene el gusto de leer una de estas: con anotaciones, tachones, bocetos. Sabemos que se recrearán en ella tal como lo hicimos nosotros, con tanto gusto, al momento de prepararla para ustedes. Igualmente resaltamos el trabajo de la ilustradora Sara Serna Loaiza, quien ha desarrollado las partes pensadas como novela gráfica dentro de esta obra que hoy publicamos.

Juan Manuel Zuluaga (Director)

Juan Andrés Alzate (Editor)



REBIS EN LAS LANDAS DEL BOSQUE

Notas del Editor

1.- Walter Mignolo (1935-1970) se suicidó en el mismo cuarto de la clínica donde escribió todas sus páginas. La presente edición tiene la ventaja de agregar a su último trabajo el *Fāri* a «...*Corazón que no sabe cómo morir* (lo cual es útil para aclarar referencias) y un ejemplo de su método de trabajo (*Oh los hermosos días*), ejemplos extraídos de sus dos libros anteriores: *El Salto* (Imprenta Magliano, Córdoba, 1966) y ...*Corazón que no sabe cómo morir* (Ediciones Apuchal, Buenos Aires, 1967).

2.- Las razones del suicidio son oscuras y no pretendemos aclararlas (además no nos corresponde) en estas notas. Solo queremos agregar una información curiosa sobre su vida que puede interesar al lector. Mignolo cita hasta el cansancio (hasta le dedica sus libros) a la Doctora Ramírez y la señala como fundamental promotora y ordenadora de su obra. Lo extraño es que no cita una sola vez a A. Falconetti quien, sin dudas, no sólo tuvo relación con su obra sino con su vida: la muerte de A. Falconetti (1902-1967) fue una falta que jugó un papel importante en la solitaria vida de Mignolo y quizás es parte de (aunque ínfima) los motivos del suicidio. Para algunas informaciones (sobre esta relación sobre todo después de la disputa entre Falconetti y Bioy Casares) conviene ver la recopilación (publicada también por Ed. Apuchal) «Páginas Perdidas y Recuperadas de Falconetti». Hay también una nota sobre esta edición en la revista «Caravelle» N° 15 de la universidad de Toulouse, firmada por el profesor Jean Andreu.

3.- Dos advertencias para quien lea. Las páginas desde la 16 a 19 incluidas no están incluidas, valga la contradicción. No sabemos si las eliminó en algún momento y no las reemplazó. O si fue intencional la existencia del vacío que crean esas faltas. Por alguna razón debe haber dejado la numeración para que se notara que faltan. O quizás no tuvo tiempo de

cuidar la numeración. Además, el final de «Rebis en las landas del bosque» es abrupto. Es decir, no hay un final de relato. Presumiblemente el suicidio fue el motivo. O quizás es así como quería terminar el relato, sin un final como en la mayoría de las novelas. Finalmente, las páginas que contienen el relato, encontrado en el cajón de su escritorio en la clínica (sí, ya sabemos, es un truco muy trillado, pero es que así fue nomás) sin título. El título nos corresponde, los editores representantes de Apuchal en Córdoba. Lo hacemos en un momento tenso al mismo tiempo que de algarabía en la república Argentina (1ro de marzo de 1973).

INTRODUCCIÓN

Pensando en el lector que ya conoce *Corazón que no sabe cómo morir* me veo obligado, en esta entrega de nuevos escritos, a formular una advertencia. Advertencia tonta, si se quiere, puesto que solo consiste en traer e imponer presencia —en estas páginas— a palabras dichas ya hace tiempo por el Ilustre Michel Eyquem de Montaigne y por (no hace tanto, claro) el brillante y cada vez más cercano Gastón Bachelard: «Les Essais m'on fait tout autant que j'ai fait les Essais» en cuanto al primero; «On n'exprime pas ce qu'on vit, on vit ce qu'on exprime» en lo que concierne al segundo. Con ello comenzó un berenjenal de vivencias y lecturas las cuales, por un lado, me llevaron a continuar las experiencias de *Corazón...* en tanto que por otro me hicieron renegar de ellas y salir a ganar el mundo, a vivir, esto es, a expresarse de una forma—otra que la literatura. No obstante ello y después de muchos años de navegar sobre el Atlántico y el Pacífico y de volar a diez mil pies de altura, regresé a mi humilde cuarto en la clínica de reposo del doctor Gregorio Bergman y decidí escribir sobre lo vivido, recorrer aquellos mismos lugares que ya no son los mismos (¿porque qué es vivir, sino escribir o; qué es escribir, sino vivir?), salir a la caza de mí mismo, seguir constituyéndome. Fue entonces que resolví escribir mis memorias.

Puesto, no ya a imaginar ficciones sino a redactar mi autobiografía, no pude evitar el enfrentarme a problemas que el género impone. De todas maneras un *apriori* se impuso con toda nitidez: una cosa es imaginar técnicas en el vacío, experimentos con el lenguaje y otra muy distinta necesitar de las técnicas para comunicar una experiencia vital, soberana guía de lo que sobre la tierra existe, fuente profunda y angustiosa de la verdad, de lo concreto cotidiano, del hombre de carne y hueso, receptáculo de lo que constituye —a mi humilde entender— la sin igual enseñanza de aquel gran filósofo vitalista que se llamó Carlos Marx y de toda la filosofía de lo concreto que a partir de él se desarrolló en

forma magistral impregnando con sangre las nuevas ideas sobre el arte tan exactamente construidas por Leon Trotsky y George Lukacs.

Como lo he notado ya, además de enfrentarme a problemas que el género impone (narración verídica de una vida, identidad del narrador y del héroe, narración más que descripción, toma de conciencia de que toda perfección en el estilo hace sospechoso el contenido del relato —como en el caso de Rousseau y Chateaubriand donde la originalidad del estilo implica una redundancia que perturba el mensaje mismo—) y de estudiar pacientemente la noción de *écart* en Leo Spitzer y revisada la relación de tiempo en los verbos del francés tuve, eso sí, otra convicción: todo aquel que se decide a escribir su propia biografía (ya sea declarándolo abiertamente o disfrazándola de una forma defensiva que se niega a si misma —llamándola Antimemorias por ejemplo—) es que se considera un personaje importante, digno de ser conocido por los lectores. Y esa convicción para mí quien tenía ya en la cabeza las ideas de Don Miguel (escribir para immortalizarse) hizo aparecer la certeza de algo decisivo e históricamente importante que valía la pena de ser comunicado.

Abandoné entonces la ficción (últimos experimentos de la cual el lector —en las páginas siguientes— encontrará lo realizado entre la época inmediatamente posterior a *Corazón...* y el comienzo de mis aventuras alrededor del mundo) y me entregué de lleno al memoriaje: relación del escritor con su propio pasado, lucidez de un proyecto orientado hacia el futuro en una forma específica de revelarse al otro-fuera-de-sí. Y esta vez —así como la anterior, las palabras de Don Miguel habían sido estrella guía de mi deambular— me atuve a aquella —para mí— mágica sentencia: «Que la trompeta del último juicio suene cuando quiera, yo llegaré, con este libro en la mano, a presentarme ante el juez soberano, puesto que he revelado mi interior como el mismo lo conoce».



—I—



Rebis en las landas del bosque (continuación)

Resumen de lo publicado: Rebis firmó un contrato con el Gobierno de Tex City según el cual debía exterminar un grupo de sospechosos ciudadanos que se libraban a prácticas ilícitas todos los viernes por la noche en las landas del bosque periférico en el sector oeste de la ciudad. Según el propio Gobernador esas prácticas tenían que ver con el mal de ojo, la contaminación de la atmósfera y el daño que sufrían los niños a causa de ello. Según el decreto firmado el exterminio en masa en pro de las nuevas generaciones se hacía necesario. Rebis había pasado ya una semana en Tex City y hoy, viernes, durante la Reunión Plenaria del Cuerpo Policiaco, en la ciudad el movimiento es más o menos el siguiente:

Viernes, 7:30 hs.

Una joven y hermosa mujer embarazada despierta en su lujosa mansión de los altos. Su ama de llaves le entrega el horóscopo y le sirve el desayuno. El horóscopo dice siembra y cosecharás. El desayuno nada tiene de particular. La mujer deja el lecho y prepara su baño con espumas del nuevo Camay espuma, más rico, con perfume más suntuoso. Con el nuevo Camay la señora no quiere que su baño se termine nunca. Luego se seca con un enorme toallón multicolor que compró la semana pasada en el Centro Comercial. Calza un Peter Pan de una sola línea neta y pura y un par de medias especial Panty Matic. Limpia y perfumada pasa a hacer su *toilette* trabajando un maquillaje que deja sus ojos que sonríen y danzan, ojos que lloran y suspiran, ojos elocuentes llenos de misterio, maliciosos, atractivos. El embarazo no le hace olvidar los secretos de la gracia, secretos que ella muy bien sabe no están en el rostro, ni en los pechos, ni en las piernas sino en la espalda, como lo dijo el escultor. Por otra parte, ella nunca tuvo una estética deplorable y mal articulada

(caminando con el vientre hacia adelante, por ejemplo). Ella siempre supo que el estado nervioso hace levantar las espaldas, contraer los músculos llegando a veces a formar un bloque crispado entre el cuello y los omóplatos. Los dolores aumentan en períodos de inquietud y a esa angustia no la atenúan los calmantes. En esos casos el examen médico siempre dice que el estado es normal: el mal se presenta como un inconsciente llamado a seguro y la búsqueda de un contacto humano. Pero ya no la agarran con esos cuentos. Ella bien sabe que todos esos contratiempos constituyen el refugio moderno contra la ansiedad entre ciertos seres con tendencia hacia la melancolía, persistentes en una falsa atmósfera familiar por problemas del trabajo, por una decepción sentimental o soledad, o pérdida de un ser querido, o por dificultades conyugales o, en fin, por cualquier otro mal del alma que se fija siempre en un lugar del cuerpo que resulta ser la espalda.

Viernes, 7:30 hs.

Stanley, en su departamento ubicado al fondo del parque de la residencia de la señora embarazada (llamémosla Ella) enciende el televisor, la radio. Despliega sobre la mesa de trabajo los veinte diarios matutinos, las diez revistas semanales que aparecen los jueves a última hora y hace el resumen informativo que, exactamente a las nueve y treinta, entregará a Ella desayunando en el jardín.

Viernes, 8:00 hs.

May Gobelins, diseñador de modas, 37, soltero, auto sport Lamborghini, ojeroso y con el cabello cortado a lo mohicano, pero sin recogerlo en la nuca, sale de su mansión. May es sospechoso por el rumor y por una

campaña periodística desatada en su contra y en la cual se dice que la fantasía de May es inagotable y su sensualidad morbosa. Las boutiques de May son famosas porque las estrellas llevan sus prendas y quien las elige sabe a qué atenerse. Esta mañana May lleva puesta una creación Schreiber y Hollington que le habría costado unos quinientos dólares.

Viernes, 8:45 hs.

También en los altos, Monique comienza a prepararse para la noche en las landas periféricas del bosque del sector oeste de la ciudad. Toma precauciones contra las quemaduras y otras formas de flagelamiento. Revisa el material de *coiffure* y comprueba que tiene rúleros de todos los tamaños (grandes de treinta y dos milímetros para la parte de abajo de la cabeza, medios de veinticinco para los costados y pequeños de dieciséis para la nuca), pinzas para los costados si quiere hacerse el peinado 1930 y secador a pila. Mantiene la armonía de sus uñas en pies y manos e intenta frente al espejo cuál de los anteojos que compró en el Drugstore Publicis se avienen mejor: unos ofrecen protección para los ojos y la nariz y son excelentes para evitar el enrojecimiento agresivo y los insidiosos barros. Los otros *lunettes stores* aseguran una doble protección: los vidrios protegen contra los rayos ultravioletas permitiendo a la vez la lectura bajo el sol y bajo las llamas. Los anteojos de verano no necesitan ser tan protectores y filtrantes como los de invierno, puesto que los riesgos de quemaduras son mínimos. La función de los anteojos es sobre todo de anti-deslumbramiento: muy eficaces cuando las llamas son muy altas en la preparación del mercurio, por ejemplo. El color no tiene demasiada importancia y si los especialistas recomiendan el marrón, solo hay que tener en cuenta que conviene evitar el colorado y el amarillo porque irritan la retina. Pero ¿qué cinto, mi Lucifer? ¿El de piel de cocodrilo? Pero el ancho que es más conveniente para mis bustos finos y mis caderas redondas, o si no un simple cordel ligado a

las caderas, ya que conviene a todas porque no destaca ninguna línea. Digamos, en resumen, que las decisiones y concreciones en los *super-markets* tomarían a Monique el resto del día.

Karl y Robert, 10:45 hs.

Como todas las mañanas la misma hora están ya en la cafetería del Drugstore entre colección de vestidos perfumados *slips* de los Rolling Stones póster para hombres de varios colores tortas con la cara de Nixon cremas para la suavidad de los zapatos de Raquel Welch tapas de revistas con recetas de televisores piel Grundig y abotinados Kodak senos *spiritless* productos de Manila cigarrillos desnudos en propaganda de Yeshica lectores de ajedrez camperas de Andorra juegos Eran y Clark mantones de caset agencias de cerveza relojes de cuero y carteras de viajes grandes pequeñas y medianas hablando de los envíos americanos de Colonia Jena Patou a Camboya y Vietnam y del gran aire en la sala de baño del furor de la Bolex en la feria de Copenhague y del sexo *macrozoom* en súper ocho con veintiocho lentes y cinco prismas que permiten realizar un gran número de efectos espectaculares del estado universal y estacionario del Sahara y del dorado que había que mantener ahora que el teatro se terminaba como así también de la especial ubicación geológica del verano que lo hacían en la actualidad uno de los lugares más cálidos y más húmedos de la Tierra dijeron irse en yoga y se entretuvieron varias horas meditando a lo indio.

11:45 hs. Maison de Cecilia

Cecilia despierta después de la dosis de LSD ingerida treinta y seis horas antes. Su maquillaje es aún natural ligero y homogéneo. Usa Wonder

Cream Beige de Revlon, Teint Natural Liquid Make Up de Christian Dior y una suave nube de Polvo Cristallino de Cocó Chanel. Apenas recuerda que hoy es viernes y que a medianoche deberá ir a las landas del bosque. Debe también hacer algunas compras. Arrastrándose llega a la sala de baño y desde el suelo alcanza a abrir la llave de paso dejando que el agua caiga sobre su cuerpo aún semi-inerte. Una hora cuarenta y cinco más tarde cierra la llave de paso, sale del baño y se viste con su gran bata después de medio día de *shopping*: túnica *chemisière* achinada, herrumbrosa y negro, en jersey de lana, un bolso con grabados orientales, descalza y con un mono al hombro.

Jean Willisky y Khaterine Tardisky, 12:10 hs.

Jean Willisky es de los que nunca supieron qué hacer con su vida. Tiene la misma edad que May Gobelins pero ni una pizca de su ingenio (y menos aún fama y dinero). Jean, traficante de drogas, pretendido poeta, cabello largo, sucio, fotógrafo, tiene varias muertes en su haber. Una de ellas la cometió en Hong Kong. Encontró a Lao Chin King (refugiada y prostituta) en un hotel de mala muerte lleno de soldados americanos. Fueron con Lao Chin, por ferry, a un restaurante de la península en el seno del Kowlon con su *pousse-pousse*, sus bicicletas, carteles luminosos. Comieron mucho. La china dijo que amaba a los americanos porque estaban llenos de vitalidad. Se rieron y volvieron al hotel. Hicieron el amor y Jean Willisky se levantó en la madrugada para hurgar el bolso de Lao Chin. Ella se despertó y antes de que gritara, Jean le hundía tres veces el cuchillo en el estómago. En cuanto a ella, Khaterine Tardisky a los veintisiete años ponía en práctica su filosofía de la vida: para vivir sólo es necesario entregar el cuerpo a alguien; y así anduvo de gánster a asesino, de homosexual a sadomasoquista, de espía nazi a estrella de cine. Y así un día encontró a Jean Willisky y se juntaron ella, Khaterine Tardisky con su cabello rubio, más o menos largo, y un pullover beige

cuello alto y Jean Willisky con otro pullover del mismo tono, cuello redondo y bolsillo en el costado izquierdo. Ahora discuten sobre la noche en las landas del bosque periférico del sector oeste de la ciudad y comen pastas en un restaurante italiano con un calor de cuarenta grados centígrados.

La ciudad a partir de las diez de la mañana y la reunión del Cuerpo Policiaco

Como todos los días a la misma hora la atmósfera se densifica y el cielo espumoso y gris se cubre de plomo (Pb) compuestos orgánicos monóxido de carbono (CO) óxidos de nitrógeno (NOX) partículas de óxidos de azufre (SOX) dióxido de carbón (CO₂) hidrocarburos sulfuros óxidos y dióxidos nitrógeno óxido y numerosas sustancias nocivas. Los miembros del Cuerpo Policiaco están todos pegados a los vidrios de las ventanas viendo la capa negra que cubre Tex City.

Ponencia General, en el día de hoy, del Jefe de la Central: y después la gente se pregunta por qué nuestros gobiernos declaran la guerra a los opiómanos. Veán ustedes. Nos imaginamos que sería fácil liquidarlos, pero ellos descubrieron que podían obtener heroína del opium. Pero cuando los viernes por la noche miles de bujías arden en las landas del bosque periférico del sector oeste de la ciudad, los desprendimientos de la heroína forman esa capa tóxica que ahora ustedes están viendo y que ya con el tiempo permanece como las nubes que cubren el cielo en épocas de lluvia y que fue vista por los astronautas del Apolo 10 desde veinticinco mil millas de altura como un fenómeno canceroso.

Modelo de discusión en el Cuerpo Policiaco. Uno: los compuestos oxidantes de la capa que forman los desprendimientos de la heroína destruyen los tejidos foliares de los árboles al interrumpir el proceso fotosintético de su desarrollo. Otro: el Pb es uno de los más perniciosos

pululantes que se desprenden de las fibras del estaño emitidos por las bujías y sus efectos. Cuando la concentración se hace, como ahora, mayor de 0,5 por millón en la sangre, produce dolores de cabeza, anemia, consistencia soretal y a veces locura. Un tercero (que es el agente encargado de vigilar en circuito cerrado de treinta pantallas de la *highway* que conduce a las landas periféricas): el Pb puede causar esterilidad, misoginia, aborto, mortalidad infantil, frigidez si sus concentraciones son suficientemente altas. Uno: la concentración de Pb en el aire que respiramos aumentó varias veces en los últimos tiempos y sobre todo debido a la combustión interna producida por las bujías. El tercero: Ah, ¡menos mal que la combustión es interna! Otro: el habitante tipo de esta ciudad tiene ahora 0,17 partes por millón de Pb en la sangre. Por eso la gente se siente pesada, respondió el controlador del sector oeste de las landas periféricas a quien, por algo, lo habían puesto precisamente en ese sector.

Residencia de Ella, 13:30 hs.

Ella, que después del desayuno y de las noticias suministradas por Stanley comenzó a hojear revistas y se entretuvo en un artículo sobre el problema de los niños al sol, fue interrumpida por la ama de llaves que le anunciaba una llamada telefónica. Era la madre de Ella quien como siempre le reprochaba por su estado, el futuro del niño y las reuniones de los viernes por la noche en las landas periféricas del bosque del sector oeste de la ciudad.

Ella respondió a su madre que
si su hijo es suave
como una nave
usted será precavida
pero no le pida

al ángel
que sea un arcángel.

¡Pero mamá! ¡Cómo se te ocurre que deje todo esto: mis amigos, las reuniones de los viernes por la noche en las landas del bosque periférico del sector oeste de la ciudad, para ser cover-girl! ¡Cómo se te ocurre, mamá! ¡Para ello es necesario que, como Cecilia, mida un metro ochenta y tres, pese cincuenta y ocho kilos, tenga veinte años, vaya a París, siga los cursos de la Alianza Francesa, encuentre un amigo que trabaje en cine y pose desnuda para alguna revista de moda!

Stanley, 14:30 hs.

Luego de leído el informe a Ella, Stanley fue como lo hace habitualmente a ver una película con Alain Delón y otra con Paul Newman. Al salir llevaba una chaqueta flecada al hombro y pensaba en Saint Germain des Près. Se acordó de Gregory a quien llamaría dentro de un instante y con el cual se juntaría para ir a las landas periféricas del sector oeste de la ciudad. Ambos (Stanley y Gregory) se amaban y se necesitaban: el mundo no sería si a uno le faltara el otro. Se habían conocido en el este africano en un territorio benigno para la caza del cocodrilo. Y ahí mismo, entre habitantes de Kenia y animales salvajes, Stanley y Gregory descubrieron que sus soledades se habían terminado. Ambos se dejaron el cabello largo y masacraron elefantes, pescaron a la orilla del lago junto a los Turkana y nadaron durante noches encontrando huevos de cocodrilos junto a la estatua que representa el miembro de una expedición científica al lado del lago Nakuru.

Informe de la madre de Stanley al analista de éste

Vea Doctor, ese chico siempre estuvo celoso de la intimidad de sus padres. A mí toda la vida me encontró vulgar, sucia y estúpida. A su padre le reprochó siempre su falta de virilidad y gusto por los placeres fáciles, a pesar de que admiraba en él cierta elegancia física. El Edipo se le invirtió siempre proyectando sobre nosotros una transferencia negativa en defensa de vaya a saber qué. Durante varios meses se desarrolló en Stanley toda una serie de resistencia en apariencias irreductibles, en la medida que eran fuertemente racionalizadas. A veces, Doctor, se apoyó en convicciones religiosas, como en su cultura filosófica (porque eso sí, Doctor, mi Stanley siempre leyó mucho. Fue el orgullo de la familia. Todos teníamos depositadas las esperanzas en él); y también me contó sueños reveladores que hacían evidente las situaciones de transferencia. Y a partir de ese momento, mire Doctor, Stanley se mantuvo hostil pero, como lo reconoció mas tarde, profundos cambios se operaron en él. El momento crucial fue cuando le pudimos hacer comprender que lo que él sentía no era normal. ¡Se da cuenta Doctor el problema que teníamos con mi marido! Noches enteras sin dormir, Doctor, ¡se lo juro por Dios! ¿En qué iría a parar nuestro pobre y querido Stanley? Bueno, un día dijo que encontraba en la mujer formas fálicas: los senos en forma de verga; ay Dios bendito, ni siquiera quiero acordarme de esas cosas. Luego le aparecieron sueños de relaciones sexuales conmigo, ¡se da cuenta, Doctor! Suerte al mismo tiempo inició una nueva experiencia que le hizo preferir el coito a la masturbación y, fíjese bien lo que le voy a decir, Doctor, se sorprendió al gozar con el placer de la posesión y llegó a apreciar todas las particularidades del cuerpo femenino como los olores, los sudores y otras diferentes segregaciones. La chica nos decía que Stanley se mostraba muy apasionado y nosotros nos pusimos muy contentos, ¿se imagina doctor? Pero un día su amiga quedó encinta y ahí sí que se desbarajustó todo. No habían tomado ninguna suerte de precaución, ni aún elemental, acto perfectamente incomprensible y

que sólo podría explicarse por motivaciones inconscientes. Fíjese usted que nos hizo responsables a mi marido y a mi alegando que nosotros deberíamos haber tomado precauciones. Mire usted, ¡flor de vivo! Por el contrario reconocía que nunca le habíamos negado ninguna explicación en materia de anatomía y fisiología femenina. Desarrolló toda una serie de reacciones de culpabilidad, tuvo algunos sueños de angustia, de castración y tomó partido. Decidió interrumpir las relaciones con su amiga por temor a sus responsabilidades masculinas y recommenzó sus relaciones con hombres. Ahora, mire Doctor, mi marido y yo que conversamos mucho sobre esto, creemos que la traslación del interés libidinal sobre el mundo exterior, partiendo de una débil corriente inicial de la libido objetual, hace corresponder el desplazamiento a una reintegración de las pulsiones agresivas y libidinales (secreto).

Graciela, diversas horas del día (Women's Liberation)¹

Graciela tuvo un día agonizante después de una semana de dudas, al punto que casi olvidaba la próxima reunión en las landas del bosque para la cual tenía también que prepararse. ¡Ay, cómo necesitaba hoy su *partner* que se había alejado disgustada por la obsesión de Graciela para blanquear su piel!

1 NOTA DEL EDITOR. Cuando encontramos el manuscrito había cuatro páginas en blanco después del título de este acápite dedicado a un día en la vida de Graciela antes de ir a las landas del bosque. Al poco tiempo recibimos un sobre con una nota de Harris, el amigo de Walter que describe en la segunda parte del relato. Harris estaba en Suecia y se enteró del suicidio de Walter por unos argentinos exilados en Suecia, donde llegaban mucho por esos años. En la nota Harris nos decía que se había enterado, lo lamentaba, no lo entendía, etc. y nos adjuntaba unas páginas rugosas, escritas a máquina desgastadas por el tiempo, que era difícil leer. Nos decía que Walter le había pedido solicitar a Sandra si podía contar en una tira de bande desiné el día de Graciela. Harris había pegoteado en la mitad del relato la *bande désinée*. Las páginas estaban tan arruinadas que no nos queda otra alternativa que hacer una copia en limpio. Fue difícil leer. Tuvimos que hacer fotografías y ampliarlas, que pusimos en la pared y la miramos de detalle con lupa como lo hizo David Hemmings con las fotos del asesinato en el parque en la adaptación que Michelángelo Antonioni hizo del cuento de «Las Babas del Diablo», de Julio Cortázar.

Las *whitening creams* que había comprado directamente en India, por un amigo que la conectó con un comerciante en Mumbai, no dieron ningún resultado después de un año de usarlas. Seguro que alguien era un tráfugo, o su dicho «amigo» que la había conectado, o el comerciante que seguro le había enviado una sustancia blanca viscosa con buen aroma que para nada blanqueaba.

Pasó el día, teléfono en mano, conversando con salones de belleza y clínicas de cirugía estética. ¿Cirugía estética? Se preguntó en un momento mientras esperaba que la conectaran con la especialista y consejera de las dichas cirugías. Que yo recuerde, se dijo Graciela, Hegel no habló de la estética quirúrgica en el mamotreto que me hicieron tragar en la escuela de arte.

Hola, sí, buenos días, soy Graciela, gracias por responder a mi llamado. ¿En qué la puedo ayudar?, soy la consejera de la clínica, se oyó que decían en el otro extremo. Le explicó Graciela a la consejera que la crema de blanqueamiento que había comprado en India (le contó la historia de los tráfugos), ni fu, ni fa. Entonces estaba investigando otros procedimientos.

La consejera dijo: tenemos varios y con mucho gusto le ayudaré. Tenemos la peladura química que es muy popular. ¡Ay no!, pensó Graciela, nada de pelaje, pero no dijo nada y escuchó lo que decía la consejera: es un procedimiento de blanqueamiento extremo que provoca la despigmentación de la piel y hace que la piel pierda su pigmento colorante y se vuelva blanca. ¡Ay, mi Dios!, dijo Graciela. No, ese no, pensando en la peladura y que se le caería la piel. ¿No tiene algún otro procedimiento? Si claro, tenemos varios, solo que este es el más popular, y no tan caro. Dele, dijo Graciela, dígame otro.

Tenemos, dijo la consejera, la criocirugía que es otro tipo de cirugía en la que se utiliza nitrógeno líquido para destruir la melanina y permite que la piel regenere una nueva epidermis con un tono más claro. ¡Ay,

no!, pensó Graciela, de nuevo sin hablar, y se acordó de Yves Montand en «Le salaire de la peur» y el miedo constante de transportar nitroglicerina (aparentemente, por su tendencia a las asociaciones connotativas, Graciela confundió el nitrógeno con la nitroglicerina). No, no gracias, esa sí que no. Deme alguna otra.

Tenemos el *bleaching method*... ¡Oh, no!, saltó Graciela, eso sí que no, dijo asustada. ¿No es el *bleaching* algo que se pone en el inodoro? Noooo, dijo la consejera y se notó la sonrisa al otro lado del teléfono, ¡eso es Clorox! (De nuevo Graciela confundió las sustancias, llevada por asociaciones connotativas, además de Hegel en la escuela leían semiótica). No, no dijo tranquilizante la consejera, por *bleaching method* queremos decir un proceso de blanqueamiento que consiste en una mascarilla blanqueadora natural. Ah, bueno, suspiró Graciela y pensó en la naturaleza en las landas del bosque.

Mire Graciela, son mascarillas que consisten en 2 cucharaditas de polvo de cáscara de naranja o polvo de cáscara de limón con una cucharadita de bicarbonato de sodio, 1 cucharadita de miel y 2 cucharaditas de jugo de limón. Se aplica esta mezcla espesa, la mascarilla, en su cara para eliminar la pigmentación y también para decolorar el vello facial y para obtener una piel radiante. Ah, eso sí, eso está rico, dijo Graciela con alegría (pensó que sin el bicarbonato de sodio —que no estaba muy segura lo que era— los demás ingredientes los usaba para sus cocteles caribeños. Claro, le ponía ron en vez de eso otro, el bicarbonato). Ese sí me gusta, aceptó; conversaron más sobre él y concertaron una visita de Graciela a la clínica en quince días, después de la próxima reunión en las landas del bosque.

Mentalmente agotada, y con el cuerpo desganado, se fue a la piscina. Medio durmió en la mecedora, cara, cuello y hombros cubiertos para que el sol no le bronceara, pues qué chiste sería broncearse para después blanquearse. El mucamo le sirvió el *lunch* en la piscina. Luego, mientras

Graciela * Women's liberation

se duchaba, le agarró la angustia que la consumió toda la tarde y no la dejó dormir bien esa noche.

¿Y cuál era la angustia? Resulta que desde hacía dos meses había caído por inercia y por dejarse llevar por sus compañeras de clases en la escuela de bellas artes, en reuniones para leer, debatir y organizar la *women's liberation*. Cuando la invitaron le gustó la idea porque le dijeron que eran «reuniones secretas» y por su virtuosismo para asociaciones connotativas, pensó que sería algo así como las reuniones en las landas del bosque. Pero al correr de los días, de las reuniones y de las lecturas, ahí se fue enterando de que las reuniones eran secretas pero no como la de las landas.

Y la angustia empezó a asomar primero en el estómago, y luego en la garganta, perdía el apetito. Hablaban de la liberación de la mujer. ¿No era ella libre acaso? Pensaba en las landas del bosque. ¿Hablaban de patriarcado? Cuando se enteró lo que era el patriarcado, se preguntó qué pensaría Lucifer si supiera que ella estaba escuchando estas cosas. Hablaban de jerarquías sexuales y humanismo. Esto sí que le pegó fuerte y comenzó a crearle la angustia. Se empezó a dar cuenta que chocaba con los principios de las reuniones en las landas. Y el problema es que ahora lo sabía. Si no lo hubiera sabido no sería problema. Maldijo (quizás el inconsciente luciferino) el día en que aceptó con entusiasmo ir a las «reuniones secretas». Ahora sí que tenía dos problemas: tenía que sacarse el marrón de la piel y sacarse la *women's liberation* de la conciencia. ¿Pero cuál clínica podía ayudarle a blanquear la conciencia? Llamó por teléfono, consultó, buscó en su biblioteca, y finalmente llamó a Stanley. Le explicó la angustia, le dijo que le habían recomendado el psicoanálisis. No te metás con eso, respondió Stanley, es el mejor método para el blanqueamiento de la conciencia, y colgó.





Sara Serna Loaiza es artista gráfica, ilustradora, fotógrafa, observadora creativa, compositora de coincidencias y coleccionista de instantes precisos. Estudió arquitectura en una vida pasada, pero se identifica como espectadora de la extraordinariedad de lo cotidiano.

Sus lecturas se inclinan hacia el realismo mágico latinoamericano, la fantasía heroica y la ficción histórica, con especial fascinación por la construcción de mundos de ficción complejos y detallados. Como referentes visuales, encuentra inspiración en el arte, el cine, el teatro, la arquitectura, la danza, la fotografía y la vida misma, pero si se tratara de mencionar algunos destacados, serían el surrealismo francés, el Art Nouveau y la simbología presente en los mazos de tarot.

Cecilia, 18:30 hs

Cecilia volvió del *Shopping* e ingirió drogas (otra vez). Rodó por la mullida alfombra haciendo trastabillar al mono que cayó de sus espaldas mientras Cecilia era arrastrada por las olas y hundida como un cementerio bajo la nieve, ahogándose, respirando apenas con toda la *chemisiere* herrumbrosa y negra, el jersey de lana mojándose, y el *teint* natural de Revlon aún impecable, allá arriba en la punta de la ola viendo cómo el mono tenía entre los dientes el bolso flecado con grabados orientales. Quería mantenerse tranquila para ganar la costa pero era inútil a pesar de los esfuerzos del mono y de la víbora. ¿Pero qué hacía ahí la víbora?, siempre allí, la víbora, de plástico, de madera, pegada al vidrio, con cariños, simpática, sonriente, saltando, esperando, ahí enfrente, la víbora en la cama de operaciones. Oyó la voz de Marx que decía «espero que no sea de esos muertos que unen la conciencia al *catki* corporal a pesar de todo lo que pueda decir el Dr. Stockausen». Y a Missis Walker que le respondía «ciertamente que no» mientras quitaba la vajilla del desayuno. Cecilia vio el muro, testimonio de la guerra y pensó en la variedad de cervezas.

Marx, 19:00 hs.

Marx se desesperaba porque hacía ya quince minutos que sonaba el teléfono y Cecilia no respondía. Marx y Cecilia se iniciaron juntos en el *diksha* védica, mezclaron el esparcimiento de las flores sobre el vaso y arrojaron vínculos al fuego los veinticuatro días de preparación del *paranda* durante esos veinticuatro días mantuvieron silencio ayunaron y fueron castos
no se cortaron ni los cabellos ni la barba
se ungieron con sándalos
se ornaron los cuerpos desnudos con los colores y las insignias de la divinidad

no escucharon las informaciones de United Press
 practicaron aspersión plenaria
 controlaron el hálito y meditaron sobre Ganesha
 se consagraron a los planetas y a las dieciséis madres
 adoraron la rosa en la jarra
 y recordaron a Rita Hayworth
 en la ritual kundalini reunieron prana y apana
 y remontaron
 en los pétalos de loto
 a la vida anterior
 se estremecieron ante la enroscada
 serpiente dormida en el centro del círculo inferior
 serpiente simbólica
 serpiente demiúrgica
 hicieron presión sobre el vientre
 bloquearon los hálitos comprimiendo y obstruyendo
 los orificios
 y *kundalini* subió absorbiendo elementos de cada
 círculo y emitiéndolos al descender
 unieron con la conciencia la *catki* corporal
 con Shiva en la coronilla
 sumieron el cuerpo y gozaron de la felicidad de la unión y después
 hicieron un crucero de veinte días por el Mediterráneo (el Pireo, Hidra,
 Mykornos, Delos) dejando un monto del veinte por ciento, se ocupa-
 ron del correspondiente seguro, actualizaron sus pasaportes y visas, se
 procuraron el cambio y revisaron el peso del equipaje, pensaron en las
 excursiones, en el correo y en la afeitadora eléctrica Fiorito de doscientos
 veinte voltios, en el servicio médico, en la orquesta de a bordo y que
 después de todo.

Carolina, todo el día

Estuvo nostálgica y se pasó el día mirando fotografías de sus viajes por
 Europa que tanto le gustaban. Había tomado una con una Olympus LE
 35 SP con control total y automático de la exposición aún contra el sol,
 telémetro con medida a campo opcional, objetivo Zuiko 1,7 de 42mm,
 siete lentillas, ángulo de 54° abertura mini F:16 obturador manual de 1
 s. a 1/500 s. programador automático de 1/15 s. a 1/25 s. con tiempo
 de espera de 9 segundos con lo cual había podido realizar esta magnífica
 toma en las colinas de San Marino (Latitud 43° 56'66" longitud este
 de Greenwich Village) destacando su medio cuerpo su magnífico busto
 una sonrisa amable y como fondo el hermoso y tranquilo paisaje que
 puede apreciarse desde las colinas mencionadas (sudoeste: la foresta
 de los Apeninos; noroeste: la azul extensión del Adriático y mas allá, a
 250 km, el monte Velebit, al sur de Zara en Yugoslavia; sudoeste: el
 final del Marchighiano Apeninnes de donde emerge el Monte Canero
 dejando, un poco desplazadas, las brumas de Ancona y las cimas neva-
 das del gran Sasso; norte: las colinas Enganei y la claridad cristalina del
 lago de Venecia).

Había otra, siempre Carolina sonriente, dejando ver al fondo un
 Monasterio del Siglo V ya desaparecido; otras frente a catedrales de
 Italia y Francia y otras en las cuales, gracias a su tenacidad, perseverancia
 y las ventajas de la Olympus LE 35 SP con control total y automático
 de la exposición, se la veía a Carolina al lado de Artemis, Apollón,
 Héphaistos, Poseidón y Pallas Ateneas.

Jack y Anne, viernes 15:30 hs, a veinte kilómetros de la ciudad, en un lugar de reposo vecino a un lago

Jack y Anne habían abandonado la ciudad debido a la luminosidad decreciente y la atmósfera irrespirable provocada por el negro manto que se extendía sobre Tex City. Jack y Anne eran miembros del Comité de Defensa de la Foresta Circundante puesto que la capa atmosférica destruía y secaba la vegetación en torno al radio urbano. La cantidad de partículas, en las landas del bosque periférico del sector oeste, a veces alcanza los cuarenta millones por metro cúbico y se extiende hacia el *downtown*, las hojas se ponen amarillas antes del otoño y los animales sufren consecuencias en el sistema óseo y dentario.

Jack y Anne habían encontrado un lago cuyas playas estaban cubiertas de arenas finas y bañadas por una suave brisa. Ahí se instalaron y practicaron natación, ping-pong, sky acuático, hicieron excursiones y fueron felices sobre todo porque Anne tuvo en cuenta que para el primer encuentro amoroso es necesario:

- 1.- Elección voluntaria de un ser amado puesto que el amor no es un juego de cartas. Y ella lo amaba a Jack.
- 2.- Que el amor no es deseo físico sino unión de dos almas y dos corazones (y que la unión hace la fuerza).
- 3.- Que el encuentro carnal solo tiene lugar después de un tiempo de preparación sensual recíproca. Y ellos hacían cinco años que se preparaban.
- 4.- Que el coito, del latín *coitus*, unión, es el acto (que hace la fuerza) que comienza por la lenta introducción del pene en la vagina y gracias a esta introducción y el frotamiento continuo se logra una voluptuosidad creciente que desemboca en el orgasmo de la mujer y en la eyaculación del hombre.

Y todo fue muy bien hasta hoy a las 15:30 en que decidieron pescar en las apacibles playas de arenas finas que rodean el lago. Encontraron peces muertos, cantidad enorme de azotes y fosfatos, midieron la densidad del agua y constataron un alto porcentaje de hidrocarburos y materias nocivas, descubrieron el origen del veneno que mata a las truchas y a las anguilas, vieron que la playa de arenas finas, ahora desierta, se cubría más y más con desechos que las aguas arrastraban. Tuvieron miedo y pensaron que las reuniones de todos los viernes por la noche en las landas periféricas del bosque del sector oeste de la ciudad, y sus consecuencias, estaban ya alcanzando todos los rincones del planeta. (Continuará).



—II—



De acuerdo al plan trazado en *Corazón...* (1) me había entregado, apenas finalizada la versión (1A) a trabajar en la (2B) (o 1B o 2A, como el lector prefiera) y para ello desterraba de viejos archivos la vida de un húngaro desconocido: Micklos Jeremías Jancso. Y comencé entonces a redactar una crónica usando a mansalva el yo y el tu y rescatando a Micklos Jeremías Jancsó de las crónicas, de los registros civiles y escolares, de las correspondencias que éste había mantenido con su amigo de la infancia, el cura párroco de su pueblo. Está en su justa razón quien se pregunte por qué la elección de ese ilustre desconocido. La historia es larga y poco remunerativa narrarla. Por otra parte debo confesar que en un momento decidí hacerlo y me di cuenta que si lo hacía era por una cuestión, manifiesta o latente, de principios: mi tendencia hacia el realismo y la novela testimonial. Pero ¿para qué abundar en explicaciones? Digamos, en principio, que la vida de Micklos Jeremías Jancsó llegó a fascinarme y estaba seguro que el lector astuto y psicoanalista podría encontrar, a lo largo del libro, las razones inconscientes que determinaron todas mis elecciones. ¿Acaso serían verdaderas las razones conscientes que pudiera yo esgrimir? ¿Acaso Freud y Marx no nos enseñaron que lo significativo son los fenómenos inconscientes? ¿Acaso no es el lenguaje una razón humana que tiene sus propias razones y que el hombre no conoce? ¿Acaso la teoría literaria no estudió siempre la literatura concibiéndola como un mensaje sin código en tanto que ahora comienza a verla como un código sin mensaje?

Hasta sus doce años es posible seguir en los polvorientos y pesados archivos pertenecientes al registro civil de un pequeño pueblo situado en medio de los valles que descansan al pie del macizo Rodopi, la vida de Micklos Jeremías Jancsó junto a sus tiernos padres, pobres puesteros habitantes de una cabaña enclavada en un prado alpestre a pocos metros de un apacible lago. De alguna manera la naturaleza determinó sus primeros años vividos en Bulgaria. Se crió sin escuelas, caminando entre pastizales montañosos y entre los bosques coníferos no muy lejanos a la cabaña. Quizá fue de la naturaleza de donde Micklos Jeremías extrajo

su profunda fe cristiana que amplió y completó al lado de su entrañable amigo, el cura párroco de la aldea. La naturaleza y el párroco suplieron la educación que sus padres no pudieron darle. En ambos (cura párroco y naturaleza) encontró a Dios, el amor al prójimo y el respeto entrañable por el orden y la sociedad. Fue —pese a su inasistencia burocrática en las filas de la educación— lo que se dice un hijo ejemplar. Pero claro, no así para sus padres que arrastraban de sus antepasados antiguas y acendradas creencias mahometanas.

El débil y romántico (por constitución física) Micklos Jeremías Jancsó entró prontamente en conflicto consigo mismo al no poder conciliar lo apacible de la naturaleza y del amor cristiano por un lado y las vicisitudes que debía sufrir y soportar con sus padres a causa de una simple diferencia religiosa. En ese sentido, su niñez y preadolescencia fue un constante tormento. Incapaz de contradecir a sus superiores a la vez que convencido de que estos estaban en un error (porque, digámoslo de una vez, para Micklos Jeremías Jancsó la única y verdadera religión era el catolicismo) se vio inducido, pese a todo, a una indagación histórica que lo llevó a las razones que motivaban tal escisión entre la irreprochable armonía de la naturaleza y la turbulencia de las pasiones humanas. Se preguntaba, aún en su lúcida niñez, si era posible que los hombres vivieran matándose unos a otros (puesto que él sabía que más allá del lago y de los bosques coníferos los hombres jugaban sus vidas en un odio sin límites); se preguntaba también sobre la relación de esa situación histórica y las riñas que él tenía con sus padres día tras día, contratiempos y preocupaciones que lo llevaban por largas caminatas bordeando el lago hasta internarse (a veces durante dos o tres días) en el bosque cercano. Desde ahí contemplaba la imponente, la majestuosidad montañosa y admiraba, en la naturaleza, la armonía infinita de un supremo hacedor. El pobre y débil (por constitución física) Micklos Jeremías Jancsó era agitado, en la apacible calma de las alargadas formas coníferas, por datos informes que no alcanzaba todavía a ordenar en una mente joven e inocente. Pero no por ello dejaba de presentir, de

una manera aún oscura, la relación entre la historia de su país (que le contara el cura) y su situación actual.

Quizá esté exagerando (y el lector sabrá comprender) mi pasión por el materialismo histórico en la reconstrucción del pobre y débil (por constitución física) Micklos Jeremías Jancsó, pero si dado fuera introducir mi pluma de escritor en las maquinaciones del joven en sus doce años (un Jeremías que solo puedo aprehender mediante la letra impresa de sus memorias) seguro estoy de que esas preguntas formuladas en sus cartas al párroco descomponían y desmembraban toda la historia económico-social de su país. Y esto, lector, no es una simple creación de mi parte. Pude encontrar un manojo de cartas (que en realidad más que cartas eran anotaciones) en las cuales los interrogantes fundamentales iban desde la naturaleza —particularmente los Rodopi— hasta el infinito universo; desde el movimiento nacional hasta una oscura anécdota de familia que tenía sus orígenes en la noche negra del medioevo búlgaro y en cuyo seno se encontraba —quizá— la clave de la ruptura familiar: el meollo de la cuestión que en su familia separaba, en forma irreconciliable, a turcos y musulmanes. Habiéndome encontrado con semejantes problemas una enorme desazón cundió en mi hobby de literato-biógrafo-historiador. ¿Cómo unir elementos tan dispares siendo, por otra parte, su unión indispensable ya que se encontraba en el centro mismo de la estructura de la personalidad jeremiana?

Comencé a indagar sobre la imposibilidad, manifiesta por Jeremías, de conciliar lo racional con lo irracional y lo irracional con lo real. Por extraño que parezca, un hecho había ocurrido hacía más o menos treinta años, a partir del cual los lazos familiares habían sido decididamente rotos: a partir de ese hecho sus padres (me refiero a los padres de Jeremías) quedaron completamente aislados del resto cristiano de la familia. No entraban en las consideraciones del débil Jeremías la intromisión musulmana primero y turca luego aunque sabía de su existencia y contradicciones puesto que las vivía en el seno de su familia.

El hecho de crucial importancia en la familia de Jeremías había tenido como protagonista una tía de éste quien, becada en mil novecientos cuarenta, se trasladó a estudiar a Londres. Al tiempo llegaron a los oídos de Jeremías rumores familiares sobre la vida transgresiva que la tía había decidido llevar allí; eran rumores; conversaciones de su madre y la hermana casi escondidas y en voz baja que dejaban deslizar el nombre de la desgraciada y los murmullos se acompañaban con cejas enarcadas, agrandamiento de ojos y ensanchamiento de pómulos. Micklos Jeremías Jancsó comenzaba a adivinar que algo sucedía. Los rumores se fueron transformando en palabras y las palabras en informaciones: se supo que la tía de Jeremías había abandonado los estudios para trabajar bajo las órdenes de un profesor-investigador (doblemente expulsado de Oxford) quien se había instalado en la zona del Down (muy cercana a la vivienda que durante los años 1935 al 1939 ocupara Drinkwater, aquel extraño personaje que hacía volar sobre los cielos de Inglaterra hermosas mujeres montadas en escobas) [1]. Quienes fueron obteniendo mayores detalles de las actividades de la tía de Jeremías bajo las órdenes del misterioso profesor no tardaron en ligar sus experiencias con los extraños oficios de la brujería y del vampirismo que tanto estupor causara en los últimos años.

En esas cavilaciones me encontraba cuando, de un trazo, Rebis llegó al mundo. Ese trazo le otorgó la fijeza de sus rasgos, la agresiva dulzura de su mirada, el atuendo negro adherido a su piel, las altas botas, el cabello cayendo sobre sus hombros y los anteojos que cubren, en forma circular, casi la integridad de su rostro. Atuendo negro y grandes anteojos son el principal sostenedor de su irresistible belleza, de la fuerza rectora de sus deseos, en fin, de su mil veces carismática personalidad. Los anteojos sin el atuendo o el atuendo sin los anteojos son el talón de Aquiles para Rebis: la falta de uno de estos elementos es como la falta de drogas para Jekyll, de la cabellera para Sansón o —como el lector ya lo habrá adivinado— el talón para Aquiles. Quitarse el atuendo es para Rebis adquirir la tranquila personalidad de W. C. Hutton quien mantiene enormes

cuentas bancarias en diversas partes del mundo siendo imposible controlar sus desorbitantes ingresos. Los primeros trabajos realizados bajo el nombre e imagen de Rebis —más que para ganar dinero con la intención de poner a prueba sus poderes— fue la conducción de una revuelta del campesinado indígena que llegó a apoderarse de las tierras, echar a sus dueños y conseguir ventajosas condiciones del gobierno; se hundió también en las noches negras de Chicago entre tenebrosos callejones de ladrillos, entre misteriosos tugurios del Old Town hasta entregar —de un solo saque— a la Policía Federal tres de los más famosos *gangsters* en una noche en la cual los plomos horadaron estómagos y cabezas y las cadenas se cerraron en más de una muñeca; similar ocurrencia ejecutó al entregar a boca de jarro, una tropa vietnamita a los americanos. Luego se dedicó a trabajos mucho menos espectaculares por mucho más remunerados, llegando a percibir la suma de doscientos mil dólares para ocuparse de las reuniones que, todos los viernes a medianoche, comienzan en las landas del bosque periférico del sector oeste de la ciudad.

Y una noche Rebis me buscó en la clínica, en mi cuarto de trabajo. Viajamos sin tiempo hasta desembocar en un canaletón oscuro al cual había que atravesar a pie mientras oíamos, afuera, el silbar de las balas que se perdían en el follaje, agolpadas contra las hojas de eucaliptus. Rebis corría delante de mí y yo detrás de Rebis. El canaletón no terminaba nunca, el silbar de las balas continuaba y yo pensé en Henry Fonda y Silvia Sidney en una película de Lang: murieron antes de llegar a la frontera. De pronto la salida. Una vasta llanura se extendía frente a nosotros y en el centro, sobre el verde mostaza de los pastos, una alfombra índigo la atravesaba perdiéndose detrás de una colina confundida con las lomas, mutilada por los rayos del sol cayendo amenazantes sobre el horizonte. Nos desplazamos por la alfombra, yo detrás de Rebis, viéndole en lo alto al llegar a la colina, con sus cueros negros cubriéndole el cuerpo, sus largos cabellos flotando al viento y un extraño efecto de contraluz favorecido por la altura del sol, mezcla de Barbarella y James Bond, imponía su figura al punto de hacer oír como una música de Victor Young [2].

Rebis me indicó que le siguiera. Llegamos hasta una plaza de arquitectura romana con numerosos elementos ojivales y un claustro de finas y esbeltas arcadas. Cuatro enormes torres se elevaban hacia el cielo. Al lado de las torres aparecía, como resto arqueológico cuidadosamente representado, un edificio de un romanismo tardío y una escalera interior, como es tan común encontrar en las moradas catalanas y mallorquinas. Al salir de ella nos enfrentamos a una construcción en la cual el gótico mediterráneo daba muestras de un raro equilibrio en las proporciones, una gracia sin igual en las columnas en faisceau, una incomparable delicadeza en los juegos de luz a través de los vitrales policromos y sobre las pátinas doradas de piedra. Llegamos, finalmente, al interior de la cripta en la cual se conservaban las reliquias de una santa dentro de un sarcófago italiano de mármol blanco. Desde la puerta de la cripta podía verse un fresco verdor vegetal que contrastaba con la belleza oculta de las severas arcadas góticas y con el sonido de guitarras eléctricas provenientes del interior. Al entrar me ensordecieron los ruidos, los torsos desnudos, los largos cabellos, los juegos de luces. Comprendí que Rebis me había dejado en las páginas de *Cobra*¹: frente a mí estaba TIGRE golpeando con las manos el cristal de la pecera; al lado TUNDRA con los bolsillos llenos de piedras de mar, de navajas y de vidrios. ESCORPIO reía. TOTEM bailaba. Uno de los muros del bar estaba ocupado por el acuario. La claridad se filtraba por algas que emanaban del fondo, detrás de los estantes de botellas, de mamparas opacas, de curvas de los taburetes turcos. La blancura atravesaba sombras lentas, vibraciones de aletas que en la luz que brotaba del agua, eran mariposas negras. Llegó el día de los neones sumergidos entre las piedras y las madréporas de poliestireno, bajo los inmóviles hipocampos de vidrios fluorescentes y de flores inoxidable, blanquísimas y siempre abiertas. Ante esa pantalla que ondula, TIGRE baila, se golpea a sí mismo, rodeado de sus collares y campanas, impulsado por el kirf. Detrás del mostrador surgen tres mujeres desnudas y doradas. Un adolescente se arranca la camisa.

1 Última novela de Severo Sarduy.

Los ojos le arden. Se acaricia el sexo. Una rubia llora, las lágrimas son enormes. Detrás del acuario siguen huyendo cebras. Las tres mujeres doradas, desnudas, se acercan al joven de ojos ardientes y sexo acariciado y son bandas de cascos y de cuellos, hilos que parten de los bellos, de babas plateadas que vienen a estrellarse contra el cristal del arroyo. De la izquierda viene Lilí, salida de las páginas inconclusas y sin destino que aún guardo en el baúl, que mira a TUNDRA, a ESCORPIO, a TIGRE. Pero no se ven. Lilí busca a Malko y mira a través de los ventanales de una habitación sin cebras ni madréporas cuyos cristales dan sobre la bahía desde donde llegan los rayos oblicuos del sol que caen sobre el Pacífico y se reflejan en los brillantes aceros del Golden Gate. La tarde cae. Lilí siente frío. La calle está vacía y Malko espera mientras se encienden los carteles luminosos del Coit Tower. Tres Black Panther hacen flamear los estandartes ostentoso símbolo animal y camperas de cuero, sobre las (escalinatas). Un automóvil se desplaza lentamente sobre la calle. Se detiene frente a las escalinatas. Los celulares lanzan sus sirenas contra el viento de la noche y cercan la zona. Ametralladoras en mano estrechan el círculo, irrumpen por las escaleras, aprietan los gatillos, sangran los pechos, las panoplias perforan el aire, la imagen bogardiana del panterismo entra en las cámaras, las cortes abren sus puertas y Malko piensa en Lilí y en el Golden Gate. Malko entra por detrás del mostrador de donde salieron las mujeres doradas y encuentra a Lilí frente a ESCORPIO. Se abrazan. Malko corre el cierre y Lilí ayuda a que su vestido caiga quedando en slip y *soutien-gorge bleu*. Ella misma se quita el *soutien-gorge bleu* dejando que sus pesados y puntudos senos se hundan en el pecho de Malko. Ella se estira apretándose contra él. Su piel dulce (la de Lilí) con un suave olor a amandas, se siente acariciada hasta que las caricias se prolongan en la caída del slip y —sintiéndose poseída— Lilí hunde las uñas en su propia nuca, comienza un lento movimiento con brascas sacudidas y le dice a Malko: déjame hacer que esto será más eficaz que todo el alcohol de los americanos.

Salimos (con Rebis). Afuera nos esperaba un Austin Martin 1972 DBS Grand Tourer que bramó sobre el *Highway* dejando detrás Conocos, Moteles, *you never been* in Holiday Inn, Texacos, *hamburgers*, en dirección a la loma. ¿Pero qué loma? Mirando hacia atrás por el amplio vidrio panorámico, *la highway* se perdía, en forma simétrica, también detrás de nosotros todo era una inmensa pradera exactamente igual en todas direcciones: colinas, un árbol seco, siros naranjas iluminados por el sol cayendo en occidente. Así fui comprendiendo que el tamaño de la loma y del árbol debían de ser inimaginables puesto que a medida que nos desplazábamos las características mantenían las mismas proporciones; la intensidad de la luz se había fijado en el sol detenido, color naranja, ahí apenas sobre la línea del horizonte. Rebis me comunicó que desde lo alto de la loma veríamos Tex City. Y la vimos: no era la fijeza estática de las moles de cemento, no eran formas cuadradas buscando el cielo, era un serpenteo brumoso e informe, líneas que se entrecruzaban, calidoscopio y danza, gritos y flores, páginas y saltos, noches de gatos llenos de pelusas buscando las estrellas, gusto de la piel sobre los dedos, ardor del alcohol en el silencio, mirada de árboles ondeando graciosamente contra el muro, gacelas corriendo por las auroras boreales, tangentes del misterio que no llegaban a ocultarse, gestos perdiéndose en espacios inexistentes.

En el Palacio de Los Placeres nos encontramos con miembros del Gobierno y del Centro de Investigaciones de Tex City. Se apagaron las luces y en la pantalla se vió una playa del Caribe bordeada de palmeras y de flores, bañada por aguas transparentes, por donde Johana camina. El viento agita su camisa hindú cuya transparencia deja adivinar su escueta mokini blanca. Un perfume de vainilla y Rhum blond (es película Kodacrom) colma su cuerpo entregada a la exuberancia del clima y de la foresta, adornada por orquídeas y pájaros multicolores, extendiéndose hasta el encanto mas lejano de los sombríos interiores donde se ocultan tribus aun primitivas emitiendo el sonido del brumoso acompañamiento

de bongós. Johana se expone, en el ardiente mediodía, a las inclemencias del sol persistiendo en el flagelamiento de la carga en noches de sexo, latigazos y alcohol. Llevaba anteojos para sol gran panorámicos, con vidrios ovales y marcos de metal cromados. Desde la playa particular del señor Smith —cercada por alambres electrificados— Johana veía los cruceros turísticos que llegan de, o partían a. En esos momentos, su espíritu se exaltaba conmovido por una violenta alegría al saberse protegida por la alambrada que le permitía seis kilómetros de playa para ella sola. Todo ello se mostró en un *travelling* de brillantes colores y una banda sonora con ritmo de calipso. Algunos pensamientos de Johana se escucharon en *off*. Johana paseó su delgado cuerpo de un metro ochenta, hasta alcanzar una saliente de las malezas que ganaba la playa y en cuyo interior pudo verse un calmo espacio cubierto de césped, de fuentes, de pastores y de ninfas tocando la cítara y danzando a la hora de la siesta. Debajo de un árbol, recostado leyendo un libro de la colección Pinguin un joven atlético, rubio, bronceado, ojos maravillosamente verdes, como el verde más verde de las aguas del Caribe, pantalón de baño largo hasta las rodillas ostentosamente cubierto de flores, la miró (a Johana) al llegar. Él también llevaba anteojos panorámicos con vidrios polarizados, montura de plástico marrón y brazos en metal blanco perforado. Pese a lo más atractivo que el modelo podía resultar, se notaba que eran de inferior calidad a los de Johana. Johana llegó hasta el lugar ocupado por el joven, dijo ¡Ah! (con gesto de mucho cansancio) y se dejó caer (su camisa hindú abierta exponiendo sus puntudos senos; Bob mirándola desde detrás de sus ojos maravillosamente verdes y luciendo su varonil musculatura) y agregó: «déjame descansar media hora antes de darme cualquier información, estoy agotada». Bob volvió entonces sus ojos maravillosamente verdes del rostro demacrado de Johana hacia las páginas de su libro de la colección Pinguin el cual, ahora que podía verse la tapa, mostraba una mujer mirando al frente con gesto provocativo, procaz y pecaminoso (habiéndose ya despojado del camisón hasta la altura de la cintura, se revolvía el cabello con una mano y se mordía la lengua). Media hora más tarde, colmada de cerezos y de orquídeas,

Johana despertó. Hubo un rápido intercambio de palabras del orden de «¿entonces?», llegó hoy un cable comunicando la muerte de Johnson; se sospecha de la presencia de Rebis detrás de todo este asunto y se teme por la vida del señor Smith»; juego de palabras que creaban una gran incertidumbre del espectador.

Rebis, a mi lado viendo el filme, me explicó que Smith es el director y mayor accionista de un vasto oligopolio que comprende cacao, caucho, yerba, bananas y café. Johnson (al que acaban de asesinar) era la mano derecha de Smith, en quien éste se apoyaba para mantenerse al frente del oligopolio pese a la seria amenaza de Carlson y toda el ala comunista. Mi tarea, agregó Rebis, consiste en eliminar a Smith para que Carlson y los comunistas se apoderen del control de la empresa. Johana y Bob son los agentes secretos de Smith.

La explicación de Rebis me hizo perder la continuación del diálogo y alcancé a oír a Johana cuando decía «nuestra misión es eliminar a Rebis. Esta noche el señor Smith estará aquí».

Momentos más tarde

Sobre un balcón del hotel Montecarlo, Rebis, su cuerpo desnudo, disfruta del sol de la tarde. Su endemoniada belleza, el atractivo sensual y solemne que inspira su figura es irresistible. Criatura sin velos, sin cadenas, sin martirios ni esperanzas, Rebis es, sin exageraciones, la realidad en los sueños, la mitificación de nuestras posesiones, la encarnación misma de todos los deseos. Su fuerza no es otra que la debilidad impuesta por su belleza. Suena el teléfono y Rebis, sin levantar la cabeza, siempre de espaldas al sol, toma el aparato y dice aló. Con W. C. Hutton, pregunta la voz en la otra punta de la línea. Su *appointment* con el señor Smith está fijado para las 19hs, si no es de su inconveniencia. No, en absoluto,

muy amable. You will come. Bye. Bye. La misma voz, antes de cortar la comunicación, ordenó al servicio del hotel vigilar a W. C. Hutton. Un plano corto mostró a Johana en el momento de colgar el tubo.

Bob está de nuevo en el puerto. Atraca la camioneta junto a la dársena para que la llenen de especies marinas que deben ser repartidas por los restaurantes de todos los hoteles de la ciudad antes de las cinco en punto, hora en la cual comenzarán los preparativos de la cena. Por cierto, que este es un trabajo que Bob realiza para mantenerse en contacto con los asistentes de cocina y servidumbre en general, lo cual le permite una estrecha vigilancia del movimiento hotelero. Hoy no le será difícil introducirse en el Hotel Montecarlo y convencer a Bessie —la delgada y excitante muchacha negra que trabaja en la cocina y practica un disimulado robo en cadena con todas las mucamas— que le permita subir a la terraza, al depósito de provisiones, desde donde podrá vigilar la habitación de W. C. Hutton. Apenas llega al hotel encuentra a Bessie, quien, debido al intenso calor reinante, lleva un fino delantal transparente sin nada debajo. La convence para que lo acompañe (motivo: evitar sospechas). Y cuando, desde la azotea, Bob ve el cuerpo desnudo de Rebis queda alelado, estupefacto (primer plano, breve temblor en los labios, golpe de música mezcla de blues y de Dimitri Tiomkim [3]) Bessie experimenta parejo sentimiento (primer plano, temblor erótico de su cuerpo). Bessie toma a Bob de la mano y lo arrastra hacia el cuarto de las provisiones. (Pretexto: poder vigilar sin ser vistos). Es una tarde de cuarenta y cinco grados (más o menos) y nadie subirá a la terraza antes de las cuatro y media de la tarde.

Bessie, terminada su labor en la cocina, había pensado ir a la playa, pero sus planes cambiaron al ver el cuerpo desnudo de Rebis: necesitó ardientemente ser amada. Bob, debiendo repartir el resto de los mariscos abandonados en la camioneta al rayo del sol, necesitó amar: y ahí estaba Bessie. Se miraron entre latas de aceite y botellas de vino en un cuarto cerrado y sin brisa que contenía los cuarenta y cinco grados (más

o menos) de la tarde. Bessie se quitó el fino y transparente delantal que llevaba (ver motivos supra), se acostó de espaldas sobre las bolsas de harina que dieron un tinte blanco a su negra piel bañada de transpiración y de deseos, abrió las piernas, se acarició suavemente el sexo y hundió las manos en su propio vientre en el momento en que Bob restregaba su pecho contra ella, abriéndole los labios y penetrándola. Bessie sintió sobre su cuerpo el peso de Rebis. Bob sintió a Rebis debajo suyo. Bessie sintió los besos y las manos de Rebis abriendo su sexo. Bob sintió los besos y las manos de Rebis acariciando su sexo. Bessie sintió que Rebis la ahogaba. Bob que Rebis lo poseía. En los cuarenta y cinco grados (mas o menos) y las bolsas de harina, Bessie amó y Bob fue amado.

Johana

Después que Bob hubo repartido las anguilas y mariscos (breve exposición en dos planos) se volvió a Johana sola, allá en el prado lleno de ninfas y pastores. Descansó hasta casi las cuatro de la tarde, luego se quitó la camisa hindú y la escueta mokini y se hundió en el mar. Adivinó los rumores turísticos de las playas —en las arenas que comienzan del otro lado de la alameda— los amontonamientos, los parasoles y toallas, las familias y los chicos con palas y tarros, la música de burdel al lado de los vestuarios y los kioscos con jugo de coco y papaya—. A veces —y solo por cuestiones de trabajo— se mezclaba con esas gentes, pero no había nada en el mundo que mas detestara. Johana había comenzado en la TV publicitando una pasta dentífrica y un desodorante. De ahí dio un salto gigante y terminó como afamada modelo. Sabía manejar a los hombres y controlarse: solo puedo entregarme sí, y solo si es necesario. Así había andado de Mediterráneo a Mediterráneo, de *sky* en *sky*, de velero en velero, de auto sport en auto sport. Chamonix, Col de Voz, Val d'Iser, Grand Bernard Chinaillon fueron sus hogares durante varios años —hace ya siete u ocho— cuando solo unos pocos sabían esquiar,

no se habían inventado aún los *skies* cortos para gordos turistas americanos, no se entregaban becas para profesores de gimnasia de origen argentino ni existían las vacaciones forfait. Durante esos años de vida internacional logró un ágil manejo de las lenguas del tronco latino — además del inglés, por cierto, que era su lengua materna—. Conocía también algo de idiomas nórdicos debido a que, últimamente, distribuía su vida anual entre Dinamarca, Finlandia, y Noruega, lugares aún no demasiado explotados por los organismos internacionales de turismo. Fue en Oslo, precisamente, donde conoció al señor Smith una noche en la cual Johana era la figura central de una cantata (espectáculo entre el teatro, la ópera, la música, el *environnement* y el desfile de modas) dispuesta para presentar los modelos de la nueva temporada. Era una lujuria de colores y de ruidos en medio de los cuales aparecía, desde no importa qué rincón (del techo, de un agujero, desde un trampolín que atravesaba una pared o entre un letargo de inciensos y de tules) la figura de Johana como heroína de western, paisana neozelandesa, con ropas muy largas o irreprimiblemente cortas, con audaces escotes o totalmente desnuda con un enorme moño cuya cola de cinco metros arrastraba entre los asistentes. Smith supo inmediatamente que era la mujer indicada. Johana, al divisar al señor Smith, destacó en él los rasgos de política y de negocios y pensó en aprovecharlo y ganar dinero: y el dinero era para Johana lo más importante desde que tenía conciencia del mundo.

Al llegar a la mesa de Smith, éste, desempolvando viejas costumbres de antepasados olvidados, le besó la mano. Luego de ofrecer champagne y admirar la belleza de Johana, el señor Smith deslizó la sugerencia dinero, trabajo, cenar juntos.

Amiga de los buenos vinos y de la exquisita gastronomía, Johana aceptó gustosa. El *restaurant* estaba iluminado por *spots* ubicados a raz del suelo debilitando las formas agudas y frías de los aceros en columnas (esta vez sin *fasceau*), creando juegos canaleteados que sugerían pasadizos secretos y plantaciones de dunas. Lámparas de baja tensión iluminaban

determinados rincones destacando las paredes forradas con pieles que se prolongaban, caían y se desparramaban sobre el piso espaciando el espacio que se espaciaba aún mas por el juego múltiple de los espejos, Johana llevaba un fino vestido suelto, con dibujos gitanos, mini-jupe y una estola de pieles que caía, se mezclaba y se confundía con las pieles del *restaurant* (casualmente del mismo tono). Después que Johana hubo elegido *truities fumées cuites dans une boite* y Smith *anguille fumée* y un Margaux 59 (al mismo tiempo que ofrecía fuego a Johana), se deslizaron las primeras frases relativas a la proposición. Smith habló de oligopolio, de personalidades importantes (en el orden de las finanzas internacionales) a quienes había que tratar y convencer e imponer a la vez que controlar los peligros suscitados por la infiltración roja. Para esas tareas nada mejor que una mujer, con mas razón si es hermosa, dijo el señor Smith haciendo señas al maitre para que destapara el Margaux. La empresa no impone constricciones al trabajo, solo espera resultados. (Imposiciones sería más adecuado que constricciones, pero imponer imposiciones no suena bien). En cada caso Johana debía dedicarse *full-time* al *affaire*, manejándolo a su antojo, claro está. El tiempo libre (fueran días o semanas) podía pasarlo donde quisiera siempre que tuviera un teléfono a su lado y una pista de aterrizaje a no más de cincuenta kilómetros para tomar, en caso de necesidad, el avión particular que el señor Smith pondría a su disposición. Finalmente, dijo, podía pensarse en un sueldo de cuatro mil dólares mensuales más gastos en períodos libres.

Johana escuchó con atención sorbiendo el Margaux 59 que el *maitre* había vertido al comienzo de la disertación del señor Smith. Con una sonrisa que hizo tintinear los diamantes que pendían de sus orejas, Johana observó que era poco dinero para trabajo tan arriesgado. Smith aclaró que no había ningún riesgo puesto que todo caía dentro de la ley. Johana argumentó largo rato a su favor rechazando el dinero propuesto diciendo que para ella había formas muchos menos arriesgadas de obtener la misma cantidad. Smith se alegró por la reacción de Johana:

una aceptación sin siquiera pestañar lo hubiera decepcionado. Por el contrario, cada vez estaba más seguro que Johana era la muchacha indicada. Llegaron las *truites* y las *anguilles* y Smith miró de nuevo el *maitre*. El Margaux hizo glup glup en los vasos y Johana hummm al morder la *truite* y en seguida dijo diez mil dólares más gastos de viajes en los períodos libres. Smith se dispuso a organizar su defensa y así poder saborear mejor las *anguilles* que —no obstante— saboreó durante un largo minuto. Se dispuso a contraatacar pero Johana lo interrumpió diciendo que era inútil todo comentario, ella se había hecho cargo ya de la situación y no haría el trabajo por menos de ese dinero. Aún más: lo haría en principio con un contrato de tres meses, al cabo de los cuales tendría mayor seguridad en cuanto al precio dispuesto; agregó que sobre el tema no había nada más que decir y que al señor Smith correspondía decidir; preguntó a éste si había ya gustado el *smörgåsbord* y el salmón marino y al día siguiente ambos tomaron un jet particular con destino a Londres.

Al salir del agua, Johana, corrió hacia el prado a buscar su camisa hindú, los anteojos para sol y la mokini. Tomó todo con una mano y caminó hacia la mansión por un sendero que ella misma había trazado entre la espesa foresta y llegó hasta la escalera particular que la conduce a su suite en la mansión. Desde los ventanales de una habitación sin cebras ni madréporas, cuyos cristales dan hacia la bahía, vio los rayos oblicuos del sol derramarse sobre el Pacífico y reflejarse en los brillosos aceros del Golden Gate. Pensó en telefonar a W. C. Hutton y arreglar la entrevista con el señor Smith para mañana a las 19hs. Calzó un fino pantalón algo más grande que su mokini, una blusa liviana y transparente y bajó a su despacho. Desde que era secretaria del señor Smith en asuntos internacionales su lugar fijo de trabajo y residencia fue la mansión de la isla: ciento dieciséis habitaciones y numerosos dispositivos de defensa similares a los que tenía el señor Smith en la fortaleza situada en la zona del caucho y la banana (ver infra). Se iluminaron las pantallas de circuito cerrado de TV: el rostro de Smith se vio en todas la pantallas y su voz

partió de todos los altoparlantes: dijo que no podría estar para mañana a las 19 puesto que partía dentro de tres horas (eran las cinco después de mediodía) hacia la zona del caucho y la banana. Dejó carta libre a Bob y Johana para asesinar a W. C. Hutton si confirmaban que era Rebis. Johana, que ya lo sospechaba, pudo confirmarlo con mayor seguridad al recibir el informe de Bob acerca de su incursión en la terraza del hotel.

Como en muchas tardes calurosas, Johana se sentía abatida y sin deseos de planificar. El interior de la mansión era de veinte grados aunque ella seguía sintiendo los cuarenta pegando y rebotando sobre la arena, la noche sin dormir, la fuerza de los negros y los golpes (de ahí las marcas moradas en sus muslos). Desde el momento en que la amenaza de Rebis se hizo sentir (seis meses ya) que Johana debía permanecer al lado de Smith anhelando aquellos tiempos en los cuales después de una semana de trabajo volaba hacia Yacarta, Hong Kong, Camboya, Kenya u otros lugares más próximos. Seis meses de inactividad (o actividad que se resolvía en las expectativas y en anhelantes esperas de informes) la habían postrado en tal desencanto y desengaño que ya hasta la presencia de Bob le resulta indiferente. Bob era para Johana, sin dudas, una de esas personas que no se olvidan, a quien es hermoso tener cerca durante quince días, pero que seis meses hacen insostenible. Su vida (la de Johana) había dejado de tener agotamientos físicos, ires y venires, para tornarse una flácida espera que su cuerpo ya no soportaba: había demasiada energía acumulada en ella para tenerla guardada tanto tiempo. Ser amada, acompañada, atendida por Bob —en esta calma sin agitaciones— era para Johana tan alterante como el silencio del día que trataba de destrozar nadando sin detenciones durante horas y horas hasta que sus músculos se anestesiaban, sus espaldas abarrotadas de sol y calor deseaban —como única cosa en el mundo— una ducha fría y una cama en la cual extenderse para, de nuevo al día siguiente, recomenzar el ciclo de flagelamiento físico. Esto hizo durante los veinte primeros días. Pero dejó de ser suficiente. Necesitaba más. Sentía su cuerpo desesperadamente liviano y nauseabundantemente puro. Necesitaba destruirlo,

machacarlo, flagelarlo hasta tener acceso al descanso. Cuando las seis o siete horas de natación ya no le resultaron suficientes, salía del agua y, bajo un sol perpendicular, corría por la playa hasta caer soportando el irreprimible calor de la arena sobre sus senos y del sol sobre sus espaldas. Al cabo del día, cuando retornaba a su suite el ardor calcinante de su piel la obligaba a estar de pie (no soportaba las sábanas) untándose con aceites hasta que el infinito cansancio la tumbaba desvanecida y flácida sobre las peludas alfombras. Y cuando esto ya no le fue suficiente comenzaron las sesiones en el Salón del Oeste (Salón de los Placeres, como también le llamaban, que Smith había hecho construir para poner fin a la vida de sus enemigos) que es el lugar donde, por otra parte, mañana recibiría a Rebis. En el Cuarto de Piedras del Salón del Oeste un grupo se dedicaba al frenesí del alcohol y de la danza hasta el agotamiento. Exhibían sus pieles lustrosas de transpiración y brillosas por el alcohol, a veces de sombrías tonalidades gracias al juego de luces que se acentuaba sobre las partes abiertas en llagas. Los caídos se arrastraban unos contra los otros, rasguñándose, fregándose contra las piedras, golpeándose con las últimas fuerzas y rasgándose con llanas espinosas. El placer era el dolor y solo una vez Johana llegó al orgasmo recostada sobre las piedras, sintiendo su vagina destrozada mientras una negra le sostenía la cabeza y la miraba a los ojos y otra le golpeaba los senos con ramas de palmera. Todo al compás de Xugat y Pérez Prado.

Johana y Bob

Bob la vio a Johana por primera vez cuando se bajó del automóvil negro con chofer que la llevó del aeropuerto hasta la residencia—mansión—fortaleza y caminó con dificultad adentro de su estrecho vestido negro que la obligaba a poner un pie delante del otro produciendo un movimiento bamboleante a la altura de las caderas. Johana traspuso espectacularmente las blancas columnas y arcadas del portal y lo encontró hermoso

a Bob en su metro noventa y cinco, su sombrero texano y sus botas con espolones. El whiskey los hizo amigos y pasaron juntos muchos momentos agradables, aunque para Bob la mujer era tanto Babilonia como campo de pastorero. Pero Johana estuvo a su lado cuando en el Mississippi las jóvenes juntaban lotos, se hablaban a través de las flores, el sol iluminaba sus flamantes ropas que se reflejaban en el agua y el viento hacía flotar sus halos perfumados dispersándolos por el aire. Y así pasaron horas y angustias juntos; vieron los soldados de la U.S. Cavalry con el uniforme azul del norte saliendo del fuerte en una larga caravana; vieron los rostros de viejos pioneros, barnizados y quebrados por el viento del desierto; pesaron por las conquistas de territorios y presenciaron —uno al lado del otro— la sangrienta batalla de Baton Rouge; probaron el Colt 45 y cuando ya no les fue suficiente —aunque disparara seis veces seguidas— apelaron a la Carabina y a los antiguos fusiles Enfield y Harpers Ferry; soportaron caravanas que los llevaron más allá de la frontera con la incertidumbre del no-retorno; soportaron la angustia de estar dentro de una cabaña en el momento en que un hacha se clava en la puerta y gritos y flechas incendiadas silban en el aire de la noche incendiando las pajas del techo; vieron flechas traspasar brazos y piernas y cuchillos separar cabezas del cuerpo; estuvieron, cuando el crepúsculo cae en el desierto, entre cinco blancos aislados en un campamento sabiendo que antes del amanecer los indios atacarían, oyeron los pies desnudos sobre la hierba seca y el silbar de las primeras flechas y después de cinco horas de batalla solo ellos se salvaron; desde la ventana de su hotel Johanna vio a Bob cuando salía del *saloon*, cruzó la calle desierta y avanzó lentamente hacia su enemigo; las manos jugaban nerviosamente al costado del estuche; y entre sus dedos y el Colt 45 se vio la figura del adversario, allá, en el fondo de la noche, caer bajo la intrépida rapidez de Bob; aguantaron largos viajes en diligencia, lentos trabajos en el ferrocarril avanzando hacia el oeste; oyeron a un niño correr por la calle desierta y detenerse delante del viejo para preguntarle si el pueblo estaba desierto porque todos habían ido al linchamiento; comieron poco: a veces solo bebían café al lado de la carreta con una

esponjosa torta de manzanas hasta que Bob encontraba un *it was my steak, Liberty Valance* [4]; casi sin descanso atravesaron valles y montañas; saltaron de trenes a cárceles y de villas desiertas a campamentos indígenas y todo ello los unió como nunca: Bob fue la única persona que compartió tanto de la vida de Johana y llegaron a formar una pareja incomparable a las órdenes del señor Smith.

Al día siguiente

Las dos de la tarde. El cielo una inmensidad incandescente y sin fondo que se desparrama por la ciudad. Frente a la plaza del hotel donde se aloja W. C. Hutton hay un busto dedicado a la memoria de alguien y un pedestal lleno de sapos, anguilas, gallinas y otras incongruencias. Del otro lado de la plazoleta (la cámara hace una panorámica) un bar. En el exterior un portal guardado por dos enormes columnas negras (churriguerescas) que envuelven el espacio de acceso. Sobre el arco de yeso esculpido que las une, se representa una escena de caza: un enorme señor con botas, gran barba, sombrero y un rifle en el momento del



En el interior, mesas en forma de animales con cabezas bajas: sillas que semejan jirafas en las cuales uno se sienta apoyando la espalda contra su cuello (nuca contra nuca) y las piernas abiertas o vaya a saber qué. En cada mesa una lámpara en forma de reptiles (siempre parados) y una Phillips de 25 en la cabeza. Detrás del mostrador una enorme testa de león, con la boca abierta, es utilizada para poner las bebidas. En el fondo (más o menos a la altura de la laringe del león) un espejo en el cual puede verse la imagen propia del que se refleja. El mostrador, para terminar ya, es una especie de copa de árbol en cuya parte superior se apoyan vasos, codos, manos y otros. En fin, el mozo y el barman miraban aletargados. En el interior del bar dos personas (clientes: en Roma, plebeyo que se ubicaba bajo las órdenes de un Patricio // persona que confía sus asuntos a un hombre de negocios o su salud a un médico // persona que se abastece en un comercio). Una de las personas es Bob vigilando los movimientos del hotel Montecarlo. Quien está detrás de Bob puede ser un turista o alguien de paso. De pronto un Lamborghini se detiene frente al bar y Johana desciende con un mini vestido de colores muy vivos cerrado hasta el cuello. La tela muy liviana deja adivinar debajo solo un slip del mismo tono. Lleva los mismos anteojos de la tarde anterior, un amplio sombrero y sandalias de cáñamo trenzado. Se ubicó al lado de Bob despojándose de sombreros y anteojos a la vez que pedía un jugo de naranja con hielo y vodka. Bob levantó los ojos de su Pinguin Book, lo cerró y lo deslizó hacia el costado izquierdo. Habló el señor Smith, informó Johana, ordenó «estés conmigo hasta el asesinato y tomes el avión de las veinte». Johana llamó al mozo para pedirle música y la persona que estaba atrás aprovechó el movimiento para pedir otra cerveza. Johana, con el cigarrillo en la mano izquierda y el codo apoyando en la mesa, agregó: hoy a las diecinueve Rebis dejará de serlo. Tengo la evidencia de la admiración y excitación que despierta: cuidado Johana, agregó Bob como para decir algo. Pudo haber sido el calor, replicó Johana: los poderes de Rebis no tendrán ningún efecto conmigo (y pensó en la arena, el mar, las noches en el Salón del Oeste y otras). Cuídate lo mismo, agregó Bob sacándose una pelusa de arriba

del cocodrilo de la Lacoste. Tomé el trabajo de informarme dijo Johana. Bob no entendió esta frase y así lo dejó entrever su mueca. Me llegaron cuatro álbumes, continuó Johana, donde están contenidos sus mejores trabajos. Además José (conviene que el lector retenga el nombre de este negro y fornido espécimen de dos metros de altura y capaz de estrangular a un elefante con quien a veces Johana se hacía flagelar) estará atento. Bob rió observando los senos de Johana que flotaban bajo la transparencia de la tela. ¿Se sabe algo de Johnson? Preguntó Bob mirando el bronceado de sus músculos que contrastaban maravillosamente con el celeste apagado de la remera (Lacoste). Se sospecha. ¿Qué? Que los secuaces de Carlson son no más que bolcheviques. Creo que hay algo más en esa muerte, agregó Bob acomodando sus músculos. Sobre todo por el ritual (Johnson fue encontrado en su despacho, desnudo, estrangulado con una estola de visón, su escritorio servido para un banquete, rosas rojas y flores de loto esparcidas sobre el piso). No sé por qué pero me suena a imaginería apocalíptica. Son tus lecturas de Pinguin Book, aclaró Johana, sacudiendo la cabeza y permitiendo al aire entrar entre sus cabellos. No, retrucó Bob, las muertes cometidas por Rebis son siempre por el estilo. ¿No recuerdas ninguna? No, dijo Johana, repasando en la memoria las aventuras del álbum: Rebis contra el cíclope. Lugar: un prado, un río, una manada de ovejas, un pastor y un árbol. Acción: el cíclope y el hombre lobo tenían aterrorizados a los aldeanos puesto que en el balance de cada día el pequeño villorrio contaba en el debe algunas ovejas y un pastor. Rebis acudió en defensa de los paisanos y comenzó el acoso del hombre lobo. Un día se enfrentaron: la mitad del prado perteneciente al Cíclope, estaba cubierta de Oscuridad, Fantasmas, Animales Grotescos, Mundo de Ruinas y Catacumbas, Carnes en Descomposición y Cavernas, proyectando la imagen de su poderío. El Dolor del Mundo gemía a sus Pies. Olas de Sangre y Fuego ornaban su Trono. Túneles y pasadizos secretos se perdían en la perspectiva hacia donde el Hombre-Lobo arrastraba el producto de su rapiña. En el cuadro siguiente: Rebis. Un prado con palomas blancas sobrevolando, arpas se sugerían templando el aire y manadas de corderos ostentaban

su blancura y su silencio. Luego se enfrentaban: el Cíclope terminaba tendido en el campo de batalla, *dabit deus his quoque finem, Virgilius dixit*. Sin embargo, estoy convencido de que es el estilo de Rebis, insistió Bob. ¡No! interrumpió Johana, visiblemente nerviosa, y deja de perder el tiempo en tonterías, mejor sería que fueras al hotel e intentes pillar algo. Y Bob salió.

Johana y Rebis

Sola en el Bar, Johana recuerda otra aventura de Rebis

Llama al mozo y pide otro jugo de naranja con vodka y piensa en la figura de Rebis rodeada de marsopas e ictiosaurios, de plesiosaurios y paisaje mesozoico. En realidad tiene miedo. La pregunta de Bob le recuerda la muerte de una mujer (Loua). ¿Y si ella, hoy a las diecinueve, muriera como Loua?

En un valle salvaje, en el flanco de una montaña, se eleva la villa. Madou entra corriendo en el espacio cercado de cabañas y de indígenas expectantes.

MADOU: Ah, los ojos de la joven y hermosa
reina LOUA llorarán y los guerreros
sus armas aprestarán.

Se enfrenta con cuatro compinches. Alguien dice que la primera en saber la noticia debe ser LOUA, reina-hija, del valeroso guerrero asesinado.

Aparece.

LOUA: Habla, oh, MADOU que LOUA te escucha.

MADOU: A la orilla de la gran selva, Oh, Reina mía
alguien estirado había
me aproximé y reconocí,
ah, LOUA
tu padre que muerto yacía.

LOUA: ¡¡Lo han entonces asesinado!!

Agitada en su dolor filial LOUA se abandona a las lágrimas. Pero ello
dura poco tiempo: como buena hija de guerrero se repone y dice, exten-
diendo la mano por debajo de su escudo cubre cuerpo de pieles:

LOUA: MADOU, verlo a mi padre quiero.

MADOU: (la mira en primer plano)

Lo que acabas de saber, oh, LOUA,
no solo es terrible para ti
sino para todos los que aquí
a tu padre supimos querer.

Y LOUA, estirando la misma mano de antes, pero en sentido inverso
y abriendo sus grandes ojos redondos, sacudiendo sus largos aros y la
fina cola del claro cabello, agrega.

LOUA: No seré de Rey digna hija
si el coraje me falta para verlo
tal como ahora el cielo lo cobija.

Medios cuerpos entre árboles, oscuros, inclinados corren en la noche
hacia el lugar donde se encuentra el Jefe muerto leyéndose frases como
las siguientes: vamos MADOU que el camino has de mostrarme

(LOUA); a tu padre fiel siempre he sido y contar conmigo siempre
puedes (MADOU). Llegan. Rostro de LOUA de perfil destacando
mejor su larga cola cabelluda; más atrás se ven solo las piernas del Jefe
muerto. MADOU gana el centro de la escena con un brazo extendido
y un arma en la mano.

MADOU: He aquí LOUA el arma de tu padre asesina
(y levantando el puñal aún más alto, doblando
el codo, con la musculatura en tensión y la
inteligencia en los ojos, agrega)
¡Por el genio del huracán!
que al dueño de esta arma MADOU conoce.

LOUA: Su nombre
(Inclina el cuerpo hacia adelante y apunta con
el dedo hacia MADOU).

MADOU: Rebis (dice mirando de frente el arma).

LOUA vuelve los ojos hacia su padre muerto, toma el arma de las manos
de MADOU, se para con la suficiente apertura de piernas como para
estar firme y en tensión, mira hacia el lector, extiende un brazo a lo
largo del cuerpo y eleva el otro hasta poner el arma a la altura de los
ojos. En esa posición

LOUA (dice): Mi alma paz no habrá logrado
hasta que mi padre
haya sido vengado.
(Medio cuerpo y mirada angustiada)

MADOU (sacando pecho): En tu obra de venganza, oh, LOUA
MADOU te ayudará
y contigo se casará

en el lugar pertinaz
que el castigo del culpable
tu alma deje en paz.

(LOUA se mantiene en silencio con los ojos entrecerrados, en la misma posición ya descrita).

Mientras tanto,
a algunos días de allí, en la enorme jungla donde mantiene su reinado, REBIS salta de liana en liana y en uno de esos saltos ve una gacela atrapada en un árbol. Y cuando se acerca, oh, sorpresa, una trampa en el suelo descubre una excavación con treinta lanzas apuntando hacia el cielo esperando la caída que REBIS evita a último momento sosteniéndose de unas raíces que serpentean el borde del foso. Uf. Libró la gacela y pensó en quienes podían haber tendido tal trampa. Difícilmente los indígenas sacrificarían una gacela para cazar un leopardo. Evidentemente hay otra razón. Al lado del foso halla huellas y REBIS las sigue:

Las huellas conducen hasta un curso de agua. REBIS, caminando a cuatro patas, se da cuenta que las huellas son nomás de los indígenas pero se pierden en el río. En ese mismo momento, del otro lado de la Riviera,

MADOU: Escapó a la brecha
¡pero no podrá hacerlo a nuestras flechas!

REBIS, oído fino, oye el distenderse y extenderse de los arcos y esquiva un DDDDDZZZZIIIIINNNG que SSSSSSSSZAC en el árbol de atrás. Intenta levantarse y ZZZZZZIP, hei, esto continúa. Se agacha detrás de unas piedras, ZZZZZIP, piensa que ellos están del otro lado, ZZZZZIP, cubiertos por los arbustos, ZZZZZIP ZZZZZZIP ZZZZZZZZIP, es necesario saber quiénes son y darles una lección. Entonces, así pensando, REBIS. PLOOOUUUUFFFFF en el agua desde lo alto de un peñasco. Los guerreros se dan cuenta y emprenden

la CLAP CLAP CLAP CLAP con los ojos abiertos por el miedo y las arrugas un poco más pronunciadas. Indígenas en la selva, hojas de palmera en el borde superior, arbustos debajo, tres indígenas se ven de cuerpo entero, el cuarto solo las piernas. En la carrera MADOU piensa que REBIS encarna peligro y hay que evitar ser tomado de sorpresa.

Entretanto,
REBIS alcanza la orilla opuesta y piensa en voz alta que, evidentemente, la trampa no estaba destinada para las bestias. Queda una solución: esperar la noche. Y cuando la noche cae en occidente se ve una sombra doliente que sobre algo se inclina [5]. Es MADOU. La luna aparece redonda detrás de un árbol sobre el cual REBIS reposa y reflexiona. Los indígenas, ahora en primer plano, ven, allá a lo lejos, la figura de REBIS recortada sobre el reflejo lunar. Inclinan el cuerpo hacia adelante, músculos en tensión, arcos que se extienden
ZZIIP. ZZZZIIP. ZZZZIIPP. ZZZZIIPP ZZZHIPPP ZZZHIPPP
REBIS cae. Pero cuando los indígenas se acercan

???!!!!!!?????!!!!!!?????!!!!!!?????!!!!!!?????!!!!

Un bulto en forma de cuerpo hecho de lianas y cortezas, atravesado por las flechas, yace en el suelo.

MADOU (de frente al lector): Por los genios del bosque,
¡¡¡Nos la hicieron!!!

REBIS (apareciendo por detrás de MADOU y los guerreros):
Para abatir a REBIS hace falta
más mala intención
que la de MADOU
y su pelotón.

y SSSANG, SMMMACH, PRRRAKc comienza la pelea en tres posiciones:

1.- Salvémonos (un indígena que corre mientras REBIS liquida al primero);

2.- *Au secours*, alcanza a gritar otro antes de que el peso de REBIS le caiga encima.

3.- REBIS agarra al último prisionero y le pregunta por qué los KHANGO (nombre de la tribu) quieren matarle.

INDIGENA KHANGO: Porque... porque y ZZZZIIIIIP que
AAAHHHH lo pone en el silencio eterno.

Poco después,
REBIS piensa que al menos ya sabe quiénes quieren su muerte. Por un estrecho desfiladero se dirige hacia la tribu KHANGO sin ver, en lo alto de un peñasco, a MADOU que le prepara una nueva sorpresa. Cuando REBIS pasa por debajo siente que SSSSSKKKKKKKKRRRRRRRRRRRRRRRR una enorme roca. Piensa que, decididamente, alguien quiere su muerte. Gana una anfractuosidad del paraje rocoso y se cubre en el momento en que RRRRRRRROOOOOO UUUUUUUUMMMMMMMMMMMMM la enorme roca a dos metros de su resguardo haciendo creer a MADOU que el cuerpo de REBIS fue aplastado como un mosquito bajo las patas de un elefante.

MADOU (parado y con un brazo en alto):
OUTHALA (que viene a ser el padre de LOUA)
vengado ha sido

Mientras tanto,
REBIS sale del escondrijo. Cruzando la selva gana camino y cae de sorpresa sobre MADOU y los suyos. Abate a tres de ellos pero MADOU

alcanza a escapar. REBIS corre, allá a lo lejos, detrás de MADOU, gana el sitio rocoso, monta, se detiene, prepara una trampa, MADOU arroja una piedra que TTOOCC en la cabeza de REBIS que SSSSLLAAMMPP en el suelo. MADOU conduce a REBIS ante LOUA.

MADOU: En nuestro poder, oh Reina
a REBIS tenemos,
tú nos dirás
qué diablos haremos.

LOUA (hermosa como siempre):

Cuando en el cielo la luna suba
mi mano
como es costumbre requerida
a REBIS quitará la vida.

Cuando la luna estuvo en el cenit y la selva se iluminó de misterios, LOUA quitó su bungalow para ejecutar la sentencia. Se acercó a REBIS. Pero al observar su cuerpo iluminado por la luna desde un cierto ángulo LOUA sintió un temblor en los ovarios y en la trompa de Falopio
la luna era única en el cielo descubierto
y en el momento en que la velocidad orbital de rotación alrededor del centro de la galaxia se hacía a diferentes distancias del centro
el clítoris de LOUA se erguía y la vagina se humedecía.

Las radiaciones prohibidas del hidrógeno se encontraron a veintiún centímetros de longitud de onda y los dos corpúsculos del fotón se unieron en el momento en que LOUA se quitó la cubierta de pieles, cortó las lianas que sujetaban a REBIS, sintió un frío correr por la uretra, los labios, el útero, el ano.

Y Johana ya no quiso, estremecida, pensar en la muerte de LOUA. Bob llegó corriendo, toda la Lacoste transpirada, diciendo que la habitación de W. C. Hutton estaba vacía pero sobre un sillón estaba el uniforme de Rebis. Johana tembló de nuevo pensando en la cita de las diecinueve y en la muerte de Loua y salió del bar atropellando osos y jirafas. Detrás de ellos, el tercer personaje salió del bar: era W. C. Hutton.

19:00 hs en el Salón del Oeste

A) Johana está sentada en el suelo en un enorme espacio alfombrado y salpicado por pétalos de Indian Paintbrush

Standing Cypress

Ocotillo Claret Cup Cactus

Indian Blanket

Wild Indigo Sild Azaleas Wild Fox Glove Mexican

Hat

American Lotus Bluebells Wild Balsam

Si a ello se le suma el colorido de las telas que cubren a Johana puede decirse que el Salón del Oeste no es más que un enorme espacio forrado con flores y el rostro de Johana en el medio, su cabello largo y negro cayendo como gotas de rocío y un estridente sonido gracias al Marshall sound of the 70's, nuevo amplificador de 220 watts con equipo de 8 altoparlantes de 38cm.

B) A las diecinueve y un minuto recibe, a través del magnetófono, el anuncio de la llegada de W. C. Hutton. Oprime un botón y la puerta de entrada del Salón del Oeste se abre, enmarcando la figura de W. C. Hutton: piloto maxi y largos cabellos cayendo sobre los hombros. Cuando Johana oprime de nuevo el botón que cierra a seguro la puerta del salón del oeste, W. C. Hutton desciende los cuatro escalones y se

quita el piloto transformando la apacible quietud de este personaje en el magnífico esplendor de Rebis, agita su cabeza sacudiendo los cabellos mientras deposita el piloto entre Bluebells y Pitaya Cactus, se hace la oscuridad y desde arriba, de la boca de una blanca paloma, una luz desparrama la claridad divina, Johana sueña, ve o imagina que Rebis es un calidoscopio, por sus brazos suben animales y de sus costados penden dragones, manojos de flores y bandas de pájaros, de sus puños cerrados escapan discos, notas musicales, pentagramas, dos bocas que se besan, más pájaros multicolores revoloteando en derredor, de la tercera y cuarta mano fluyen los colores del arco iris y a sus pies se amontonan fresas, más flores, más pájaros, un cisne coronado, Apolo en un árbol sobre el pie derecho, Diana sobre una cebra en el pie izquierdo, una franja azul con estrellas blancas rodeando los muslos, franjas horizontales, coloradas y blancas, forman anillos como los de Saturno, un León sobre el costado derecho, una Leona sobre el costado izquierdo, una golondrina macho y una golondrina hembra, platos voladores, monedas de oro, un submarino amarillo, estrellas y galaxias, Pegazo y Blancanieves y sobre la cabeza un Sol a la derecha, una Luna a la izquierda,

ambos confundiéndose en Corona que se transforma en Aureola.

C) Frente a tanta belleza Johana quedó atónita como José frente al Arcángel. Y, siguiendo con la metáfora, así como José sintió que los cielos le abrían la luz de la verdad, Johana sintió que el AMOR era el viaje al infinito, al Reino de Dios, se sintió perdonada y sus pensamientos fueron puros como su cuerpo, María Magdalena.

D) Supo que el mundo era AMOR, que todo era AMOR, reía y lloraba, gemía queriendo gritar y desintegrar el universo, sentía su cuerpo temblar por el AMOR, Rebis y Johana fueron dos cuerpos confundidos revolcándose entre Ocotillos
Wild

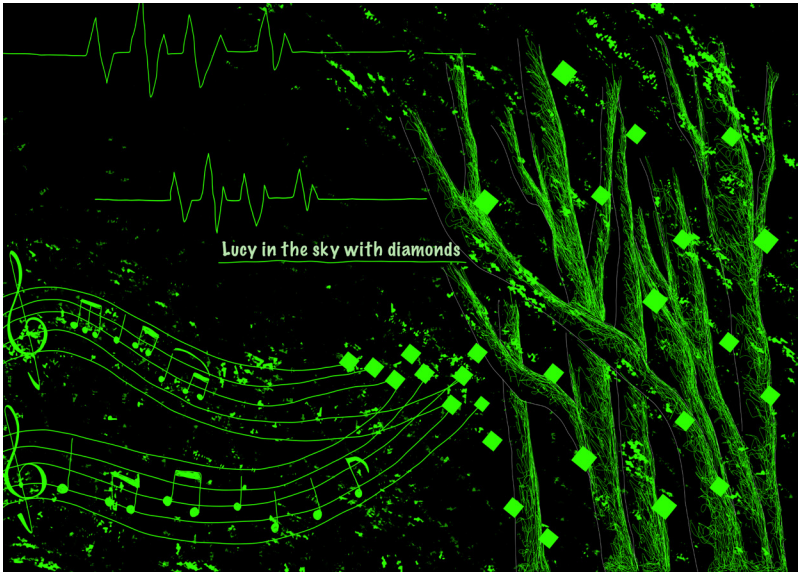
	Indigo	
Azalea		Fox
	Glove	Mexican
Wild		
	Lotus	
Pitaya		

y flotando sobre los sonidos que salían del Marshall *sound of the 70's* hasta el momento mismo en que las facciones de Johana indicaban que llegaba a la felicidad jamás encontrada y el cuchillo de Rebis se hundía en el medio de su garganta, bajando hasta la altura del pubis provocando, en el mismo momento del orgasmo, la muerte de Johana².

2 Nota del autor: El lector recordará que Johana había hablado de la presencia del mastodóntico José. José tuvo parecida muerte y si no se relata es para no quitar efecto dramático a la descripción anterior.

Rebis, Bob, Smith: llegada a la zona del caucho y la banana y a la fortaleza del señor Smith.

Rebis, después de liquidar a Johana y a José, cruzó el Ecuador, el trópico de Capricornio y llegó a la zona del caucho y la banana. A su llegada encontró, en el aeropuerto, una Harley Davidson con manubrio alto y ancho. Se lanzó por la skyway. El sol se ponía en lontananza, corría a través del follaje entre el ruido de la H.D. y canciones de arroyos y montañas; las hojas cubrían el sol y este se descubría detrás de las hojas; en el rostro de Rebis se notaba el cansancio; continuó el travelling sobre los árboles, la banda de sonido se intensificó, la pantalla era una danza de colores, un juego espectral, un descenso a la parafernalia newtoniana como en las películas de Lelouch [6]. Las sombras ganaban la tierra y los faros de la H.D. rompían la oscuridad.
Y al fin,
cerró la noche
un momento quedó el *skyway* en reposo,
cuando un rasgueo armonioso
pobló de notas el viento [7]



y fue el grito luminoso
del progreso dado al viento
el solemne llamamiento
al combate más glorioso.

Rebis llegó al hotel. El piloto maxi cubría su indumentaria característica. Entregó el pasaporte de W. C. Hutton y antes de subir al ascensor sintió que una mirada se clavaba en su nuca: dio media vuelta y encontró, sentado en un sofá de la sala, al joven de la Lacoster y el cocodrilo que había visto, después del mediodía, del otro lado del Ecuador, en el restaurante-bar frente al hotel Montecarlo. Entró a su habitación pensando que la madrugada sería la hora conveniente para dirigirse hacia la fortaleza de Smith, en el medio de la selva. Entretanto tomaría un baño. Mientras la bañera se llenaba y espumaba, Rebis hizo algunos ejercicios. Luego se introdujo en ella y encendió el lector de casetes. Después de media hora salió del agua, se envolvió en una toalla y volvió a la habitación. Las luces estaban apagadas. Extraño, puesto que Rebis recordaba haberlas dejado encendidas. Cuando iluminó lo vió a Bob sentado en el sillón de la derecha, apuntando, sonriente, un Colt 45 con silenciador. Se acabaron tus días, dijo.

Rebis supo que estaba en inferioridad de condiciones: le faltaban los elementos de su fuerza (uniforme) y no se había preparado para tal sorpresa. Había que ganar tiempo: levantó el teléfono. ¿Para qué? preguntó Bob. Avisaré a la Gerencia que hay un intruso en mi habitación. Inútil, los cables están cortados. Rebis colgó el tubo y continuó secándose los largos cabellos y las orejas. Puedo entonces preguntar ¿a qué viene todo esto? Tú lo sabes mejor que yo: no llegarás a matar a Smith, Carlson no se hará cargo del directorio y no se podrán editar tus aventuras completas porque ésta será la última e inconclusa. Temo que usted esté en un error, dijo Rebis sentándose frente al espejo para continuar con la atención de sus cabellos y dar vuelta el casete. Veo que Johana falló y seguramente ya no cuenta. No sé de qué hablas y agradeceré dejes mi

habitación puesto que voy a meterme en la cama. Puedes hacerlo, es siempre una buena posición para morir: se ahorra el golpe de la caída. Rebis pensó que era necesario seguir ganando tiempo. Apagó todas las luces dejando solo un *spot* colorado que mandaba luz justo en el espacio que media entre el sillón en el cual estaba Bob y la cama. Puesto que no decides retirarte voy a acostarme. Y esto diciendo se paró justo en el centro de luz roja que mandaba el *spot*.

(La habitación en penumbras. Al fondo se dibuja la figura de Bob con el Colt en la mano. A su izquierda la cama y en el medio una alfombra. Rebis deja caer la toalla que le cubre. Otro spot, con reóstato, ilumina lentamente el rostro de Bob que comienza a contraerse. Una música de timbales resuena. El recuerdo de la tarde en la azotea del hotel. Los ojos incendiados de deseo, el Colt 45 resbala de entre sus dedos. Se pone de pie, el corazón late acelerado, los testículos se contraen, se acerca a Rebis).

Y cuando Bob estiró la mano para acariciar su piel, Rebis aprovechó para asestar un seguro golpe de rodilla en los testículos contraídos. Bob se dobló y con un golpe de carate Rebis le dislocó la segunda vértebra dejándolo estirado sobre la alfombra. Luego lo puso de espaldas y le hundió el cuchillo a la altura del corazón.

Madrugada, hacia la fortaleza

Rebis cruzó la selva por donde el jaguar caminaba con un chanco salvaje (de la especie quixada) sobre su espalda; oyó los gritos de hombres encerrados en cabañas de plumas que se convertían en jabalíes; otros hombres gritaron al comer compotas espinosas; vio cabañas llenas de

hombres arder y de las cenizas surgir pájaros con hermosas plumas ornamentales; las ranas se convirtieron en bellas mujeres vestidas de azul y al hacer el amor con un cazador convirtieron a éste en rana con el pene dentro de la vagina de la mujer; oyó el canto del pelicano y el dolor de la cacatúa; vio a un joven indígena pescando, oyó al Sol cuando le preguntaba desde una piragua, si la pesca era buena. El joven dijo no y el Sol lo invitó a ir con él en busca de zonas mejores. El indígena subió en la proa y dejó al Sol en la popa. Viajaron largo hasta que el joven indígena se dio cuenta que viajaban por el cielo. Cruzó un pez y el Sol, de un manotazo, lo tomó y lo echó sobre la piragua, lo cocinó con su calor e invitó al joven a comer. Este no quiso y el Sol le ordenó bajar la cabeza. Cuando así lo hizo el Sol dio un golpe en la nuca y cayeron todas las mentiras y los engaños. El Sol dijo: he ahí el porqué de tu no apetito. Entre ambos devoraron el pescado. Luego el Sol tomó las espinas y las escamas, lo reconstituyó y lo puso de nuevo en el agua retornándolo a la vida. En una tribu donde se detuvo a pasar la noche, Rebis escuchó un relato en el cual una mujer tortuga estuvo encinta y quiso refugiarse en la casa del jaguar. Este la mató y la devoró, exceptuando dos huevos de donde nacieron dos niños, Mawari y Whasi. Una anciana los tomó con ella. Cuando los niños fueron grandes, dos jóvenes corpulentos y barbados, no tenían pene porque, en aquellos tiempos, los penes existían bajo forma de pequeñas plantas que crecían en el bosque. Informados por un pájaro lamieron un día esas plantas y se durmieron. Durante el sueño, un enorme pene creció a cada uno. Poseídos por un nuevo apetito comenzaron a copular con una nutria que les explicó lo que debían hacer para copular con verdaderas mujeres. Pero les advirtió de cuidarse porque algunas mujeres tenían dientes en la vagina. Whasi no hizo caso y llevado por la desesperación perdió su pene. Mawari prefirió dar drogas mágicas a su mujer para destruir los dientes de la piraña.

Viajó aún dos días y dos noches hasta llegar finalmente a la fortaleza del señor Smith totalmente iluminada en el seno de la oscura noche selvática. En oposición a los que sostienen que la fortaleza no estuvo

poblada de arboledas en tiempos musulmanes —afirmando que tal circunstancia hubiera dificultado la estrategia militar— se han descubierto testimonios de escritores árabes que aluden a la profusión de árboles dentro del recinto y en las laderas circundantes. Consta, además, por documentos gráficos y literarios que, recién conquistada, se conservó un coto en donde triscaban cervatos, jabalíes y otras alimañas. Rebis alcanzó la puerta de la explanada y sorteó el primer guardia. El rumor del agua que a ambos lados rueda en caudaloso arroyuelo empedrado susurra una dulce y misteriosa melodía que hiere el canto de los rui-señores. La noche es plácida y sosegada. Desplazándose por pasadizos extraños, escondiéndose detrás de columnas, burlando otros guardias, llega a un bello y sugestivo patio: un rectángulo inscripto en cuatro galerías porticadas que sostienen ciento veinticuatro esbeltas columnitas con capiteles cúbicos, arcos peraltados y enjutados en yesería de encaje. Avanzando sobre el patio se destacan dos elegantísimos templete con arcas de calada labor, sostenidos también por columnitas y cubiertos interiormente con cúpulas de lazo semiesféricas. En el centro sobresale la célebre y discutida fuente con su taza labrada en una sola pieza de mármol blanco y festoneado, como otras, por la inscripción de un poema de Ben Zamrak que guardan decorosamente los doce leones. Cruzó un arco de estalactitas primorosamente labradas y llegó a la sala de Smith, cámara real que ocupa un largo rectángulo con alcobas en ambos extremos. Smith tembló al ver la esbelta figura de Rebis avanzando hacia su escritorio lleno de cablegramas, estadísticas de producción y ofrecimientos de la Coca-Cola. Rebis se ubicó frente a él y dijo sonriente: Bob y Johana han muerto. Es su turno señor Smith. Este palideció mientras miraba el gráfico de la producción de caucho de este año: lástima morir con una cosecha tan rica. No hay apuro, agregó Rebis, puede usted arreglar sus asuntos y dejar todo en orden para la llegada de Carlson. Pero Smith había perdido ya el habla y el alfabeto y no pudo decir una sola palabra. Perdió también la memoria y olvidó la botonería de su sistema defensivo. Rebis, al advertir la parálisis del señor Smith, lo hizo poner de pie en el centro de la habitación y ocupó su lugar detrás del

escritorio. Apretó un botón del sistema defensivo y una reja cayó del techo cerrando un espacio dentro del cual Smith quedaba prisionero. Oprimió otro botón, una puerta se abrió en el muro y una hiena entró, en el mismo espacio, junto al señor Smith. Rebis bostezó y se reclinó en el sillón. Smith, al ver la entrada de la hiena, tomó conciencia del fin de sus días y, además del habla y el alfabeto, perdió también el conocimiento. Despertó con un inmenso dolor. Y se dio cuenta que seguía perdiendo cosas: un pedazo de pierna, que generaba un río de sangre, era masticado por la hiena a dos metros de Smith.

Mientras, Rebis continuaba observando la arquitectura de la fortaleza a través de sus amplios ventanales. Vio los maravillosos arcos que adornan los patios y salones de sus palacios y que, como un maravilloso encaje, filtran la luz a través de sus estrechas aberturas imprimiendo tibias tonalidades al ambiente. Sobre los capiteles de las columnas se elevan pilarotes hasta alcanzar la vista del dintel que cubre la arcada, unos y otros amorosamente envueltos por un manto de yesería (grito pelado de Smith). Solo en columnas, capiteles y pavimentos se emplea el mármol y otra clase de piedra. ¿Pero las columnitas, el curvilíneo magrebí, la carpintería de plata, el nácar y el marfil (dos gritos mas de Smith) es todo esto lo que produce ese extraño encanto? (Smith gime, un suave olor a podrido comienza a invadir la estancia, la hiena cae de nuevo abriéndole el vientre y Smith pierde definitivamente el conocimiento). ¿O son otras las razones del encanto? ¿O es acaso el murmullo de sus surtidores, de sus fuentes, la oscilante quietud del espejo de sus albercas, la fragancia embriagadora de los árboles que crecen en sus jardines, la inefable belleza de sus variadas perspectivas o la magnificencia de los espléndidos paisajes que su mirador ofrece?



—III—

REBIS EN LAS LANDAS DEL BOSQUE (continuación)

Resumen de lo publicado: Rebis, con un contrato del Gobierno de Tex City para terminar con las reuniones de los viernes por la noche en las landas del bosque periférico del sector oeste de la ciudad, está ya en sus funciones.

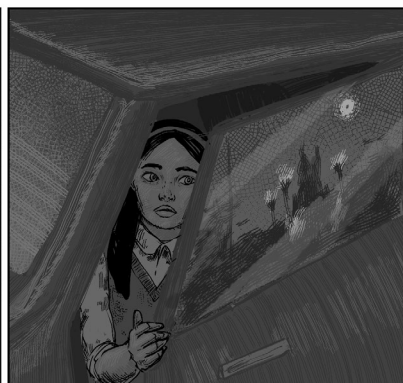
Viernes, medianoche

Rebis vigila desde la terraza del edificio más alto de Tex City,
la luna brilla en el cielo descubierto
y en los confines del universo islotes de materia pululan cubriendo
aquí y allá las profundidades del espacio esparciéndose entre la materia
intersideral,
perturbando las espiras galácticas
nubes de gas que se deslizan por el helio, entre rayos cósmicos, energía
luz y calor, entre polvos absorbentes, transmutando la energía de las
estrellas, la edad
de la tierra, el ciclo de las reacciones.

Entre las sombras de los edificios, surgen figuras subiendo hacia el cielo.
Con sus binoculares Rebis descubre la esbeltez y desnudez de quienes
montados en escobas, vuelan hacia las landas periféricas del bosque del
sector oeste de la ciudad. En pocos minutos las figuras se multiplican,
son miles de puntos minúsculos en la distancia; puntos negros contra
el reflejo sideral de la luna, recortándose sobre las espiras galácticas. Es
una nube que cubre en sombras a Tex City y lo llena del ululante silbar
de las escobas fisionando el aire.

Llega Graciela temerosa recordando su reunión con *Women liberation*.





Rebis distingue, en la multitud, a May Gobelins con tatuajes en el cuerpo, los Williskies con brazos y piernas pintados de rojo, Stanley y Gregory tomados de la mano, Graciela con la cabeza caída sobre el hombro izquierdo y las zonas auto bronceadas de Ingrid Miller cubiertas por el Collan de Carnaby Street, Cecilia agitando manos y cabellos y el mono montado en el anca de la escoba.

Desciende. Monta en el Austin Martin Gran Tourer que le espera a la salida del edificio, se lanza por el *skyway*, según la *interstate travel guide* (*free!*), utiliza todas las Conocos credit card, realiza el pre-trip chek up y la *pre-trip check-list* y se lanza en dirección a las landas periféricas del sector oeste de la ciudad.

Deja el Austin Martin Gran Tourer a un costado de la *skyway* frente a un cartel de Coca y se interna en el bosque. Abre la maleza a machetazos, salta por sobre troncos caídos, esquiva animales famélicos, gana doscientos metros atravesando un pantano colgando de una liana, escucha el aullido de los lobos y por ellos ubica la dirección de las landas, gana espacio de árbol en árbol y desde la cima de un abeto ve una ululante multitud de doscientas mil almas (?) entregándose los unos a los otros en medio de hostias y sangres consagradas, polvos de chivo y huesos de niños; prodigándose con flores, con pétalos, flotando, untándose con sangre de hígado y sesos en poluciones;

un trono con un macho cabrío y sobre el trono, pendiendo del telón de fondo, una hoz, una rosa, un semáforo, un martillo y una cruz; un asador cocinando sapos al espiedo y la carne de los que ahorcaron la pasada semana por culpables de no haber hecho suficiente mal; ollas gigantes mezclando el azufre y el mercurio y a Cecilia en brazos de un hombre lobo;

vapores que emergen de las grandes ollas y cubren el cielo de las landas dirigiéndose hacia la ciudad; alguien habla de una materia remota y

de cierta humedad del fluido universal, espíritu metálico que se recibe de la madre tierra, espíritu universal que desciende sobre el planeta revistiéndose en él de azufres volátiles, del mercurio fijo en el aire y del fuego, formando el Caos;

alguien queriendo recoger el espíritu cuando las simientes de Saturno lo fecundan en tiempos de lluvia y tormentas, en tiempos que el sol pasa de Aries a Tauro entrando en Escorpio y la luna en Capricornio;

otro tomando un vaso de vidrio y recogiendo vapores (se oye el ruido del escape de los automóviles sobre el *skyway*) lo cierra herméticamente para que se evaporen los espíritus sulfurosos que en la oscuridad coloran el vaso con los tonos y matices del arco iris;

a Cecilia, recostada en un ángulo del manto púrpura, esperando la ceremonia de iniciación; a Frank (no registrado antes) ocupando la misma posición, pero en sentido opuesto; Frank está desnudo, Cecilia lleva solo el collar comprado en Carnaby Street; llegan los aeta pinatubos y buscan hojas bajo las cuales duermen los murciélagos; mezclan la hojarazca reseca de las palmas; agregan hojas de plátano silvestre y revuelven todo en agua caliente con macizos de bambú; llaman el konaba que viene de los bosques espesos; untan a Frank con *albizzi proceraque* mojado por la vegetación chorreante de la lluvia produciendo una mata color rosa;

lo cubren con hojas de yerba *buchera urticifolia* y *epipogum rosseum*, y le dan un brebaje de cannabis indica y cannabis sativa; Frank siente su espíritu escapar del todo; eliminar las palabras y llegar a lo desconocido perdiendo los límites de su cuerpo en el cosmos, en el Uno Infinito mientras su verga crece y crece es enviado a la casa del sol en hermoso y rico cerco de plumas de quetzal
allá hacia la casa del sol
alma flor que bella embriaga
flores del cacao esparciendo fragancias en el agua de Huexotzinco

muro de turquesas junto al agua en el monte de los quetzales tremolar del viento en la roja flor invernal;
la verga crece y crece y en torno de ella introducen una sangrante vagina de cordero; mujeres desnudas danzan

y danzan en torno al oficiante; los tambores baten y baten, los testículos suben y suben;

Lucifer despoja a Cecilia del collar comprado la pasada semana en Carnaby Street hasta dejar al descubierto las zonas que la leche autobronceante de Ingrid Miller no cubrieron del todo; los oficiantes esparcen hojas molidas de payotl haciendo virar la piel suavemente hacia el púrpura; Lucifer abre, con la cola, las rígidas piernas de Cecilia acariciando, con la extrema delicadeza de sus largas uñas, las zonas circundantes del clítoris en un masajeo que comienza en la región pilosa situada en torno al pubis y se concentra luego en los labios menores que transmiten la sensación al clítoris; comprueba que la vagina está ya cubierta con la substancia trimethylamínica que se encuentra también en los peces en estado de descomposición; en torno a Frank y Cecilia hombres y mujeres danzan cantando *hare krishma rama krishma rama rama krishma are krishma are are*; la luna sube y se agranda y todos se enroscan y penetran;

algunos blasfeman a dios parados frente al trono; otros en torno a la gran olla atentos a la materia que allí bulle: hierba, árboles y todo lo que de la tierra nace; extracción de azufre y mercurio por larga cocción; encuentro del azufre y mercurio en la naturaleza: azufre y mercurio en la carne humana, en la orina, en los excrementos, en los huevos de gallina; ¡Azufre y Mercurio! ¡El Sol es tu padre y la Luna tu madre!

Y cuando Lucifer comienza la ceremonia de castigos (elección de los futuros ahorcados) concentrando sobre el trono cuatrocientos mil ojos, Rebis salta a su lado; cuatrocientos mil ojos estupefactos se clavan en esa figura que en medio de la orgía y el terror derrama santidad y belleza, opone la dorada luz al reino de las tinieblas (continuará).



—IV—

Sólo lo difícil es estimulante; sólo la resistencia que nos reta es capaz de enarcar, suscitar y mantener nuestra potencia de conocimiento [8]. Pero en realidad ¿qué es lo difícil? ¿Lo sumergido tan solo en las maternales aguas de lo oscuro, lo originario sin causalidad, antítesis o logos? ¿Es la forma en devenir en que un paisaje va hacia un sentido, una interpretación o una sencilla hermenéutica para ir después hacia su reconstrucción que es, en definitiva, lo que marca su eficacia o desuso, su fuerza armonizadora o su apagado eco, que es su visión histórica? Sentido o encuentro de una causalidad regalada por las valoraciones historicistas. Visión histórica que es contrapunto o tejido entregado por la imago, por la imagen participando de la historia.

Así empezaron las cuestiones que me llevaron desde las escamas de un coleóptero al Yelmo de Mambrino. Dejé de lado la literatura, tiré por la ventana todo aquello que me tenía estancado como una Madona del Canciller Rolin, como animal capado bajo el recuerdo de Hegel, sin la imaginación de Kublai Klan que impedía la vitalidad del trayecto de un Marco Polo y los prodigios de Katmandú, y opté por la vida. Me dí cuenta que las cornucopias y los unicornios ganaban mi soberana displicencia y el reino de serpientes de lampalagua hacía de mi vida un universo imaginario.

¡¡¡Fuera entonces las cautelas cortesanas, fuera las gotas de tosca amatista, fuera el soconusco y los sonetos quevedianos, fuera las caritativas sutilezas teológicas, fuera los dijes de esencia senequista, fuera la pompa del verbo culto y el relámpago de risas carmesíes!!! Había que ganar la vida trenzada en blancos rosetones de la virginidad americana. Así fue como eché llave a las puertas de mi escritorio, puse cinta Scotch sobre el Ars Magna y tomé el camino del mundo. Había una gesta que hacer, una vida que ganar y acabar de una vez con momias y dinastías exhumadas, con mosaicos de Galla Plácida y todo superficial tejido psicológico que comienza con la huida de animales diurnos. ¡Culo! a las protestas de la Doctora. ¡Esta vida hay que vivirla y que escriban

los locos! Y partí.

Antes de abandonar Argentina encontré a Harrys¹ con quien pasé quince días en Buenos Aires. Harrys me descubrió un paisaje personal siempre acompañado de especial siembra y de arborescencia propia. Con Harrys perdimos la brújula de los tiempos y no supimos si nos enfrentábamos con acciones o reacciones, si combatíamos lo nuevo disfrazado de viejo o si reaccionábamos uno frente al otro con un realismo que exhalaba vahos pestíferos de tumba, podrida fiebre de los anocheceres, manifestación del hombre en su lucha con el sexo, sobre todo ante una nueva posición, desamparada de todo historicismo, no precisada por referencias anteriores que la hacían terriblemente sorpresiva y que podía terminar nutrida por todo el aporte de la cultura antigua. Si Harrys saltaba de lo dórico a lo corintio y yo de Chardin a lo Provençal, ello nos parecía una óptima señal de los tiempos y enseguida —falso ojillo de perdiz que quiere salir del paso— se hablaba de manifestaciones orgánicas, de imprescindibles alimentos paulinos y de influencias vegetativas, insertibles. La droga exaltaba las potencias minervinas y nos encontrábamos desnudos frente a la lúgubre humedad de los espejos venecianos, enarcados en negaciones perentorias, en alusiones deterioradas y mortificantes, ante una nueva tentación y ante un reto desconocido. Sentados en las recíprocas y cóncavas butacas, veíamos el devenir en oleadas lentas, grises, verídicas y eternas; espaciábamos la sala y desenredábamos los imbroglios y, arremolinados, nos hablábamos con el lenguaje de las islas de Barlovento. Era un placer hasta la muerte que se multiplicaba en las arañas y en los fuegos fatuos de los espejos por donde sale la muerte con sus gangarras, con su procesión de bueyes y mantas absorbiendo la humedad de los candelabros.

Mi primera elección fue lo americano porque ya estaba harto de óseos vestigios de museos y ciudades viejas, del encrespado, envolvente, casi voluptuoso barroquismo de iglesias y de templos; lacerantemente

1 El lector encontrará referencias de Harrys en el FARI, Apéndice I.

aburrido ante las ojivas retadoras de suntuosos escenarios jesuíticos, pobladas de santos y apóstoles, mártires y doctores, confundidos en una coreográfica concentración de estolas y de mitras. ¿Hasta cuándo la civilización seguiría insistiendo sobre la tradición del bronce, en el blanco de las sombras sobre el oro, sobre salmos y cantos taboritas? ¿Hasta cuándo turistas y estudiosos cruzarán los mares defenestrando mosaicos esculpidos en el cielo raso, ante profusa figuración de cornetas, de tambores y sacabuches, penachos y estandartes de las alegorías bélicas? ¿Cómo, aún, las exaltaciones de las potencias minervinas son reemplazadas por la extática contemplación de las soberbias sinagogas, de los caldereros prodigiosos negando, a la vez, la inagotable sutileza de los supermarkets?

Dije entonces: Europa es tradición, América un olimpo virgen cuna de futuras grandezas, grito ahogado de próximas expectativas, rincón obligado de futuras proezas. Y quise ser de los primeros en pasar por ellas como galopando sobre caballos de Holofernes. Y empezó también mi traga vida, mi soledad retórica y epónima, los encumbrados pechos de bronce que se desploman ante el peso de la vida. Me aburrí de lo lindo al entrar en un mundo de monarcas coronados de plumas de aves verdes, de vegetación que se remonta a los orígenes de la tierra, de manjares jamás probados, de bebidas sacadas del cactus y de la palma. Me cagué en una herencia de siglos, en la prometeica soledad de Bolívar en Santa Marta, en las batallas libradas por el arma blanca durante nueve horas en el paisaje lunar de los Andes, en las torres de Tikal, en los frescos rescatados a la selva de Bonampak, en el vigente enigma de Tihuanacu, en la majestuosa acrópolis de Monte Albán, en la belleza abstracta del templo de Mitla, en el Reino de Henri Christopher, en las ruinas de Sans Souci y en la mole imponente (lo cual me costó) e indemne —a pesar de rayos y terremotos— de la ciudadela de La Ferrière hasta que por fin, sobre las arenas tibias de una playa de Acapulco encontré a Juana Roca con todo su ardiente proteísmo mexicano que me saludó de un guiño bajo el sol que la doraba en su cuerpo salvajemente protegido

por la escasez de un monokini. Mi vida habría de dar un tumbo formidable, una pirueta de caballería reencontrándome con supervivencias de animismo, prácticas muy antiguas que nos ayudan a enlazar ciertas realidades presentes con esencias culturales remotas cuya existencia nos vincula a lo universal—sin—tiempo; y ahí no más en el oro de la geología, como una espada envuelta en meteoros, hundí la mano turbulenta y dulce en lo más genital de lo terrestre.

Primer encuentro en la playa [9]. Juana se enderezó sacudiendo sus sedosos cabellos y dijo que estaba en la habitación 579. ¡Ja! La mía es la 577, dije sorprendido. Ya lo sé, agregó, es por eso que me hice cambiar. ¿Y sabe algo más? Hay una puerta que comunica ambas habitaciones. Corrió luego bajo la dorada luz del sol del atardecer entre un aroma de malvas y ruido de camafeos hacia la balaustrada del hotel. Quedé en la playa ordenando pensamientos y sentimientos y luego salí a la búsqueda de amigos pero, pese a todas las advertencias, no pude evitar el caer en las redes de Juana, ser engañado, ultrajado, despreciado y golpeado durante dos años en los cuales además de consumir todos mis ahorros empujó mi desesperación hacia la droga y el alcohol, embotó mi cerebro terminando un día, no sé aún cómo, en San Francisco de California donde encontré a Ryan en el momento en que partía, por un caso urgente, hacia Hong Kong.

¿Pero cómo ocurrió lo de Juana Roca? Después de meditar largamente en la playa regresé a mi habitación y comprobé realmente la existencia de una puerta que comunica con la habitación de Juana. Tomé una ducha y salí a visitar amigos, a reencontrarme con las noches cálidas y estrelladas, con la brisa nocturna, con el murmullo del mar y con la alegría de haber abandonado la doctora, la oscuridad del cuarto de la clínica donde, como alguien dijo, está el dolor y regresé a medianoche ya curado —podía decir— del recuerdo de Juana, de su cuerpo felino corriendo sobre las arenas bañadas del dorado sol del atardecer con sus negros cabellos flotando al viento. Me metí en la cama y —libro en

mano, lastre de antiguas tradiciones— medité sobre ese extraño resultado que es la protección del matrimonio como persecución del amor a la vez que tolerancia de la prostitución relegando a la prostituta a caricatura y víctima del amor, reduciéndola a símbolo de los poderes que humilla nuestro mundo y que permite al hombre salir de sí porque la mujer es siempre instrumento de su vanidad o de su angustia, convertida en la figura del pasado, en la tentación de la promiscuidad y del adulterio, cuando sonó el teléfono. Pensé en un llamado desde New York a causa del artículo que debía hacer para *Life Magazine* sobre el torero Juan Díaz. Era una voz de mujer: la de Juana preguntándome, con toda la dulzura imaginable, si no me importunaba. Me decía que ella estaba ya en la cama y que la puerta intermedia, de su lado, no tenía seguro. No pude menos que saltar lentamente de la cama, tomar un vaso de agua y comprobar verdaderamente que la puerta se abría sin dificultades hacia una penumbra azul producida por un foulard cubriendo el velador y contrastando con las sábanas amarillas y su bronceado cuerpo vestido solo con sus largos cabellos negros.

¡Qué iluso al creer que aquello sería solo la aventura de una noche que terminaría al tomar el avión desde Acapulco con destino a México donde entrevistaría al torero Juan Díaz! ¡Qué iluso al crearme poseedor de cierto atractivo masculino descubierto por Juana para llenar sus expectativas de rica y distraída turista que resuelve cambiar algo de su vida estando al abrigo de miradas y comentarios en las playas de Acapulco! Puesto que así como Juana Roca pudo cambiar de habitación y situarse al lado de la mía, así también se las arregló para reservar el asiento junto a mí y tomarme de la mano —cuando la azafata anunciaba la partida, el ajuste de cinturones, la prohibición de fumar y los pocos minutos de vuelo desde Acapulco a México— para proponerme hacer el amor cuando las luces rojas se apagaron y pudimos aflojarnos los cinturones. Ante mi sorpresa Juana dijo conocer una posición especial sobre el inodoro que había visto en un libro especial que su prima le había enviado desde Dinamarca. Y todo se desarrolló como el libro lo preveía, salvo el hecho

de dos personas desvestiéndose en el W. C. de un avión, lo cual —para evitar describirlo— se asemeja mucho a la situación descrita por Buster Keaton en su película *El Cameraman*.

Tuvimos todavía diez minutos los cuales fueron aprovechados por Juana para sugerirme alquilar una casa en México, siempre más cómoda y más barata que un hotel, puesto que ella podía cocinar. Agregó que ella conocía una muy cerca del bosque de Chapultepec. No sé por qué razones sugerí hablar del problema de la servidumbre: proposición de inmediato rechazada por Juana aduciendo que la servidumbre resta libertad: no se puede ni andar desnudo, ni hacer el amor a cualquier hora del día ni gritar en el orgasmo porque la mujer está pasando la franela a los muebles de la sala.

Pero, no hay mal que por bien no venga. Al llegar a México D.F., el representante de Relaciones Públicas de *Life Magazine* me esperaba con una triste noticia: imposible entrevistar a Juan Díaz hasta después de la corrida. Motivos: se las pasa rezando las cuarenta y ocho horas antes y no ve a nadie. Yo me ocupo de eso, dijo Juana interviniendo sin que nadie le pidiera, en nuestra conversación. Me admiré una vez más: Juana era una caja de Pandora. Acto seguido terminó organizando lo que debería haber hecho el representante de R.P.: esta noche dormiremos en el hotel El Presidente, yo me ocuparé enseguida de tu entrevista con Díaz y mañana arreglaré el asunto de la casa. En un primer momento —debido a mi vieja costumbre de tener todo el mundo a mi disposición— no reflexioné demasiado sobre el hecho. Pero, poco más tarde, ya en el hotel El Presidente con el cuadro de Orozco aún en la retina, algún presentimiento cruzó por mi cabeza y empecé a darme cuenta de la importancia que Juana empezaba a cobrar en mi vida. ¡Qué falta de sentido sin ella! ¡Cuánta sapiencia y ternura ponía en el acto amoroso y qué piel color café que tenía! Empezaba a necesitarla a cada instante cerca de mí.

A enfermarme con solo pensar que Juana tuvo otros hombres; que su cuerpo se sacudió encima (al lado) o debajo de otro; que sus uñas se clavaron en otro pecho o espalda; que sus ojos brillaron frente a otros ojos; que sus gritos entraron en otros oídos, hasta que sonó el teléfono. Era Juana, la infatigable, la dulce, la erótica, la mexicana que me decía cariño, tu entrevista está ya arreglada, puedes verlo dentro de dos horas en su casa. Sin pensar más y sin siquiera colgar el tubo corté la comunicación, llamé a Cade (reconocido fotógrafo, afamado y valioso) y salí en búsqueda de Juan Díaz sin que el apuro y la entrevista evitara, a mi regreso al hotel, preguntar inquisitivo a Juana: ¿cómo haces para conseguir lo que para otros es imposible? Me contó su historia: su padre era picador y ella abandonó la familia a los quince años (ahora tenía diecisiete). ¿De qué viviste los últimos dos? Tu eres muy curioso, cariño.

El día siguiente y subsiguiente estuvimos ocupados (Cade y yo) en nuestro trabajo. Junto a las magistrales fotos de Cade en las cuales se revelaba un Juan Díaz del demonio, sádico, egoísta, sanguinario y gans-ter; yo apelé a conceptos de la más moderna sociología y antropología para destruir el mito del toreo y la encumbrada figura de Juan Díaz. Al fin regresé al hotel El Presidente donde encontré un mensaje de Juana con la dirección de nuestro hogar. Realmente acogedor: en la sala una cómoda y un trinchante; una cretona estampada con volados formando distintos dibujos cubría una mesa ratona en el rincón sobre la cual había una lámpara en forma de dragón o cocodrilo de pie y en otra mesa, al lado del sofá, un búcaro de porcelana. Pasamos a la cocina donde bebimos un *aperitif avec cube au jambon* y un *soufflé* bien monté gracias a los preparados especiales de Picón y luego pasamos al dormitorio donde Juana se despojó de su Pétale de Simón Pèrèlle e hicimos el amor. Al día siguiente, preso de tanta euforia, pregunté a Juana si sabía conducir y como dijo sí le regalé un carro. Después de pasear por la Ciudad de México con el descapotable Thunderbird, tomando Coca Cola y dejando flotar nuestros cabellos al viento, reposamos en el jardín posterior de la casa bajo la sombra de los coposos árboles, junto al murmullo de los

pájaros anunciando el atardecer y el final del día. Esta incomparable alegría, este estado que solo podía encontrarse frente a un cuadro de (?), me llevó a pensar en proponerle matrimonio. Pero no creí fuera el lugar adecuado. Después de cenar en un *restaurant* adecuado la llevé a Tehotiuacán: y ahí no más, en la cima de la Pirámide del Sol y bajo la plena luz de la Luna, le pregunté si quería ser mi esposa.

Telefoné a New York diciendo que no estaría en los próximos diez días puesto que partía en luna de miel. Aprovecharon la oportunidad para felicitarnos a Cade y a mí por el buen trabajo realizado y me anunciaron una competencia deportiva (automovilística) para dentro de veinte días en la cual participarían Brian Brian y Jules Adams. Agradecí el encargo, la confianza y todo lo demás y con Juana en el Thunderbird descapotado comenzamos a recorrer las costas del Pacífico —tratando de hacerlo siempre al atardecer cuando el sol se oculta y se refleja sobre las aguas intensificando el romanticismo— siempre con los cabellos flotando al viento y música de caset que da siempre más contenido a la escena, crea la imagen adecuada de la felicidad, de la épica del amor y de la total armonía del mundo. Pero toda alegría tiene al final su tristeza, toda sonrisa se moja con el correr de una lágrima y Juana comenzó a coquetear con turistas americanos; yo a insistir en que no se moviera de la habitación (llegando no solo a hacer subir el desayuno, sino también el almuerzo, el té y la cena), a bajar la capota del auto; y al final Juana decidió volver. Como los gastos habían superado lo previsible y aún faltaban trece días para el comienzo de la competencia automovilística, llamé a N.Y solicitando algún trabajo, cualquiera que fuera, para salir del paso. Me otorgaron un pequeño reportaje en la provincia de Mérida, tan pequeño en retribución económica que no pude llevar conmigo a Juana. Y una vez allá, solo, con los murmullos del mar entrando por la ventana en noches tibias y calladas con cantos de pescadores que arrulla el mar y vibración de cucuyos que con su luz bordan de lentejuelas la oscuridad; solo en esa noche tropical con cielo de tizú que se desmaya sobre la arena mientras la playa canta su inútil pena [10] pensando en

la sombra de una mirada criolla descolgué el tubo y con el riesgo de no llegar a cubrir la cuenta, llamé a Ciudad de México. Oí la voz de Juana diciendo hola cariño. Pero ya no pude seguir su diálogo porque escuché otra voz más lejos, en la misma habitación. Se lo dije. Me contestó, tonto–celoso, es una radio–novela y que me extrañaba, necesitaba mis manos sobre su piel ardiente. Corté la comunicación y me entregué al alcohol porque la quise, lectores, y la quiero, y jamás la podré olvidar; y mientras yo me emborracho por ella, ella quién sabe qué hará [11]. A media noche de nuevo llamé. Insistí con intervalos de quince minutos y nadie contestaba. Me mordieron los celos. Recordé el pasado queriéndolo desterrar; me di cuenta que si arrastré por este mundo la vergüenza de haber sido y el dolor de ya no ser, bajo el ala del sombrero cuantas veces embozada una lágrima asomada yo no pude contener; si crucé por los caminos como un paria que el destino se empeñó en deshacer, si fui flojo, si fui ciego, lo fui porque sabía que en el mundo no cabía toda la humilde alegría de mi pobre corazón [12]. Cegado por los celos mandé al cuerno el artículo de *Life Magazine*, la provincia de Mérida y salí en busca del primer avión para México City. Juana estaba tirada en la cama con los ojos hinchados de tanto llorar por mi desconfianza al solo pensar que ella podría engañarme durante mi ausencia. No sé cómo pude contenerme y ahí no más no la maté. Pero el placer de la venganza dejó su paso al perdón y le dije vení no más (la llamaba entre mis brazos) no te achiques, que ya estoy casi vengado porque en tu mismo pecado la penitencia llevás. Y a ello siguió una magistral reconciliación porque Juana, lector, era para mí la vida entera, como un sol de primavera, mi esperanza y mi pasión y ya no pensé en la rodada cuesta abajo, en las ilusiones pasadas, en el pasado que añoro, el viejo tiempo que lloro y que nunca volverá [13].

Decidimos ir a la Pirámide de la Luna y estarnos a la luz de la luna también. Pero la redundancia no llegó a cumplirse puesto que cuando salimos al jardín para montar en el Thurdenbird algo se movió entre las sombras y cuatro cuerpos felinos saltaron sobre nosotros. Sentí un

golpe en la nuca en el momento que oía los gritos de Juana y veía su vestido blanco arrastrado entre las sombras, más allá de los matorrales. Desperté en un hospital con Cade a mi lado explicándome las supuestas causas del ataque: los matones de Díaz ofendidos por nuestro trabajo en *Life Magazine*. Juana tenía algunos magullones en el rostro y yo con cinco días de reposo absoluto. En los días sucesivos llegaron siempre ramos de rosas rojas con palabras de amor de Juana. Y llegó el quinto día. Contrariamente a lo supuesto, era Cade y no Juana quien me esperaba a la salida. Cade era hombre de no andar con vueltas y me rajó de un sopetón la noticia de que Juana, al tercer día de mi convalecencia, había partido a España con Juan Díaz. Solitario y ya vencido quiero confesar que la quise inmensamente pero ella fue la perjura y es por ella que viví a golpes con la suerte, solo queriendo la muerte para mi angustiado corazón, sabiendo que por aquellos ojos brujos yo hubiera dado siempre más [14].



—V—



Lo que Walter Mignolo no supo ni sabrá nunca es:

Cómo extrañamente Brian Brian y Julie Adams estaban relacionados con:

Juana Roca

Tanto como a una intriga

En la cual

Reaparecerían

Bombas y peligros

Rumores

Odios

Whiskey y

Ninfómanas.

Las cosas sucedieron más o menos así:

a) En el mismo momento en que Walter Mignolo y Juana Roca salían en viaje de Luna de Miel, Brian Brian llegaba a Washington desde Europa (B.B. de ahora en adelante, no era corredor sino agente secreto del gobierno americano) en donde se le encomendaba la siguiente tarea:

a1.) Un agente en permanencia en México, Jules Gibson, había sido encontrado muerto con un puñal en la espalda.

a2.) Janet Loos, otra agente, después de suministrar algunas informaciones, desapareció. Entre los informes de Janet Loos se encontraba el siguiente: «ando en la pista de un gran atentado punto Juana Roca puede conducirme punto mucha consecuencia punto».

a3.) B.B. debía desenredar la madeja. Su afición al automovilismo y su asistencia en las Mil Millas y en las veinticuatro horas de Mains,

le permitían formar pareja con Jules Adams (hija de un magnate del petróleo sin nada que ver con el espionaje) a la vez que justificar su estadía en México.

a4.) La paliza a Walter Mignolo no se la dieron los matones de Diaz (esto fue una maniobra bien dirigida) sino los cómplices de Juana que necesitaron de ella cuando comenzaron a sospechar que B.B. era un espía. Por lo tanto Juana no había ido a España sino vuelto a trabajar como bailarina del San Diego y a colaborar con el contraespionaje como lo hacía antes del encuentro en Acapulco.

a5.) El complot consistía en pasar una bomba, aprovechando la excusa de la carrera o competencia internacional, para volar las esclusas del canal de Panamá bajo la apariencia de una maniobra americana y dar motivos —a los movimientos de izquierda— de maniobrar bajo las órdenes de Cuba y Moscú.

a6.) Pero Juana Roca se enamoró perdidamente de B.B. una noche en el San Diego después de su espectáculo de danza toda desnuda y contoneándose.

a7.) Por esa razón Juana traicionó a sus amigos y confió a B.B. todas las maniobras del complot. Pero una noche en que estaban haciendo el amor en la habitación de Juana (B.B. acostado de espaldas y ella sentada sobre su pene, según otra posición del libro que le envió la prima desde Dinamarca), esta abrió los brazos, gritó como siempre en sus orgasmos y cayó encima de B.B. Cuando este la abrazó encontró la espalda de Juana bañada en sangre y un puñal hundido hasta la coronilla.

a8.) Con todos estos elementos en la mano B.B. pudo destruir el complot de una manera que no viene al caso narrar aquí donde solo interesa lo que sucedió a Juana Roca.



—VI—



En San Francisco me embarqué hacia Hong Kong teniendo la suerte de encontrar en el mismo viaje, a Girland (uno de esos extraños gangster románticos y solitarios que recorren el mundo trabajando al mismo tiempo para el servicio americano o para los opositores) en misión de conseguir y sacar de Hong Kong a una sueca llamada Erica. Erica era poseedora del conocido y afamado *Raisin Noir* extraído del museo de Kung en Pekín y detrás del cual andaban varios sectores: rusos, americanos, chinos y el padre y hermana de Erica para quienes prestaba servicios Girland. Con éste nos perdimos de vista entre las luces del aeropuerto mientras yo buscaba un taxi que me condujera al bar del Quais de Wanchai donde nos habíamos citado con Ryan en la llamada telefónica previa a mi partida.

Ryan, con un brazo en cabritillo por la herida en una lucha con dos chinos que intentaron asesinarlo, trance del cual pudo salir casi ileso gracias al conocimiento que tenía de las colinas de Hong Kong, me contó la historia sobre la cual andaba: «Un día yo estaba en mi oficina, en San Francisco y sonó el teléfono. Un tipo me llama desde el aeropuerto en el momento de salir para New York, me dice que todas las semanas hace el mismo viaje y que sospecha de que su mujer lo engañe. Me llama para contratar mis servicios. Me da la dirección de su casa a la vez que promete enviarme parte de la suma total en retribución de mi trabajo. A los quince minutos golpean la puerta: el mandadero de una agencia de pagos cerca de mi oficina me entrega un sobre con trescientos dólares. Bueno. Entonces comienzo a prepararme para mi trabajo, una noche de vigilancia, con trescientos dólares en el bolsillo, un termo con café, sándwich de tomates, mayonesa y huevos duros, en mi anciano automóvil, frente a la casa del señor Gutman (así dijo llamarse), barrio tranquilo de casas grandes y viejas, mansiones herméticas, aisladas de la ciudad cotidiana, oculta a los transeúntes por parques y jardines, por murallas, por verjas de rejas labradas. La nebulosa atmósfera mágica, el encanto poético, algo de alcohol que había bebido, hicieron pasar las horas rápidamente sin que nada se moviera en la mansión que había

mantenido las persianas cerradas y su inmutable silencio. Oculto por la sombra de jardines con árboles frondosos, me quedé profundamente dormido hasta que la altura del sol dando de frente contra mis ojos me entregó la representación idealizada, fetichizada, la ensoñación ideal de un lechero que me sacó de la imaginación Luis XIX para entregarme a la real brutalidad del proletariado, deambulando alrededor de mansiones con hedores dulzones y decorados a base de confortables sillones, llevando una blanca botella de leche en la mano. Bueno, pero el asunto es que la casa de Gutman estaba aún en el silencio sepulcral. Maldecí el haberme dormido y perdido el control de mi vigilancia. Imaginé que bajándome del automóvil y dando un rodeo por la casa podría tener algún indicio sobre la víctima y así justificar los trescientos dólares que me hacían bulto en el saco. Con las manos en los bolsillos esperé la llegada del lechero y sorprendido vi cómo no se detenía frente a la casa de los Gutman. ¿Los Gutman no toman leche? Pregunté. ¿Los Gutman no toman leche? Repetí. ¿Quiénes son los Gutman? ¿Los que habitan esta casa de jardines, murallas, parques, verjas, nebulosa mágica y todo eso! Aquí no vive nadie señor. Mejor dicho, viven los Smith pero ahora están de vacaciones desde hace un mes. Esa misma cara puse yo al oír la afirmación del lechero. Resolví —como un autómatas— volver a la oficina, tomar una ducha, dormir unas horas y pensar en toda esta cuestión. Al llegar la puerta estaba abierta y una mujer sentada en el sillón de los visitantes. Dije buenos días sin recibir respuesta y pasé a ocupar mi sillón detectivesco para hablar con la impertinente que —seguramente— tendría un grave problema para estar a estas horas de la mañana esperándome. Una idea cruzó como un relámpago: yo no recordaba, la noche anterior, haber dejado la puerta de mi oficina abierta. Pasé detrás de mi escritorio y ocupé mi sillón. Y cuando ya había dispuesto mi cuaderno de notas y levanté la cabeza para iniciar el interrogatorio de costumbre y escuchar su problema vi que su vestido, a la altura del corazón, tenía una redonda y grande mancha de sangre. Me temí que estuviera muerta. Lo estaba. Llamé a la policía y después me di cuenta que yo no tenía coartada para demostrar que era inocente del asesinato

de la china (porque la mujer era china). ¿Quién podía saber que yo había dormido en mi auto, frente a la casa con verjas mágicas, jardines con olores y rejas herméticas? Para colmo llegó Jack, un inspector que me tiene los huevos hinchados, y cuando hizo extraer la bala comprobaron que era de un treinta y ocho como el mío que ya no estaba en el cajón donde está siempre, ni en ningún otro. Ahí estaba la jugada: ¡la habían matado en mi oficina, con mi revolver mientras yo dormía en mi auto en un barrio de San Francisco!

A media mañana, todavía sin dormir y sin ducha, recibí un llamado telefónico. Soy Jane West, se presentó, secretaria privada del señor Jefferson (magnate del petróleo). El señor Jefferson quisiera tener una entrevista con usted esta tarde a las tres, ¿le parece bien? Acepté. Decidí bañarme, comer, descansar, ordenar ideas y visitar a Jefferson. Una morena alta me abrió la puerta. Era la West. El señor Jefferson lo espera. Viejo arrogante, flaco y seguro de sí mismo, me tendió su mano esquelética y fría y me sentó frente a él. Me contó todo lo que conocía de mí, como para justificar el haberme llamado. Luego me dijo: leí en los periódicos de la mañana el asesinato de Jo Ann. Me sobresalté, qué diablos. Jo Ann, continuó tranquilamente Jefferson, era mi nuera. Vino desde Hong Kong a San Francisco a traer el cadáver de mi hijo muerto en un accidente de auto hace una semana. El féretro está en el aeropuerto y mi hijo será enterrado mañana al mediodía. Ocurre que yo no creo en la muerte de mi hijo por accidente y me temo otras cosas detrás de ello. El asesinato de Jo Ann me lo confirma. Lo que quiero de usted es que viaje a Hong Kong y averigüe lo más que pueda sobre la vida y muerte de mi hijo. Miss West le tiene ya preparados tres mil dólares, pasaje y documentos. Tómese todo el tiempo necesario y no vacile en pedir más dinero si lo considera conveniente. No olvide que quiero saber todo con respecto a mi hijo. En cuanto a honorarios no tema que estaremos de acuerdo. Lo que quiero es un buen trabajo. Miss West, además de lo enunciado por Jefferson, me entregó una fotografía de Jefferson Juniors, mirá, aquí está (metió la mano izquierda con dificultad en el bolsillo del saco y me

extendió la fotografía). Desde que estoy en Hong Kong ya sucedieron varias muertes y no creo equivocarme si pienso que hay detrás de todo este asunto una cuestión de heroína. Ahora debemos ver a una amiga de Jo Ann que me llevará tras la pista de un tal Belling, inglés, amigo íntimo de Jefferson Juniors.

Salimos del bar del Quais de Wanchais y nos perdimos por calles misteriosas y oscuras, entre rostros impenetrables en medio de ruidos y conversaciones ininteligibles que llevaban tras de sí la carga de lo desconocido, de la aventura, del misterio, de lo prohibido, de lo fuera de la ley. Llegamos a un hotel. Ryan subió y yo quedé en la puerta conversando con el concierge, exilado andaluz, había estado un tiempo en Toulouse y como le pareció aburrido, optó por venir a Hong Kong. La conversación no me impidió ver una china con cara de susto y de apuro que cruzó como una tromba frente a nosotros. Yo la seguí con la mirada antes de que se perdiera en la sinuosidad de la calle. Ryan bajó corriendo y, sin decir palabra, me agarró de un brazo y me arrastró tras de sí. Nos lanzamos, sin ser vistos, en persecución del taxi al cual había subido la china congestionada; cruzamos Hong Kong hasta llegar a un serpenteo de caminos y lugares ocultos tras la maleza que solo la pericia de Ryan permitió seguir, con los faros apagados, el taxi que suponíamos doscientos metros más adelante. Las luces de Hong Kong titilaban en el agua llenando de terror y de esencias extrañas el silencio de la noche. Ryan adivinó que el coche se había detenido. Escondimos nuestro auto y corrimos hacia el lugar donde suponíamos el taxi detenido. Gracias a la maniobra de éste para dar la vuelta y regresar, vimos una puerta disimulada, en las colinas, con ramas y enredaderas. Esperando que el taxi se alejara quedamos ocultos en las sombras, solos en la noche frente al enorme silencio de Asia. Ryan me ordenó vigilar y cubrirle las espaldas mientras él intentaba enterarse qué sucedía del otro lado de la puerta. Perdí la noción del tiempo pensando en Girland, Erica Olsen y el *Raisin Noir* hasta que ráfagas de ametralladoras interrumpieron mis cavilaciones. Vi las canoas a motor a lo largo del Pak Kok donde docenas

de yunques reposaban en el lento ondular de las aguas. Vi a Girland que, amenazado por un tipo con revolver en mano, aprovechó la descarga de ametralladora y un leve descuido del otro, para abalanzarse sobre él y golpearlo con la rodilla en el estómago. El tipo trastabilló, perdió la pistola y una nueva descarga de ametralladora agitó el *yonque* donde estaban Girland y el tipo. Una tercera ráfaga y un grito de agonía siguió a las últimas detonaciones. Luego, el motor que apenas ronroneaba, se lanzó a toda velocidad alejándose del lugar. Erica Olsen yacía de espaldas, el pecho bordado por las balas mientras la canoa serpenteaba, a la luz de la luna, en dirección a Hong Kong. Voces provenientes de la puerta oculta detrás de ramas y enredaderas me hicieron recordar a Ryan y darme cuenta que ya no estaba detrás del árbol sino arriba. Quizás esto favoreció los resultados, puesto que dos hombres y la china se detuvieron justo debajo de donde yo estaba y hablaron de encontrar una solución rápida al cargamento de San Francisco. ¿El cargamento sería el féretro? Uno de ellos hablaba con acento americano. Finalmente sacaron un Rolls Royce de debajo de unas matas y partieron los tres. Esperé que se alejaran, me acerqué a la cueva y pude desatar a Ryan amarrado contra la pared con la jeta rota. Se limpió la sangre del rostro con la manga del saco y dijo «vamos a la embajada americana». Mientras la luna plateaba sobre las aguas aceitosas elevando sus reflejos hacia la noche cálida (flotaba en la atmósfera un olor a sucia humanidad), Ryan me propuso la siguiente ecuación: Jefferson era americano; y su amigo Belling, inglés. El que encontré aquí, según la foto que me dio Miss West, no es Jefferson sino Belling. Pero este tal Belling habla con acento americano y no inglés. Soluciones posibles: que Miss West me haya dado la foto de Belling y que el muerto sea éste y no Jefferson. O Jefferson se hace pasar por Belling o Belling por Jefferson. Al salir de la embajada americana, Ryan me dijo: «parto ya hacia San Francisco. Allí parece estar la solución del enigma. Te escribiré lo más pronto posible».

Pero yo ya estaba harto de tantos avatares y para olvidar definitivamente a Juana Roca me interné por las islas del Pacífico con la esperanza de

encontrar a María Rosa¹. Empezó ahí una peregrinación que duraría varios años y al cabo de los cuales, cansado de tanta vida y de tanta aventura, volvería a Argentina, al querido terruño, a instalarme en mi confortable habitación de alienado, a conversar con la Doctora, a pasear por el parque y a comenzar la redacción de mis memorias que el lector tendrá a su disposición en los volúmenes que seguirán a estas páginas.

Córdoba, Clínica del Doctor Gregorio Bergman,
Noviembre 1970.

1 Ver apéndice, «Carta de María Rosa» en «Oh, Los hermosos días» 1B.



APÉNDICE I

**Páginas de Corazón que no sabe cómo
morir y de Oh, los hermosos días**

FĀRI¹

a ...*Corazón que no sabe cómo morir.*

Pese a ser enemigo de los prólogos, los prefacios y las introducciones, la insistencia de la Doctora (de quien el lector encontrará referencias a lo largo del presente libro) y todo lo que a ella le debo, me hicieron cambiar de idea. A transigir, si se quiere. También aquellas consideraciones ya célebres y tan conocidas de Don Miguel de Unamuno sobre la importancia del artista hablando de sí mismo y de su obra, contribuyeron a mi cambio. Pero todavía preso de leves resistencias psíquicas, sin querer hacer un prefacio o cosa que se la parezca, encontré una sola forma de defenderme (conciliando): llamarlo F Ā R I.

A los diecisiete años ingresé, por sugerencia perentoria de mi padre, a cursar la carrera de Administración de Empresas en la Universidad Católica de nuestra ciudad. El bachillerato y los largos viajes de vacaciones no me habían permitido reflexionar sobre mí al estar siempre ocupado preparando lecciones, exámenes o corriendo por las arenas de alguna playa, o pasando largas temporadas en las campiñas alemanas de la orilla norte del Rhin donde, después me enteré, vivía la familia paterna del estafador Felix Krull [15].

Así el tercer año de mi carrera me encontró frente a las computadoras electrónicas ordenando datos numéricos que respondían a un trabajo de meses hecho, con las pestañas quemadas por los tubos fluorescentes de las tres de la mañana en las oficinas de planificación de la Empresa en la

1 Agradecemos a la editorial «Apuchal» el habernos permitido reproducir algunos textos del primer libro de W. M., agotado en estos momentos. Lo hacemos con el convencimiento de que ayudarán al lector con los textos que preceden. Nota del Editor.

cual mi padre (oriundo de Milán en tanto mi madre es hija adoptiva de dos viejos alemanes que la sacaron de la tétrica soledad de un hospicio) ejercía la presidencia desde su arribo a la Argentina.

El día de mi veintiún aniversario (el dato no creo sea exacto pero mi memoria lo fijó de esa manera) noté cierto embotamiento en mi cerebro, cierta trasposición y conversión de objetos en monstruos extraños que salían del mar y me devoraban frente a la mesa de cálculo, destruían todas mis planificaciones y la producción entraba en un proceso de transformación en animales gelatinosos que se introducían en el mar. Sonidos agudos, imperceptibles, se unían a esos movimientos esponjosos que dilataban los límites demarcatorios de los objetos en el espacio; luego se mezclaban con otros ruidos atronando en mis oídos y mujeres desnudas ofrecían su sexo abierto contra mi rostro. Se ofrecían, vientre arriba, recostadas sobre las líneas de montaje (me refiero a las líneas de montaje de la fábrica que mi padre presidía). En noches de huecos solos y blancos abiertos en las calles de mi mundo, el cataclismo inevitable se repetía en una manera de morir que era la destrucción de mí por mí mismo, convirtiéndome en monstruo con los objetos; hundiéndome en el mar, lamiendo sexos femeninos deslizándose con rostros espasmódicos rozando mi boca, separada de mí, detenida y fijada para el delirio orgásmico. La cosa se repetía y mi padre optó por instalarme en una clínica de reposo.

Mi atención recayó en la persona de la Doctora. Egresada, no hacía todavía cinco años de la Universidad de Buenos Aires, había sido becada en Harvard. Mis alucinaciones (ahora puedo llamarlas así pero en ese momento eran mis realidades) convertían su figura en los monstruos y en las mujeres desnudas que constituían mi mundo permanente. Los horrores que me causaba el estar frente a ella se fueron desvaneciendo cuando comencé a sentirla intransitiva, lejana, como un objeto, con sus ojos fríos observándome, preguntándome, escuchándome, en su presencia callada durante los largos paseos por el parque.

Así empezó nuestra amistad y pude llegar un día a decirle y pedirle, contra todos los principios de la psicoterapia, que hiciera de mí un alumno más que un paciente, me contara y explicara las cosas que me sucedían. Se negó en principio pero, de a poco, fue comprendiendo —debido a mi insistencia— que no me interesaba curarme (yo no creía estar enfermo) puesto que aceptaba esta reacción ante el mundo como una forma de vida. Rechacé todo intento de buscar formas de integración por otras vías que no fueran las que estaba siguiendo: consideré mi situación como mi integración lo cual, para ella, era mi quiebra. O al menos así yo lo entendía.

Si mi ser estaba conmovido por perturbaciones afectivas en inadecuados e imprevisibles estallidos de sentimientos, sabía que mis sueños estaban hechos de simbolismos y de fábulas y el ensueño se deslizaba sin detenimiento en un mundo de imaginaciones que era el brotar permanente de mi realidad psíquica. Mi dolor mental y mi angustia no eran tales en la medida en que iba tomando conciencia de ellos. Encontraba cierta satisfacción en sentirme la figura central de una crisis universal con la esperanza de un demiurgo *waiting for me*. La doctora narraba que en Harvard una joven había vivido durante años alternando entre salas de enfermos violentos unas veces, tranquilos otras. Se encontraba desasosegada cuando permanecía en la sala de enfermos tranquilos puesto que, con frecuencia, se producían en ella explosiones agudas, recurrentes, violentas que se manifestaban en el daño que podía infligir a otros pacientes. Como el diagnóstico era imprevisible y no se podía estar a la espera de sus liberaciones proyectivas, la joven permanecía entre los enfermos violentos. Un día dejó entrever un indicio el cual, puesto a prueba, resultó infalible para el diagnóstico: si al levantarse por la mañana se peinaba con un rodete en la nuca significaba que el día sería tranquilo; si, por el contrario, el rodete ocupaba la parte alta de la cabeza, ese día sería explosivo. Solo una vez manifestó explícitamente el código por medio del cual podía preverse su conducta. Esos ejemplos rondaban mi situación en un permanente autoanálisis.

Así el tiempo se fue alternando. Seis meses en la clínica; tres meses con mi familia; algún paseo; de nuevo en la clínica. Cumplí en ella el tercer aniversario y un día llegó Harrys a visitarme. Cinco años sin vernos desde cuando, en forma deliberada, tomó un avión de la SASS por un repentino delirio despertado por las mujeres nórdicas. Desde ese día nunca más supe de él. Llegaba ahora a mí durante un período de permanencia en la clínica, con la advertencia hecha por mi familia. Ello creó la tensión del encuentro inicial hábilmente disipada por la conversación de la Doctora, quien nos acompañó desde su arribo a las diez de la mañana, durante el almuerzo en el parque, hasta su despedida casi a la media tarde.

Harrys había abandonado a su familia a los diecisiete años para recorrer el mundo con un millonario homosexual que conoció en el barco a nuestro regreso del paseo del quinto año por la campiña alemana en la orilla norte del Rin. Los viajes y el negociado de objetos exóticos fueron su permanente actividad a partir de ese momento. Ahora, después de los cinco años de ausencia, había instalado un local de reproducciones y objetos fantasmagóricos en el centro mismo de la Galería Florida. De modo que mi siguiente salida de la clínica fue para visitarlo durante más de una semana en su flamante residencia en la Capital de Nuestro País. Pasaba las horas de la tarde conversando con clientes y curiosos que desfilaban entre máscaras para danzas de los yorubas, tallas en madera del África hábilmente trabajadas en las proporciones de la cara y la cabeza; cabezas de bronce de Ife descubiertas en la zona del pueblo Yoruba, en Nigeria, en 1938; ciervos y salmones magdalenenses; grabados de Mamut de las cuevas de Font de Gaune; jabalí y bisonte polícromo de las cuevas de Altamira; grabados en platos de corteza de calabaza encontrados entre los indios Oaxaca del México Central y una presencia casi obstinada y obsesiva de objetos africanos: grabados en bronce y marfil de los Benín del África Occidental mezclados con tejidos de los Indios Cayapas del Ecuador central. Las noches: cena obligada en Les Anciens Combatentes y regreso, en la media madrugada, a su

casa de campo a mitad de camino entre La Plata y Buenos Aires. Una suerte de *strip-polk* se repitió dos veces en la semana con la llegada, a medianoche, de un matrimonio amigo que encontrábamos instalado en la sala con Bach y Haendel, desparramados sobre la alfombra, y un apoltronamiento roto solo por el tintineo del hielo en los vasos o cuando se levantaba el *pick up* o la púa se encontraba en el justo medio entre el fin de un movimiento y el comienzo de otro.

Harrys no me había advertido de la posible presencia de sus amigos y todo se deslizó, casi imperceptible, hasta bien entrada la madrugada tocando el amanecer. Harrys extrajo de un mueble empotrado en la pared, una bolsita del tamaño de una castaña que arrimó a su nariz y aspiró profundamente. Lo mismo hizo, por turno, la pareja y también tuve que hacerlo cuando Harrys me la extendió sonriente con un gesto de complicidad —de espaldas a sus amigos— que me comprometía en un juego cuyas reglas no advertía. La bolsita siguió pasando. Fui cauto en mis aspiraciones recogiendo la las menos veces posible. Conversaba con el amigo de Harrys mientras éste, sentado en el sofá, lo hacía con la mujer. Llegó un momento en el cual retuvieron solo para ellos la castaña y la mujer fue hundiéndose en el sofá, estirando sus muslos y aspirando casi en forma permanente. Mientras, el esposo me narraba el día de caza en la Sierra de la Ventana. Sobre sus hombros vi cómo Harrys comenzaba a desnudar a la mujer. El amigo de Harrys cortó su charla conmigo y se paró frente a ellos. Al verlo su mujer dijo, es el momento. Se separó de Harrys y fue hacia la pieza de depósitos y regresó trayendo una cuerda. Con ella ataron al hombre de pies y manos en una silla. Luego, frente a él, Harrys y la mujer vivieron un salvaje y desesperado acto de amor en medio de los gemidos del hombre que se calmaron después del orgasmo junto a su mujer poseída por Harrys. Pasados algunos minutos lo desataron. El sol estaba ya alto cuando, después de una gran taza de café negro, los amigos de Harrys dejaron la casa.

Una noche, antes de retirarme a dormir, entré en la habitación de Harrys. Un nuevo dato reavivó la intriga despertada en mí —en su negocio— frente a tal cantidad y prioridad de objetos africanos. Sobre su mesa de luz había un libro al cual echaba manos en el preciso instante en que yo abría la puerta. Mientras conversábamos pude tomar entre mis manos —en forma despreocupada— tal libro, que Harrys había dejado sobre la cama. En las primeras páginas decía: «...deberán leer primero de la página 212 a la página 455 y, luego, de la 1 a la 211», lo cual me trajo a la memoria un libro de autor argentino que me había prestado la Doctora². Seguí volviendo hojas, curioseando en su interior y encontré párrafos enmarcados con trazos de lápiz, seguramente hechos por la mano de Harrys en la noche del 25 de junio cuando dos exploradores, Louise Matelescot y su hermano Norbert son hechos prisioneros por el Rey Negro Zoulou. Más adelante, en una película de colores ubicada delante de la lámpara, una imagen se proyectaba sobre la pantalla ofreciendo, a las miradas de Selkor, una radiante niña rubia, de una docena de años, plena de encanto y de gracia. En sucesivos encuentros Harrys narró la historia de cinco años desconocidos. De paso hacia Estocolmo el avión de la SASS hizo escala en la medianoche de casi treinta grados en el aeropuerto de Monrovia. Harrys descendió acalambrado debido al largo cruce del Atlántico, con los ojos nublosos por esos faros demarcatorios con toda su fulgurante luz. Después de un instante fue delimitando las figuras, armando las precarias construcciones del aeropuerto por el cual comenzó a caminar hasta casi cerca de las alambradas donde cientos de negros pagaban sus rostros de misterio y extrañeza al acecho de lo desconocido, de lo mágico de paso, de lo sin contacto fuera de ellos solo alcanzado por sus ojos.

2 «Rayuela». J. Cortázar, Sudamericana, Bs.As. 1963. Nota del Editor. Pero la novela que lee Harrys, es la de Raymond Roussel, *Impressions d'Afrique* (1910), en la que el autor francés juega con alteraciones de los capítulos.

¿Qué era esa especie de pesadez en el corazón que se apoderaba de él cuando aún mantenía la expectativa de arribo a su punto de destino? Ahí estaba, detenido frente a la alambrada a unos pocos pasos de los rostros clavados en la noche irresoluta, con un calor roto por el viajero aparecido del cielo. Pero ahí también, del otro lado de la alambrada, la belleza enigmática de una joven negra con apetitosos senos de pera ofrecía el misterio de lo desconocido para Harrys quien derramaba sobre su cuerpo toda una carga cultural que su civilización le había otorgado para la relación entre ambos sexos y cuya conmoción psíquica entendía por erotismo. Así, el joven blanco y la joven negra se unieron en el misterio de dos miradas y la alambrada se hizo sombra para que ambos cuerpos se juntaran; ambos cuerpos se hicieron viento para que la alambrada no los detuviera y se perdieron en la selva noche del África en la vegetación salvaje sin horrores de imposiciones, se amaron en el tiempo, en la naturaleza, se prodigaron sin lenguaje en los secretos movimientos de atracción que la vida ejerce entre los seres que ella misma crea y mantiene. Un tiempo repetido de soles y de lunas rodaba en la potencia de los ritos, en la substancia sacralizada de las cosas, entre la eficacia maligna escapando del tótem en forma de fluido, de torbellino fulgurante.

De regreso, tres meses en París lo relacionaron muy profundamente con una drogada. De a poco, Harrys fue perdiendo la resistencia ante la atracción que ejercían sobre él esos pequeños cristales de nieve de la *seringue*; los temblores iniciales motivados por la tentación de la prueba. Luego, la tentación se hizo cada vez más imperiosa hasta que en los lavabos de las *boites*, en las continuas noches de Saint-Germain de Près, ingirió dos pequeñas dosis que le procuraron una violenta alegría. Ya no tuvo miedo y conoció un tremendo estado eufórico obligado. Alegría que le duraba hasta encontrar a Anne en el hotel d'Auteuil donde se veían en secreto; sin que Anne sospechara, Harrys esperaba lo inesperado jurándose, además, no recurrir nunca a la *seringue* y usar la droga con mucha más moderación, muy ocasionalmente y solo por vías nasales.

La melancolía fue un gran grito desesperado hacia el amor. Pero rechacé la lucha y busqué otro escenario donde prodigarme. Se había fijado en mí aquella indicación previa para leer un libro. ¿Qué era esa fantasía, ese sueño derramado en cuatrocientas cincuenta y cinco páginas organizadas de manera tal que hacían posible entrar en el sueño por dos puertas distintas? La Doctora escuchó, con la atención de siempre, todas mis incoherencias desplegadas en torno a ese simple hecho. Consiguió se me permitiera el acceso a la biblioteca del Dr. Bergman. Pasaba los días revisando índices sin detenerme en ningún libro pero considerando las más diversas disciplinas. La Doctora contribuía en mi necesario primer ordenamiento en cuanto conversación pudiéramos mantener. No obstante, todas mis lecturas estaban guiadas por aquellas palabras que a modo de epígrafe, encontré en el libro de Harrys. Después de mucho andar, casi tres años, descubrí, en una edición de las obras completas de Don Miguel de Unamuno uno de sus trabajos titulados «Cómo se hace una novela». Su lectura fue decisiva. Tengo en estos momentos, después de seis años de lectura de Don Miguel, numerosas fichas sobre su concepto de la intrahistoria, de la lengua como portadora de la cultura, la visión de la tradición nacional a la luz de la intrahistoria (ficha No 606): vida de Don Quijote y Sancho, el símbolo literario y el personaje histórico, Unamuno suspenso entre la razón y el anhelo, experiencia agónica y creación literaria, huida de la realidad y refugio en el ideal, etc., etc., etc. Y sobre todo —a lo cual me referiré luego— su trabajo citado.

Mi atenta lectura de Don Miguel y mi intención de comenzar mi propia novela incentivaron las conversaciones con la Doctora. Yo también, como Don Miguel (si se perdona la irreverencia) quería hacer una novela para inmortalizarme. La Doctora me habló, en largas noches, de la realidad psíquica y de su estructuración; de su manifestación por medio de los sueños y de los juegos infantiles, en los mitos, en las leyendas de los pueblos primitivos, en el folklore y en las reacciones imaginativas del arte y de la literatura de todos los tiempos. De esas revelaciones surgieron dos cosas:

a) que fichara tipos de textos como el siguiente:

«Si consideramos una novela, *Cumbres Borrascosas*, como una fantasía elaborada a la que se le ha dado forma literaria y existe independiente de su creador, vemos rápidamente que una fantasía es un mundo habitado por personas y que su acción consiste en la relación que éstas personas mantienen entre sí. Si consideramos una fantasía de una manera no sofisticada, en su forma mental inmediata, tal como la vemos en un sueño perturbador del cual despertamos mientras su acción continúa en nuestra mente, reconocemos esas mismas características».

b) que Harrys me contara más detalles de su experiencia en África. Narró, en sucesivas y mutuas visitas, todo un historial sobre las tribus totémicas y la industria de caza; sobre el perfeccionamiento del arco para que alcance grandes distancias; sobre el conocimiento y reproducción del movimiento de las fieras, imitándolas, cubriéndose con sus pieles y pintándose con sus colores; la pasión del ornado del cuerpo en sentido estético; lo cual, unido al vigor y a la fuerza física, estimula la sensualidad. De esas conversaciones guardo fichas como las siguientes: «En junio, cuando terminan la cosecha y comienzan la trilla ponen frente al tótem una mesa de bronce llena de carne de jabalí. Sueltan unos cuantos pumas: uno de ellos se acerca al tótem y come un poco de la carne y pisotea el resto. Después uno de los sacrificadores lo golpea con el hacha hasta destrozarle el cráneo. Cuando cae en tierra otro sacrificador lo remata cortándole el cuello con un hacha de monte; le abre las entrañas y, él que lo golpeó primero, huye. Después del juicio, los asistentes dividen entre ellos la carne de jabalí: la piel es recosida y rellena de paja y el animal así reconstituido es uncido a una carreta».

Encontraba en cada caso una actividad inventiva, imaginativa de la mente humana que se ocupa, a diferencia de la ciencia, no de la representación del mundo material externo mediante la actividad intelectual, sino más bien de una expresión del mundo mental interno, del mundo

de los hechos emocionales que constituyen el núcleo del funcionamiento de la personalidad. Eran estos hechos constitutivos de una continua revelación de las fantasías de la raza humana y una forma de manifestación por la cual se develaba el funcionamiento del inconsciente. Encontraba que, en nuestra época, a pesar de que se lo negara como fantasía o imaginación, los hombres continúan elaborando, en su necesidad de ser prácticos y utilitarios, nuevas fantasías disfrazadas bajo formas de ideologías, teorías científicas, utopías políticas, simbolismos artísticos y religiosos, fábulas que confunden la práctica inmediata de la vida con ese interés inmemorial y perenne de los seres humanos.

En esa maraña de pensamientos, las palabras de Don Miguel eran las ordenadoras del caos; las que fueron respaldo de las páginas que usted, lector, encontrará a continuación de éste Fāri. Como, por otra parte, creo injusto que usted recorra la obra de Don Miguel he de transcribir aquellos textos que aparecen fundamentales en la redacción de mi libro:

a.— Todos los personajes poéticos de Flaubert son Flaubert y más que ningún otro Emma Bovary. Todas las criaturas son su creador y jamás se ha sentido Dios más creador, más padre, que cuando murió en Cristo, cuando en él su hijo gustó de la muerte.

b.— Había imaginado, lector, hace ya unos meses, hacer una novela en la que quería poner la más íntima experiencia de mi destierro, crearme, eternizarme bajo los rasgos de desterrado y de proscripto. Y ahora pienso que la mejor manera de hacer esa novela es contar cómo hay que hacerla. Es la novela de la novela, la creación de la creación. Dios de Dios o Deus de Deo.

c.— Y he aquí cómo estas líneas se convierten en una confesión ante mi yo desconocido e incognoscible; desconocido e incognoscible para mí mismo. He aquí que hago la leyenda en la cual he de enterrarme.

Rodeado de tanto material de y sobre Don Miguel, no estoy seguro de haber esquematizado las ideas básicas que conforman mi mundo novelesco. Se fueron amontonando los manuscritos, páginas sin ton ni son. Un día resolví ordenarlas y hacer, por mi cuenta, una edición que sería la introducción a la obra total de la cual, éste que entrego ahora, es el primer volumen. En verdad esa primera edición (cuyo título fue *El Salto*) la hice porque necesitaba corporizarme y sentirme vivir en la edición. Como para la presente, la presencia de la Doctora fue irremplazable. Pero cuando decidí, por tanto, agregar este Fāri ausente en esa primera edición fue sin duda también como homenaje y adhesión al pensamiento de Don Miguel, a sus sabias y orientadoras palabras, guías y estrellas de mi deambular: todo hombre es hijo de una leyenda escrita y oral. Y no hay mas que leyenda, o sea novela. El novelista que cuenta cómo se hace una novela, cuenta cómo se hace un novelista o sea cómo se hace un hombre.

Walter Mignolo
Clínica de Reposo del Dr. Gregorio Bergman
Córdoba, marzo de 1967.



APÉNDICE II

Oh, los hermosos días

I.–

El lector se habrá dado ya cuenta que, al comienzo, cuando hablé de la importancia de la Doctora en mi trabajo ni mentía ni exageraba. Las páginas que aquí agrego¹ son pura y exclusivamente por su culpa, riesgo y cargo. En efecto: a esta altura del acopio de material la Doctora dijo que mi propósito no se entendería bien si no daba oportunidad al lector de encontrar algunos de los textos (posibilidades) que excluyo en este volumen al haber elegido solo las series 1_1 y Aa, y haber excluido el resto (1_2 , 1_3 , 1_4 , 1_5 y Ab, Ac, Ad, Ae).

Lamentablemente, la primera edición (*El Salto*) que menciono en el *Fāri* está ya agotada. En ella (que es una suerte de introducción a la totalidad de la obra) el lector podría haber aclarado muchos de los problemas que puede plantear este volumen. Para llenar de alguna manera, la carencia la Doctora sugirió que agregara ejemplos que explicitaran mi intento. Apoyó su insistencia diciendo que ella no entendía cosas abstractas como $2+2=4$ ¡¡¡si no veía dos manzanas a las cuales se le agregaban dos más!!!

II.–

En fin, entonces, se trata de lo siguiente. Cada situación (*Oh, los Hermosos días*, por ejemplo) donde los protagonistas fundamentales son Orlando y Rossana, tiene, además de las dos soluciones que integran el presente volumen (1_1 y Aa) todas las posibilidades del presente cuadro

Total: Capítulo «Oh, Los Hermosos Días».

¹ El interés en la reproducción de este capítulo de «Corazón que no sabe cómo morir» tiene como principal motivo que en él se encuentra esbozado el método de trabajo de W. M., lo cual puede ayudar a leer «Rebis en las Landas del Bosque». Nota del Editor.

Situación: *Oh, Los Hermosos Días*

¹ A	Aa	Ab	Ac	Ad	Ae
1_1	A				
1_2					
1_3		B			
1_4			C		
1_5					

Explicando el cuadro:

–en el volumen 1 (...*Corazón que no sabe cómo morir*) la situación *Oh, Los Hermosos Días*, se presenta en la forma 1_1 y Aa (A en el cuadro precedente)

–en un segundo volumen la misma situación (*Oh, Los Hermosos Días*) se presentará en la forma 1_3 – Ab (B)

–en un tercer volumen 1_4 – Ac (C) y así sucesivamente hasta completar los veinticinco volúmenes.

Todas las soluciones dadas a la situación *Oh, Los Hermosos Días*, conformarán el capítulo «Oh, Los Hermosos Días».

III.–

Para tratar de ser más claro aún daré como ejemplo las soluciones a esta situación pensadas para futuros volúmenes. Tomemos como casos:

.- 1₃ - Ab (B)

y

.- 1₄ - Ac (C)

de la siguiente manera:

1₃ - «Mirta encuentra el diario de Orlando».

Ab - «Mirta y Orlando se encuentran en una playa de California».

1₄ - «Mirta y Orlando en un Safari Kirdi»

Ac - «Mirta y Orlando van a la cama»

IV.-

1₃.- «Mirta encuentra el Diario de Orlando». Planteo de la situación:
Un día Orlando desaparece del mapa sin decir ni agua va ni agua viene.
Mirta visita su apartamento y encuentra el Diario.

“Aburrimiento fue lo que en noches solitarias me empujó hacia una pequeña biblioteca de volúmenes lujosamente encuadernados. Algunas obras me mantenían desvelado hasta tarde. Vagaba inconscientemente en países imaginados o reales, pero lejanos. Vagaba lujuriosamente pensando en los doce mil pensionarios para viejos berlineses, en el muro como testimonio de la guerra, monumento erigido en recuerdo de los soldados soviéticos, pensaba en el Caribe, islas bajo el viento. ¡Quién no se siente un corsario en esos hombres que tienen el olor del mar, del rum y de los citrus!, donde cada escala ofrece la oportunidad de hacer mil formidables descubrimientos. Puerto Rico, punto de encuentro de la civilización española y la modernización americana, erizado de montañas azules, encajadas como una piedra preciosa en las arenas blancas. El Líbano desplegaba su ancestral misterio en sus ininteligibles proverbios, aquel que permanezca sentado es una piedra, aquel que va es un pájaro; quien viene a nuestra casa es nuestro primo. Así me familiaricé

con costumbres y morales diferentes, persiguiendo los hilvanes de una intriga. La vela temblaba, hacía bailotear un entrevero de letras y yo luchaba por evitar aquel titilar de sombras y de líneas.

Un día dejé definitivamente la estancia y me instalé en Buenos Aires. Empecé a frecuentar la casa de los Toledo quienes recibían noticias del «bebé» desde París. Y una mañana la señora Agustina me habló por teléfono invitándome a cenar «porque el Bebé acaba de llegar». Saber que alguien venía de tierras lejanas, lleno de aventuras, lugares y anécdotas, me trastornó. Decidí ir al *matinée* del Teatro Colón para distraerme y no dar libre juego a mi imaginación. Bajo las marquesinas de cristal del teatro contemplé cómo rompían las primeras grandes gotas de lluvia para convertirse en manchas oscuras sobre la acera. El aire se hizo gris opalino; una luz solitaria señaló de repente una ventana, luego otra y un ciento más bailaban y vacilaban. Bajo mis pies, las luces de los taxis lanzaban destellos sobre el pavimento negro. El inoportuno junio había perversamente robado la última hora del día para encerrarla en aquella vieja guardia, la noche.

Carta de María Rosa a Orlando: Perdoname, tanto tiempo sin escribirte, pero el viaje tuvo muchas alternativas. Después de salir de Nueva Córdoba, me fuí a New Haven, (Inglaterra), New Haven, (EE.UU), New York, New Jersey, New Hampshire, New Port, New México, New Orleans, New Port hasta llegar así a New Delhi y hoy al fin llegamos a New Guinea (las islas Salomón, sabés) y seguiré luego por New Castle, New Caledonia, New Zelandia y New South Wales. Como muy bien lo dice la Enciclopedia Británica, los archipiélagos melanesios son los más extendidos de la Oceanía Tropical.

¿Sabés a quien encontré al pasar por Borneo? A Malena que le escribía a Pablo y se hacía la viva con un antropólogo. Con Malena aprendí algunas palabras, *etai kem ween* y *torom* que pertenecen a algunos de los setecientos dialectos de por aquí. ¡¡Ay, Orlando, que los Papús son

feos!! Son medio sonsos, además. ¿Sabés cómo se explican la muerte? Dicen que en los tiempos milenarios hubo una pelea entre una serpiente y un pájaro. El que ganara debía dar al hombre su semejanza. Si ganaba el pájaro el hombre moría, si ganaba la serpiente cambiaba de piel y se hacía inmortal. Desgraciadamente, dicen, ganó el pájaro y desde entonces los hombres se mueren. Realmente yo empiezo a creer no más que es cierto eso de la mentalidad primitiva. Y que los ingleses son una raza superior. ¡Y si vieras los que hay aquí!! Son hermosísimos. Todos atléticos y bronceados. ¡Ah, estoy chocha! Llevan todos una ropa color caqui, botas, a veces pantalones cortos con robustas pantorrillas, usan el jeep descapotado y andan cómo héroes por esas planicies llenas de sol, de vegetación y de peligro del trópico. ¡Emocionante! Parece que del otro lado de la isla están los alemanes. Pero a mí los alemanes realmente no me van. Y eso que son rubios como los ingleses. Mañana vamos a trasladarnos hacia el centro de la isla donde el calor es menos deprimente porque aquí es imposible, es como en aquella película con Elizabeth Taylor y Peter Finch [16]. Ayer fuimos con Tom (un inglés buen mozo) a la zona de los Papous. Vimos cosas increíbles. Como es difícil contarlas te enviaré unas fotos grandes y en colores que sacamos. Bueno, te decía lo malsano y horrible de todo esto. Me contó Tom que hace dos meses se comieron un hombre porque tenían penurias gastronómicas. ¿Y si vieras como se visten!? Llevan refulgentes diademas de plumas porque dicen que son pájaros (por lo del cuentito aquel), pero se creen también el día y la noche, el presente y el pasado (poético, ¿no?), la tierra y el cielo. Se pintan el rostro y se cubren el cuerpo con grasa y llevan *des étuis peniens* (me dijeron que la censura en Argentina está terrible, ¿cierto, che?). Llevan ostentosas máscaras de horror y pelucas para metamorfosearse o para ocultarse. Se atraviesan la nariz y las orejas con pequeños huesos y practican el hipospadias (como decía el gallego Cruz) artificial.

Viven sobre todo de papas dulces cultivadas por las mujeres y otra planta de la familia de las dioscoreas cuyo nombre no me acuerdo. En fin, y muy atrasados. ¡Si vieras cómo me miraban! Me dijo Tom que

los ingleses escribieron mucho sobre Australia, pero yo inglés no leo. Si encontrás algo en español, mandámelo. ¡Ah!, ¡y qué te cuento! El otro día, de regreso de una gira por New Plymouth, New Irlanda, New Bretaña y New Georgia, pasamos por Samoa. ¡De la que nos salvamos, Orlando! El sol se ponía cuando echamos el ancla en un estupendo golfo bien protegido e inmediatamente nos vimos rodeados de piraguas tripuladas por negros, indios mexicanos y mulatos que vendían frutas y legumbres, o se chapuzaban por una moneda. La vista de aquellos rostros ojivales, el sabor de las frutas exóticas, el recuerdo de Margaret Mead y principalmente las luces que poco a poco iluminaban la ciudad, brindaban un bello contraste con nuestra siniestra y ensangrentada estancia en la isla.

Ben Gunn era la única persona que se veía a cubierta. Apenas subimos a bordo, con grandes contorsiones, nos comunicó que Silver había huido. A partir de ese momento tuvimos un plácido viaje de regreso. Con Ben Gunn (el inglés buen mozo) llegamos a amarnos locamente. Pero esto no era todo. El cocinero no se había largado con las manos vacías. A escondidas había logrado perforar un mamparo y se había apoderado, para asegurar sus futuros viajes, de un saco de monedas que acaso contenía doscientas o trescientas guineas (de las nuevas). Por el agujero en el mamparo contábamos las estrellas con Ben Gunn acostados panza arriba. De Silver nunca más supimos. Supongo que habrá vuelto a reunirse con su negra, ya entrada en años, y que ahora transcurren felices sus días en compañía del Capitán Flint. Al menos eso espero, pues muy pocas posibilidades tiene de ser feliz en el otro mundo. Los lingotes de plata y las armas todavía dormitan, por las noticias que yo tengo, allí donde Flint los enterró y no seré yo, te lo juro, Orlando, que volveré en su búsqueda. Por nada del mundo consentiría en volver a aquella isla maldita. Mis pesadillas más terribles son aquellas en las que escucho la resaca retirándose de las costas cuando me despierto sobresaltada (siempre Ben Gunn al lado o arriba mío) a la voz estridente del Capitán Flint que me grita al oído, doblones de ocho, doblones de ocho. Pero

por lo menos, quedaron como beneficio algunas guineas de las nuevas y la incontrolable pasión de Ben Gunn. Abrazos, María Rosa.

Jugué a imaginarme cosas sobre
las gentes: un sórdido asesinato
en la esquina,

(El Rufián pasa por la vereda frontera sin distinguir a los dos individuos que cruzando la calle le siguen rápidamente. De pronto tres estampidos llenan la calle de humo. Haffner gira vertiginosamente sobre sus talones, divisa dos brazos esgrimiendo pistolas. Instantáneamente adivina la nada. Quiere putear. Nuevamente, a destiempo dos estampidos perforaron con manchas bermejas la oscuridad. Una quemadura en el pecho y un golpe en el hombro. Mas cercana retumba otra explosión en su oído y cae con esta certeza: «me jodieron») [17].

una ilícita maternidad en
el piso de arriba,

(¿Qué quieres en fin? ¿Quieres ser una monjita pecaminosa y devota? ¿Quieres olvidar lo que pasó y al mismo tiempo recordarlo como si no hubiera pasado? Mira, Ruth, los conventos de monjas nunca han sido más que lupanares lésbicos y ni creas que te voy a hacer el juego. En mi casa no hay celda. Esta jaula es de puro aire, si te quedas aquí, nunca más vas a ser todo lo que fuiste cuando te enamoraste).

sudorosas pesadillas entre
paredes pegajosas,

(Hombres que desnudan sus órganos genitales en cuartos oscuros y llaman a la mujer que pasa hacia la cocina con una sartén. El órgano genital se congestiona e inflama y crece; la mujer deja su sartén en el suelo y se tiende en la cama, con una sonrisa desgarrada, mientras entreabre las crines que le ennegrecen el sexo. El hombre derrama su semen en la oscuridad ceñida y ardiente y luego cae desvanecido y la mujer entra tranquilamente a la cocina para freír en su sartén unas lonjas de hígado).

el río arcilloso y la
ciudad casillero

(Si desde allí hubieses remontado el curso del riachuelo te habría sido posible admirar los bretes desbordantes de novillos y vaquillonas que se apretaban y mugían al sol esperando el mazazo entre las dos astas y el hábil cuchillo de los matarifes listos ya para ofrecer una hecatombe a la voracidad del mundo) [18].

innumerablemente desolada en su
repetición de muros callados
sobre millones de sufrimientos
divididos por paredes verticales,
un bando de cuadriláteros
claros que avanzan sobre el río
lodoso, cúpulas de mosaicos,
esferas lúdicas rematadas por
cruces de hierro, humo brumoso
que flota en el manotón
purificador de viento, la
pobreza magnificada

(...en una de cuyas paredes vio un gran mueble vitrina cargado de vasos llenos de esmeraldas, rubíes, brillantes y perlas, que debían tener un valor fabuloso, al igual que grandes cofres sin tapas, cargados de vajilla de oro y plata recamados en piedras preciosas, ornamentos sagrados y un sinnúmero de joyas que alcanzaba a comprar un imperio. En otros grandes cofres había una suntuosa variedad de vestidos de damas confeccionados con las más ricas telas de manufactura oriental, con bordados y recamados de oro; plata y pedrería)

transformada, unida a cierta grandeza, esferas lúdicas rematadas por cruces de hierro forjado, un humo brumoso que flota siempre como un pensamiento renovado...

Así cavilando [19] llegué a casa de los Toledo. Para que repetir lo que ya todo el mundo sabe: las eternas discusiones entre Ezequiel Toledo, el Bebé, Claraval y Andrea. Todo ello acentuó mi pesadumbre y volví a la estancia. El recuerdo de la cochera oliente a cuero y grasa con sus rodados descansando la lanza y sus guarniciones prolijamente colgadas, la cocina de los peones, con gran fogón de campana bajo el cual podían asarse reses enteras. En un rincón la leña lista a reventar contra las rodillas y sobre unas brasas, dejadas encendidas como por olvido, una pava costrosa de hollín, comadreando a los manotones intermitentes del fuego con gargarismos de gorda remilgada; aquí una guitarra significando nostalgias amorosas, allí un facón descansando de los balanceos sufridos en días de lucimiento y el monte: protegidos por los eucaliptus, mil variedades de árboles, se agrupaban compactos o se enfilaban como un principio de desbande; otras veces era la simetría de un ejército en marcha, exactas las filas, arreadas en un mismo sentido por el viento y el conjunto iba por la loma abajo, hacia el río orillando los sauces. Pero hartos de ceibos

que en primavera tienen boca de carmín y de paredes engalanadas de bozales, una noche partimos, con Juliao, hacia Mar del Plata.

La luna, suspendida en un cielo sin nubes, proyectaba sombras largas y negras aclarando la blanca senda de tierra. El aire era sereno y cálido y la copa de los eucaliptus formaban una hilera continua a lo largo del camino que une el casco de la estancia con la ruta. Eran poco más de las nueve cuando empezamos a caminar con la mochila llena de carne de pollo, pan y vino que nos había preparado el bueno del capataz. Cuando llegamos a la ruta, Juliao hizo un gesto de alivio y depositó en el suelo la mochila y la guitarra. Decidimos esperar que alguien los levantara y caminar hasta el próximo parador, a unos diez kilómetros, si la espera se prolongaba. Pasaron dos camiones, encendimos un cigarro, cambiamos de lugar. Quince minutos y nada.

Juliao se quitó las botas mexicanas para refrescar los pies en el pasto. Dos faros brillantes, por allá en la colina. A medida que se acercaba la luz de la luna permitió distinguir un Mustang arrastrando un tráiler. Pensamos que no tendríamos chance pero lo mismo Juliao puso los pies desnudos sobre la ruta y comenzó a hacer señas. Oímos los frenos del Mustang, vimos cómo disminuía la velocidad, buscaba el costado de la ruta y al fin se detenía. Juliao salió corriendo pero tuvo que volver sobre sus pasos a buscar las botas mexicanas. Mientras, yo alcancé el conductor. ¿A Mar del Plata? A medida que me habituaba a la oscuridad del interior del vehículo me di cuenta que conducía una mujer. No podía distinguir su rostro. Llevaba grandes gafas anti faros y un pañuelo blanco que disimulaba sus cabellos y se introducía, sujetándose en sus puntas, debajo de su ajustada ropa negra. Sentí que sus ojos, detrás de las gafas, me examinaban atentamente. ¿Sabes conducir? ¿Tienes el permiso? Los llevo si tú conduces, me dijo mientras Juliao llegaba corriendo con una bota puesta, y en las manos la otra, la guitarra y la mochila. ¿Conoces la ruta? La mujer tenía una dulce voz grave. Descendió y agregó: voy a acostarme, les ruego por el amor del cielo que no me despierten hasta llegar a Mar del Plata. ¿Hay dos cuchetas atrás? Preguntó Juliao

esperanzado. Si no eres capaz de sujetar a ese tapete, dijo dirigiéndose a mí, los dejo ya mismo a ambos. Montando y en ruta. Oímos cuando la puerta del tráiler se abrió (skracht), se cerró (slam) y se aseguró (tric, tric).

Quedamos parados como dos tontos en medio de la ruta iluminada por la luna llena frente a un Mustang y una mujer durmiendo en el tráiler. Montamos y Juliao se olvidó de lo ocurrido, presa del entusiasmo que le causaba encontrarse sobre un Mustang, camino de Mar del Plata.

Comencé a interrogarme sobre esta extraña moda que hace manejar a las mujeres, solas, dieciocho horas seguidas. Es eso lo que ella dijo en un momento. Juliao me trataba de viejo al no entender la situación de la mujer en la sociedad y su necesidad de liberación. Dejate de hablar estupideces y fijate a ver si hay papeles en la guantera. El cuenta kilómetros marcaba ochenta. Buscó, indagó, encontró: era un automóvil de la agencia Hertz, alquilado en Vero Beach a un tal Joel Blach, 1244 Springfield Road, Cleveland. ¿Qué es todo esto? No sé. ¿Qué kilometraje se marca en el momento de alquilarlo? Siete mil setecientos treinta y nueve. ¿Y ahora? Setenta y dos mil trescientos noventa. ¿Vos creés que se pueden cruzar trece países en dieciocho horas recorriendo sesenta y cinco mil kilómetros? Aquí hay algo que anda mal. Puede ser —respondió Juliao extrayendo el pollo de la mochila que nos había preparado el capataz—, solo que ya no hablás como tu mamá sobre la liberación de las mujeres, sino como un cana. Dejate de pavadas, tené por seguro que ella no se llama Joel Tartempion, no condujo durante dieciocho horas y nada de esto tiene que ver con lo que ella dijo. Bah, bah, bah, dijo Juliao mordiendo el pollo y pensando que a las siete de la mañana podría de nuevo sacarse las botas y poner los pies en las aguas del Atlántico en vez de hacerlo sobre las gramillas de la Pampa. Pero qué sucede si este cascajo está marcado, los canas nos chapán y nos meten en gayola. En esta ruta no hay un cana, además es asunto de esta mina y no nuestro. En el retrovisor vi dos faros acercarse. Disminuí la velocidad. Hey, protestó Juliao. No quiero tener problemas con la cana. Pero el automóvil de atrás disminuyó también y se mantuvo a la

misma distancia. Yo conozco bien esta ruta, dijo Juliao, no hay un cana ni por casualidad después de las once de la noche. ¿No querés comer? No, necesito una buena taza de café. En un cuarto de hora llegaremos a un Parador. ¡El café es buenísimo ahí! ¿Y ella? La dejamos, pidió no despertarla. Snack. Veinticuatro horas sobre veinticuatro. *Open all night. Twenty four hours service.* A partir de aquí vos conducís y yo como. Nos acercamos al snack lleno de luces. En el parking había cuatro enormes camiones y cinco automóviles llenos de polvo. Encontré lugar y metí el Mustang y el trailer entre dos camiones. Antes de entrar, miré hacia atrás. Los faros del automóvil que nos seguía se aproximaban lentamente. Juliao me esperaba ya en la puerta. Entramos. Me invitó un Caramel. Oímos llegar el vehículo y detenerse. Miré por la ventana y vi un Mercedes SL 180 de color blanco. Me pregunté si era el automóvil que nos venía siguiendo. Traté de ver más, pero el automóvil ya partía. Solo pude ver que el conductor llevaba un sombrero con los bordes rebatidos. El Mercedes se perdió en la noche.

Cinco minutos más tarde estábamos de nuevo sobre el Mustang. Mientras Juliao conducía, revisé yo mismo los papeles. Todo lo anterior era cierto. ¿Qué mentira ocultaba la mujer? ¿Qué oscuros designios escondían sus planes? En fin, comí y me dormí. Un zoquetazo y un grito de Juliao me despertaron.

Miré el sol, ¡estamos llegando a Mar del Plata! Vi el cielo gris, amarillo y colorado y las palmeras que desfilaban a toda velocidad a lo largo de la ruta. Detenete en el primer parador. Despertaremos a la muchacha y le preguntaremos dónde nos deja. Una pequeña construcción de madera con luces de neón se perfilaba sobre la ruta. Las cinco y media. Voy a buscar tres tazas de café, despertala mientras. Con placer, dijo Juliao saltando del Mustang. Me parece que las mujeres no te gustan, me gritó cuando yo ya entraba al bar y él se aproximaba a la puerta del trailer. Había un tipo dormido detrás de la caja. Pedí cafés calientes y fuertes. Miré cómo llenaba los cartones mientras se le caían los párpados.

Encendí un cigarrillo y el tipo me preguntó si no tenía miedo al cáncer. Junté el vuelto, los café y salí. Juliao estaba ya sentado al volante, haciendo señas de apurarme. Cuando llegué al Mustang su cara lívida me dió mala espina. Apenas me senté, Juliao lanzó el auto como una tromba volcándome todo el café caliente y fuerte sobre las piernas. ¡Hey, hey! ¡Mierda, hey!, dijo todavía pálido, y a los diez minutos disminuyó la velocidad. Está muerta, dijo temblando, hay sangre sobre una tela que la cubre a lo largo de la cucheta. ¡Puf! Lo que faltaba. Tiré los dos cartones vacíos por la ventana. ¿Y ahora adónde vas a cien kilómetros por hora?, ¿a ensartarnos en la cana? Juliao frenó de tal forma que di la cabeza contra el parabrisas. ¿Cómo sabés que está muerta? Seguro, golpeé la puerta y como no respondía intenté abrir. Estaba abierta. Entré y la vi sobre la cucheta inferior, cubierta de sangre y con un olor a podrido que voltea. Estábamos llegando a una pequeña playa y pedí a Juliao que entrara en ella. Juliao se introdujo por un camino de tierra hasta llegar a una playa de arenas finas. Paré aquí. El traylor es una buena excusa. Si nos ven, pensarán que estamos de campamento.

La playa estaba completamente desierta sin contar con algunas gaviotas que sobrevolaban con el ojo puesto en mí y en un cordel en forma de ocho tirado en el suelo. En el cielo ya no había gris ni colorado, sino un azul ligero a medida que el sol subía. Saqué el pañuelo y abrí la puerta del traylor. Olor a muerte venía del interior. Una enorme mancha de sangre sobre el manto que cubría el cadáver. Penetré y descubrí el cuerpo: no era la muchacha sino un hombre de unos cincuenta años, cabellos tupidos, cara alargada y los ojos abiertos llenos de terror. Recordé el Mercedes que nos seguía y que se detuvo después de nosotros en el primer Parador.

Ab.— «Mirta y Orlando se encuentran en una playa de California». (Nota: esta situación no está desarrollada sino solo esbozada. La introduzco solo a título de ejemplo y será debidamente trabajada al escribir el volumen 2).

Orlando lee a Tolstoy en una playa de California. El día es más bien fresco. El cielo está ligeramente cubierto y los acantilados aparecen grisáceos sobre el velo de brumas. Es seguramente la razón de la playa desierta. De todas maneras hay una inmensa playa (describir acentuando los detalles físicos y naturales; en la sección geográfica de la biblioteca del doctor hay una Guide Bleu y una geografía de EE.UU) —inmensa, inmensa— donde solo estamos ella y yo. Comencé muy entusiasta la lectura de Tolstoy pero me aburrí en la página 20. Abandoné el libro y me senté con los brazos cruzados sobre las rodillas regodeando mi vista. Ella llevaba un escueto dos piezas. Debería tener un metro setenta y parecía fascinada por las olas. Sus cabellos rubios, cortos, eran agitados ligeramente por la brisa. Perdona, por favor. Ni pizca. Se obstinaba en observar el azul ondulante del Pacífico. Bien proporcionada. ¿Maniqué de Play Boy? ¿Modelo de Marie Claire? (elegir una posibilidad). ¿Tiene hora? Me miró. La una y media y volvió su atención al Pacífico. Sus ojos claros me impresionaron, mirada franca, indolente. Empiezo a conversar, converso y converso (buscar temas). Se llama Mirta, extraño aquí en California, es de padres puertorriquenses. La acompaño a casa, comenzamos un *flirt* nocturno por bares y demás sitios bailables. Le regalo una inmensa muñeca. Un día apareció Juliao y dijo tener que hablar conmigo. (Para comprender la conversación de Orlando y Juliao hay que señalar que durante la conversación de la playa Mirta le dijo: «estoy divorciada» y Orlando sintió un dolor como el del universo pariendo el procónsul de dentadura similar a los monos antropomorfos).

Sentate, dijo Juliao. Obedecí. Esperaba lo peor. ¿Qué es lo que Mirta te contó sobre ella misma? Me mantuve tranquilo: su familia, su vida, su divorcio, dije. ¿Es eso lo que te contó? ¿Que se divorció? Sí, respondí y algo se crispó en mi estómago. ¿Qué barbaridad surgirá de todo esto? Qué sucede, imploré. Mirta no es divorciada, dijo Juliao. ¿No? No. Es viuda. ¿Viuda? Sí, asesinó a su marido.

1₄.— «Mirta y Orlando en un Zafarí Kirdi».

Orlando fue a un Zafarí Kirdi por la zona de Fort Lamy, Marouax, Kapsikis, Mogodé. En el zafarí iba también Mirta (a quien Orlando aún no conocía), siempre con ropas finas y sueltas adheridas a su bien balanceado cuerpo: Un día todos fueron de caza a los dominios del Taf-Taf cerca del río Camerounx. Como salieron muy temprano y Orlando estaba fatigado de la jornada anterior, prefirió quedarse a descansar. Al mediodía se dio cuenta que tampoco Mirta había ido. La vio caminar en torno a su tienda y agacharse para hacer fuego. Orlando entró en su carpa y se afeitó con una afeitadora a pila, sin cordón, Fiorito, pensando en las horas que faltaban antes del regreso del grupo. El sol caía a pique. Un remojón sería ideal. Se lo comunicó a Mirta y la preguntó si no tenía miedo de quedarse sola. Cuando vuelvas iré yo a zambullirme. Me gusta hacerlo desnuda. Mirta lo miró alejarse y alimentó el fuego con un tronco de themba. ¿Cuánto tiempo hacía (desde aquella tarde de Julio en París, leyendo sobre la terraza del Foquet's) que no tenía un orgasmo delirante? El sol, filtrándose por entre el follaje, hacía sentir su peso golpeando en las lonas de la carpa. Orlando volvió y Mirta corrió hacia el río sintiendo en su cuerpo la mirada de (Orlando). Se quitó la ropa y se zambulló. Nadó algunos instantes y luego hizo la plancha dejándose flotar. Dos monos, descendientes del procónsul de dentadura similar a los monos antropomorfos y del pitecántropos con maxilares y calotas de rasgos primitivos, grises con caras negras, la miraban desde lo alto de un árbol. Luego, ambos se deslizaron a lo largo del tronco y llegaron hasta el lugar donde Mirta había dejado el short, camisa y toalla y lo llevaron con ellos a la cima del árbol. Mirta abrió los ojos sin dejar de flotar y los vio en el dulce balanceo. Son hermosos, pero dejó de verlos encantadores cuando, saliendo del agua, solo encontró sus sandalias. La ropa estaba demasiado alta y no podía montar el árbol desnuda sin riesgo de rasguñarse. Se alzó de hombros y volvió sobre sus pasos. Orlando, perezoso, estudiaba una carta geográfica cuando oyó la voz de Mirta que le decía: los monos descendientes del procónsul y

de los antropomorfos me robaron la ropa. ¿Podés buscarla arriba del árbol? Cuando Orlando partió, ella —con un ligero temblor—, tomó otro short de su mochila pero los dejó caer y se acostó a lo largo de la bolsa de dormir esperándolo.

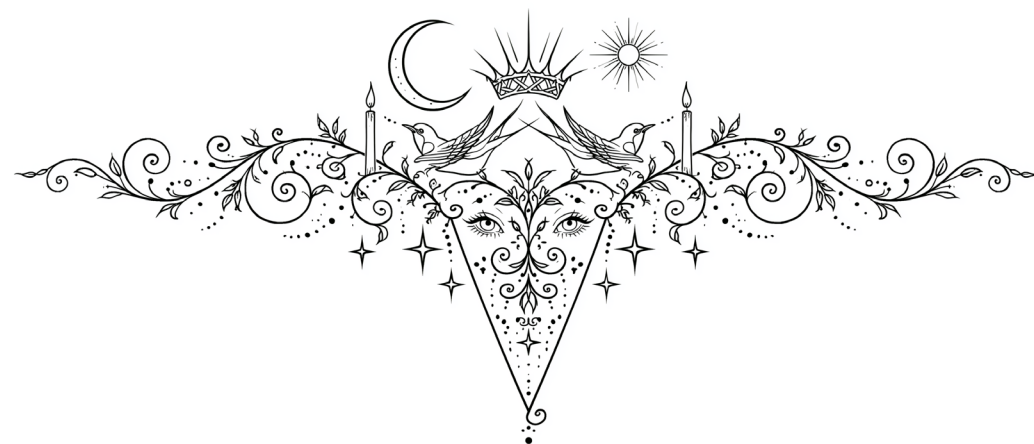
Ac.— «Mirta y Orlando van a la cama».

Caíamos en el mullido sofá y Mirta me contaba (con música tropical) que al ser poseída se sentía como una caja o como un tubo de esos que sirven y cuando entrás es como si dejaras en libertad algo especial (freudiana 1: una paciente que entre otros trastornos neuróticos sufría una anorexia, presentaba el síntoma del vómito. Su fantasía era haberse tragado el pene del padre. Ella describía el proceso en forma circular, es decir, tragaba el pene, se introducía en su cuerpo, volvía a salir, llegaba hasta su boca, lo tragaba nuevamente, etc. Durante el análisis tenía miedo de relajarse en el diván debido a las sensaciones que experimentaba en su vagina y al temor de que el analista pudiera introducir algo en ella) que me recuerda el vagar del incienso en Semana Santa es también como la invasión de una fragancia que sube de a poco en mí y que sos vos, Orlando, que subís, que estás en mí, y es como dos almas que se junta y se inflan. (Freudiana 2: en otra paciente la oralidad se manifestaba en su deseo vaginal y era evidente en su masturbación y fantasía. Acostumbrada a masturbarse reteniendo la orina. El placer y la sensación le aumentaban a medida que imaginaba su vejiga llenándose. Esta era una cavidad (en su fantasía) que se llenaba por una fuente exterior. Simultáneamente, un hombre que le gustaba mucho trataba de fecundarla por la violencia y la protesta le proporcionaba placer. Las sensaciones de su fantasía eran sentidas en su vagina, en la boca y en extraños dolores en los dientes que el dentista no podía explicar. Había llegado el análisis diciendo que carecía de vagina en tanto toda ella era vagina y le disgustaba el orgasmo porque esperaba un orgasmo permanente) y sentir la sensación de estar volando como pedazos de estrellas

en un espacio sin límites y sentir el vértigo del descenso, la sangre corriendo más rápido por las venas, y luego el relax, el *ite missa est* de los monje medievales. (Freudiana 3: otra paciente manifestó también desde muy temprano el mismo vínculo con el pecho materno, la misma actitud pasiva femenina de aceptación y una fuerte identificación. Ya adulta, durante el coito, efectuaba violentos espasmos corporales, gritaba y mordía a su marido y no alcanzaba el orgasmo porque temía a la prematura eyaculación de su marido). Abrazados en el diván nos acariciábamos desnudándonos mutuamente entremezclando nuestras pieles y las manos en los sexos. Sus piernas comenzaban a rodearme mientras un fluido lubricaba lentamente su aparato genital (fluido no identificado que atraviesa las paredes de la vagina quizás por dilatación de las venas que la recorren) y el pezón se erectaba; la red venosa aumentaba y se extendía al igual que los senos; la tumefacción alcanzaba la aureola, las glándulas, el clítoris. El cuerpo esponjoso se prolongaba y aumentaba mientras el útero se antepone, elevaba e irritaba. En los labios mayores: nulípara; en los menores: múltipara. Aplanamiento, separación y elevación anterolateral, aumento del diámetro de vasodilatación. El cuerpo de Mirta se desliza bajo el mío aumentando la circunferencia peneal y el tamaño de los testículos.

Ritmos taquicárdicos: ciento veinticinco por minutos. Palpitación diastólica y sistólica. Inflamación de las glándulas de Cowper y una secreción mucoide en las glándulas de Bartholin. Mirta friega, frota las piernas contra las sábanas con contracciones faciales, intercostales y abdominales, semiespásticas durante la elevación del clítoris, del útero y del cuerpo de la pelvis mayor. Cambian de color los labios de la vulva hasta el rojo vinoso oscuro ante la reacción patognómica del orgasmo inminente; Mirta (Los contornos de tus riñones, Orlando, son como collares abiertos, tu garganta es un golpe redondo pleno de vinos perfumados, tus dos testículos como los cuernos alegres de una gacela en la aurora del vientre maternal, tu pulso vuelve al universo del símbolo y bate sobre las sombras del tiempo, quiero pasar la noche en tu boca, ser

vagabunda en el país de las maravillas estirada sobre la luna de hormigón, en las siete maravillas de la noche y en el encanto de los bosques donde pululan confusamente criaturas de leyenda ocultas en el forraje y en el alma palpable de la extensión) jadea junto a mi oreja izquierda perdiendo el control voluntario con convulsiones, contracciones y espasmos de grupos musculares. Respiración: cuarenta por minuto. Taquicardia: entre los ciento diez y ciento ochenta latidos. Presión sistólica: casi ochenta mm.hg. Presión diastólica: entre veinte y cuarenta mm.hg. Pene: reacciones expulsivas en toda la uretra peneal, comenzando con intervalos de cero coma ocho segundos y luego disminuyendo entre tres y cuatro en frecuencia y fuerza. Contracciones menores por varios segundos. Prolongación y fin. Vagina: contracciones de la plataforma orgásmica que comienza a los ocho coma cero segundos y se repiten entre cinco y doce veces. Aumentan los intervalos y disminuye la intensidad de la contracción es paralela a la del orgasmo. La sangre se escurre por la vagina. El tejido dilatado se contrae y todo contribuye a evitar que el esperma alcance el óvulo.





NOTAS EDITORIALES

Dentro de la *nouvelle* encontrará el lector algunas notas al pie. Estas notas hacen parte del conjunto literario de la obra, no tienen un carácter crítico. Las que se presentan a continuación, son las notas editoriales de Juan Manuel Zuluaga y Juan Andrés Alzate en conjunto con Waltewr D. Mignolo con el fin de ampliar y arrojar luces sobre aspectos particulares que en nuestros días, y pensando en futuros críticos, requieren claridad.

Nota aclaratoria: Los descriptores de los capítulos de la presente nouvelle que se aprecian en el índice no hacen parte del original, sino que son añadidos de los editores de Revista Cronopio, por eso en el interior de la novela sólo se lee el número romano que lo determina.

[1] Walter D. Mignolo alude aquí a la novela de Michael Burt, *El caso de las trompetas celestiales*. Entre los libros de su no muy notable biblioteca había una copia de esta novela publicada por Emecé Editores, en Buenos Aires, tercera impresión 1965. La página del título fue fechada y firmada por Mignolo en 1969.

[2] Destacado músico y compositor (1900-1956) compuso numerosas piezas musicales de fondo en la Época Dorada de Hollywood. Su más conocida «When I fall in love».

[3] Dimitri Zinovievich Tiomkin fue un compositor de bandas sonoras para cine y director de orquesta ruso-estadounidense. Formado en música clásica en San Petersburgo antes de la Revolución Bolchevique, se trasladó a Berlín y luego a Nueva York tras la Revolución Rusa.

[4] Esa frase icónica «That is my steak, Valance» (Ese es mi filete, Valance), la pronuncia Tom Doniphon (John Wayne) al villano Liberty Valance (Lee Marvin) en el clásico western de 1962, *El hombre que mató a Liberty Valance*, dirigido por John Ford.

[5] Estas líneas pertenecen al inicio de «El alma del payador», del poema Santos Vega, escrito por el poeta argentino Rafael Obligado (1851-1920).

[6] Claude Lelouch (1937–), cineasta francés. Entre sus filmes más celebrados está *Un Hombre y una Mujer* (1965) al que alude Mignolo por dos razones: Una, las relaciones heterosexuales; y otra, la trama misma (un corredor de autos viudo se enamora de una escritora, durante un encuentro en el internado al que asisten sus respectivos hijos).

[7] Aquí Mignolo hace un pastiche juntando, por un lado, versos del poema *Santos Vega*, de Rafael Obligado, cambiando el sustantivo aire por *skyway*: «Un momento quedó el aire en reposo, cuando un rasgueo armonioso pobló de notas el viento» con, por otro, la afamada canción de Los Beatles, celebrando el LSD, que estaba en todas las bocas entonces, en el doble sentido. También son de Santos Vega los versos siguientes, «y fue el grito luminoso...». La palabra «progreso» fue significativa, (junto a «civilización») en la mentalidad de las élites argentinas de la segunda mitad del siglo XIX.

[8] La frase «solo lo difícil es estimulante» es de José Lezama Lima y todo el párrafo es un collage libre de Lezama, *Paradiso* (1966) y *La expresión americana* (1957). Los párrafos siguientes están basados en la lectura de textos de Lezama Lima, Alejo Carpentier y Pablo Neruda.

[9] Toda la aventura de Mignolo con Juana Roca está inspirada por letras de tango, de bolero y fotonovelas de las 3 de la tarde.

[10] «En noches tibias y calladas con cantos de pescadores [...] mientras la playa canta su inútil pena». Estas frases son versos alterados de «Noche Criolla» de Agustin Lara popularizada por Julio Jaramillo.

[11] «porque la quise, *lectores*, y la quiero [...]». Esos versos pertenecen al tango «La última copa», compuesto por Francisco Canaro y Juan Andrés Caruso en 1927.

[12] «Si arrastré por este mundo la vergüenza [...] de mi pobre corazón». Estos versos son versos del conocido tango «Cuesta abajo» (1934) de Carlos Gardel y Alfredo Le Pera.

[13] «No sé cómo pude contenerme [...] que lloro y que nunca volverá». Estas últimas frases están compuestas sobre versos del tango «Cuesta Abajo», de Gardel y Le Pera (1934).

[14] «...ella fue la perjura [...] yo hubiera dado siempre más». Ibidem, frases provenientes de «Cuesta Abajo».

[15] El personaje de la novela de Thomas Mann, *Confesiones del estafador Félix Krull*, compuesta durante un largo período y concluida en 1954. Thomas Mann intenta hacer una biografía paródica de Goethe.

[16] Seguramente Mignolo aquí se refiere al filme *Elephant Walk* (1954), protagonizado por E. Taylor y P. Finch, dirigida por William Dieterle.

[17] El Rufián y Hafner son dos personajes de la novela de Roberto Arlt, *Los siete locos* (1929).

[18] Este párrafo remite a «El Matadero», cuento de Esteban Echeverría (1871).

[19] Esta secuencia de Orlando y Juliao es una libre descripción, imaginada, inspirada por *Don Segundo Sombra* (1926), la novela de Ricardo Güiraldes. Todo el episodio que sigue es una situación que remeda el viaje de Fabio Cáceres, personaje de la novela, hacia la costa Atlántica, entreverada con una situación que imita la atmósfera de las novelas de James Hadley Chase.



ANEXOS

**Cartas enviadas a
Walter D. Mignolo**

Buenos Aires, 30 de agosto de 1971

Estimado Mignolo,

Hace pocos días recibí la copia de su novela; previamente me había llegado su carta del 14 que no contesté hasta no recibir lo que posteriormente hizo su irrupción en mi plácido—convulso mundo.

Realmente me cuesta unir la imagen del Mignolo que conocía en Córdoba con la que se ofrece a través de las 133 páginas. Supongo —me doy cuenta (y ya es algo de mi parte)— de que hay un cambio, profundo diría para seguir en este nivel de análisis. Más difícil sería decir en qué consiste: a través del texto uno se puede equivocar porque el texto desconcierta —y eso es tan considerable que por lo menos lo voy a mostrar a algún editor para ver qué pasa—. Me libero de la primitiva imagen, salgo «des mots de la tribu», mito cordobés, compulsivo ámbito de significados, y trato de tener objetividad. Su texto parece —y no creo descubrir nada— una mezcla de historietas de Falk, de hiperfilms de Bond, de cachada criolla a lo Macedonio, de homenajes a Borges, de préstamos a Lévi-Strauss (por lo menos), una red significativa que parece hacerse cargo del «sistema de la moda», etc., etc. Al mismo tiempo todo eso tiene su fascinación y tiene, lo que es más notable, una autonomía por la que no se puede dejar de seguir su discurso, aunque (1) los ingredientes aparezcan como ingredientes. La pregunta es: ¿qué suscita en uno? Es la impersonalidad de la historieta, lo conocido de la temática vaginal, lo previsible para este tiempo de la presencia de las drogas, la maniática minuciosidad de las referencias mundiales, la atmósfera transparente de los comportamientos «textuales» (en el sentido macedoniano de la reelaboración de palabras previas, ya engarzadas), todo esto junto o cada cosa por separado. Pero fascinación aparte, de a ratos —y por el lado de la cachada— (2) pareciera que hay en W. M. un crítico terrible, estructural, de todo un mundo; de a ratos, pareciera que W. M. está él mismo como fascinado por ese

mundo que en el primer pareciera que criticaba a nivel de la oscilación entre escritura despersonalizada y escritura apasionada; de a ratos, finalmente, pareciera que ni una cosa ni la otra, a saber, que está solo (3) apasionado por la escritura como «demarché», como producción dirían los amigos postbarthesianos, De a ratos parece su opus muy moderno, de a ratos previsible (por las fuentes), de a ratos in—significante y (4) en ese sentido des—centrado y por lo tanto, peligroso, en la medida en que no advierto con nitidez una idea central que rija la acumulación de todo o lo anterior. Pero tampoco sé si esto es verdad, es decir, si es verdad para mí: por ahí mis viejos hábitos me impiden ver algo cuyo sentido no estoy preparado para distinguir. En todo caso necesitaría más tiempo y discusión para situarme, y situarme no significa necesariamente llegar a la posesión de una idea concluida sobre un objeto como el suyo, sino obtener mínimamente una descripción en la que los elementos reducidos resplandezcan con toda su capacidad de irradiación. Por eso mis palabras son post—lectura, inmediatas y no excesivamente cuidadas (se supone que un comentario debe tener, eso sí, cierta organización inteligible). (5) Pero lo que sí temo —y no lo puedo disimular, es que el proyecto en su conjunto se sitúe en contexto ideológico de fascinación por lo que está en curso en Europa. Sé que es antipático decirlo, pero si no lo dijera no podría volver a hablar con Ud. Quiero decir: no por sus palabras particular, sino por la densidad de los temas que Ud. vuelve a replantear, me parece, una entrega, una adopción, explícita una fascinación que comienza sin duda antes de la residencia física, que empieza a lo mejor con Rayuela, Ud. nos replantea la cuestión, así como la replantea Masotta cuando propone —y consigue— que en el Museo de Bellas Artes se pase un audiovisual sobre una historieta llena de bellezas frías y de bang, y bing y plaff como banda sonora. (6) Habría entonces dos planos a considerar: el primero, qué es la cosa en sí misma, cuál es su propuesta semiológica y, segundo, qué implica como signo en un contexto histórico determinado. Yo, personalmente, no tengo las cosas claras; me imagino que se trata de dar en el blanco, o sea de trastornar el orden de una escritura opresiva pero al mismo

tiempo encarnando en ese trastorno la necesidad de trastornar un orden opresivo. Claro que no hay recetas ni es permisible que so pretexto de tener un programa al respecto se haga cualquier cosa. Yo no digo que lo suyo esté en esta parte o en la otra del programa: (7) solo digo que vuelve a plantear el problema y, en la medida en que por lo menos se propone trastornar una escritura, no está tan lejos del llamado «boom», por lo menos en cuanto participa de la agresividad escritural que ciertos aspectos del «boom» preconizan.

Todo esto es muy oscuro y complicado y yo no me siento un testigo demasiado sereno del proceso. Tome entonces mis palabras con un conjunto de cosas sueltas, a veces contradictorias y no como una opinión que se basta a sí misma. Mostraré el original y veremos qué sucede.

Mándeles mis saludos muy afectuosos a Andreu, a quien lamento no ver en Toulouse antes de salir de Francia. Espero que la vida le resulte fácil junto a Merimés (sé que junto a Andreu lo será). Y que sus trabajos se vayan realizando. Supongo que hay más chances de que eso ocurra estando en Europa que aquí, donde se vive a los saltos, sin saber muy bien para qué cuneta va a tomar la angustia. Un abrazo y muchas gracias por acordarse de mí. Afectuosamente

Noé Jitrik

* * *

Noé Jitrik (1928–2022) fue un destacado crítico literario, escritor, ensayista y profesor universitario argentino, reconocido por su amplia producción intelectual en los campos de la literatura, la crítica y la historia cultural. Integrante de las influyentes revistas Centro y Contorno, desempeñó un papel fundamental en la renovación de la crítica literaria argentina. A lo largo de su trayectoria ejerció la docencia e investigación en Argentina, Francia y México, país donde vivió exiliado

durante la última dictadura militar argentina. De regreso a su país, fue investigador principal del Conicet, director del Instituto de Literatura Hispanoamericana de la Universidad de Buenos Aires y coordinador de la monumental Historia Crítica de la Literatura Argentina. Recibió numerosas distinciones académicas y culturales, entre ellas el nombramiento como Caballero de las Artes y las Letras de Francia y varios doctorados honoris causa. Además, fue miembro correspondiente de la Academia Mexicana de la Lengua y colaborador habitual del diario Página/12.

París, 2 Nov. 71

Querido Walter,

dos palabras para decirte, que, como lo sabrás antes de que te lo escriba, tu novela me encantó. Y creo que debes de saberlo porque lo que pusiste en ese libro es lo que obviamente siempre hubiera querido poner en los míos, lo que, con suerte, hubieran alcanzado mis ejercicios. Inútil alinear adjetivos, como sabes no sé hacer crítica: me gustó porque creas un lugar, un espacio real donde me sentí bien, un paisaje acrílico, clorofílico, con figuras bordeadas por finísimos tubillos de neón violeta, con orquídeas y mujeres de cabellos anaranjados y hombres de oro, eso que la droga debe de dar, donde ya no hay angustia y Rebis, en su ambigüedad lo sintetiza todo, ya no hay contrarios, no hay error posible, todo es pacífico y bello.

Pasemos a gestiones más terrestres: hubiera querido proponerte ya una publicación. Para hacerlo debo de esperar a que la obra esté publicada en español y que el programa del año lo permita. Te sugiero que publiques el libro en español, Mortiz o Sudamericana, y por este medio te pido *oficialmente* una opción de dos meses para mi colección en Seuil a partir de la fecha de publicación. La colección de que me ocupo en Seuil no hace nada por el momento, pues su «estación» está completa con los autores ya comprados, pero espera en breve renovarse.

«Rebis aux landes» ha sido una sorpresa, una alegría, gracias por esa fiesta barroca, con piñas en vynil y mangos en poliéster... Abrazos de

Severo Sarduy

* * *

Severo Sarduy fue un narrador, poeta, periodista y crítico literario y de arte cubano, considerado una de las figuras más importantes de la literatura hispanoamericana del siglo XX. Tras estudiar en La Habana y colaborar con medios vinculados a la Revolución cubana, se trasladó a París en 1960, donde desarrolló gran parte de su carrera intelectual, vinculado al grupo Tel Quel, a la editorial Seuil y a la radiotelevisión francesa. Su obra, asociada al neobarroco latinoamericano, se caracteriza por la experimentación formal, la exploración de la identidad, la cultura cubana, la homosexualidad y el travestismo. Entre sus novelas más destacadas se encuentran Gestos (1963), De dónde son los cantantes (1967), Cobra (1972), que le valió el Premio Médicis Extranjero, Maitreya (1978), Colibrí (1983) y Cocuyo (1990).

Murió en París en 1993.

Washington DC, a 24 de agosto de 2025

Caro Walter,

Acabo de leer *Rebis en las landas del Bosque* (2da Edición, 2025) y aunque la última vez que tuve un trip ácido alucinante fue en 1982, la sensorialidad hiperreal y destellos multicromáticos han reaparecido en el instante en que *Rebis* entró al locus narrativo y desde entonces me dejé llevar por flujo discursivo sin olvidar mi lectura crítica.

Tengo muchas referencias y experiencias compartidas contigo y por eso es difícil matar al autor como lo propuso el maestro, tu maestro Barthes, a quien tanto admiramos —venero *Cámara Lucida* y el *Imperio de los Signos*—. Tal vez porque no somos europeos y la herencia crítica—linaje que viene de Guamán Poma de Ayala y Santa Cruz de Pachakuti para ascender el Popocatepetl entonando sonetos a la Sor Juana Inés de la Cruz y, en su esfumado viaje volcánico, sus versos huracanes, en vórtice esperpéntico, se disuelven en el barroco de Carpentier, el cual está en conversación con senderos bifurcados Borgianos y estructuras hipertextuales narrativas a lo Cortázar, de Rayuela y de *Blow Up*, *off course*; voces ancestrales que no me permiten imaginar una celebración de Día de Muerto para el autor Mignolo. Menos cuando al final, la carta del respetado Sarduy me recuerda el imaginario multi—geométrico y multidireccional que fundamenta el desligue de las narrativas realistas lineares eurocentradas impuestas por la matriz moderna colonial.

Y aquí relato mi experiencia intertextual en modo etnografía subjetiva para plasmar mi sentipensar en flujo por las vertientes narrativas de la novela. Al principio asumí una lectura letrada porque desde las primeras líneas estuve situado en un *mis-en-scene* que me obligó a activar mi ojo cinematográfico entrenado, primero en los cines habaneros, y más tarde en la escuela de cine de la Universidad de Iowa —allí leí a Roland Barthes, Foucault y Guy Debord—. Entonces tuve que re—recordar los filmes

de la *Nouvelle Vague*, especialmente los espléndidos jardines que Alain Resnais muestra en *L'Année dernière à Marienbad* (1961) cuando se muestra a la joven y hermosa mujer embarazada en su lujosa mansión de los altos. A lo largo de novela aparecen otros géneros cinemáticos como el melodrama mexicano cincuentero del fotógrafo reportero, el *film noir* a lo *The Maltase Falcon* (1941) estilo Humphry Bogart que cruza el océano Pacífico desde San Francisco hasta Hong Kong y el circo a lo Federico Fellini de Mirta y Orlando que nos recuerda a Giuletta Masina y Anthony Quinn protagonizando *La Strada* (1954).

Este último capítulo/secuencia inspira a darme cuenta que la novela en sí es un *road movie* que plasma cada escena en locaciones diferentes pero hilvanada por la identidad nómada del texto que refleja una migración—movilidad que cimienta la geometría global narrativa. Ahí está inscrita la experiencia de la piel, la teoría de la carne como la nombra Cherry Moraga, se hace teoría de lo vivido y entonces se vuelve ficción en un proceso imaginario sentipensado.

Si algo fundamenta la forma narrativa y su flujo multidireccional a lo largo de sus capítulos/escenas, es que hay una cámara ojo que escribe enmarcando el argumento en *bordeless frames*, encuadres sin marcos, pues como ojo, habita múltiples ejes destronando a los restringidos paneos y tildeos mecánicos del aparato/trípode cinematográfico. Mignolo, el autor narrador transcriptor, desestabiliza el trípode, acercando la narración a un *cinéma vérité* que le permite a la voz narrativa observar, describir, oler, tocar, dibujar, colorear para luego transcribir y transmitir la fugacidad de las historias. Yo me voy más por los experimentos cinemáticos de Fernando Solanas y su Tercer Cine y por el Cinema Novo de Glauber Rocha que con la cámara al hombro y un par de carretes de 16 mm en blanco y negro realiza *Deus e o Diabo na Terra do Sol* (1964).

Así entendí la geometría narrativa de la novela: ¡una serie de secuencias cuyo hilo conductor es la voz narrativa, el traveling y el cambio

del *mis-en-scene* recreando personajes otros y por eso no puedo matar al autor!

La descripción de la cámara Olympus L3 35 P indica la preocupación del narrador por ese ojo transcriptor que se desplaza a lo *cinéma vérité* por las secciones de la novela. Movimientos, desplazamientos, cruces, viajes, carreras, huidas, velocidad son los fundamentos estructurales de la novela, no la superficie de la escritura que puede desinteresar a un lector acostumbrado a causas y efectos establecido por el realismo balzaciano el cual entrelaza el flujo imaginario de la matriz moderna colonial. Puedo escuchar a los críticos eurocéntricos modernos: «Mignolo, where is the point?» Y es que en *Rebis en las landas del Bosque* no hay línea, ni puntos, ni closure, solo un flujo discursivo que cambia del acuerdo al estilo de género fílmico que autor escoge para enmarcar la secuencia.

Imagino a Mignolo de joven, estudiando en un París revuelto, histórico, conmovido por la historia global, pero invadido por una publicidad espectacular que sofoca la vida, que se avienta a la cara de los consumidores para recalcar el ansia de renovación capitalista en sus diseños gráficos, los cuales entretejen las avenidas y el subconsciente consumista con las elegantes tiendas y los decorados cafés en donde Karl y Robert conversan banalidades en espera de las fiestas nocturnas del viernes en las laderas situadas a las afueras de la ciudad. ¡Que esta se llame Tex City es una ironía que bordea la paradoja postestructuralista!

Al recordar que el Mignolo que conozco, quien es el autor de la novela, pero antes de yo conocerlo, es conocedor de signos gráficos y lenguas modernas, el párrafo en el cual se ausentan las comas denota ya una semilla decolonial conocedora de la deconstrucción y del valor de la oralidad por encima de la sintaxis moderna impuesta para privilegiar ciertas clases y saberes.

La crítica ambientalista a la contaminación en Tex City es precursora. Que el poder estatal y la policía de por hecho que la nube contaminante proviene de humo del Opium es una ironía que obliga a reposicionar el *point of view* desde donde se lee y focaliza la narrativa. Esta ironía creó una ruptura brechtiana capaz de reconfigurar mi conceptualización crítica, pues el imaginario de la colonialidad del poder refleja una ignorancia que impulsa a la violencia y a la contratación de la mercenaria Rebis—podría ser el doble femenino de James Bond— para que extermine a los fumadores de Opium y desbarate el movimiento social.

Mignolo, el autor que escribe situado en los años de la novela puede describir a los otros, pero no entra a la piel de sus personajes masculinos. Esa manía de observar otros (*othering*) personajes y la incapacidad de *othering the male self* se manifiesta en varias secciones de la novela y se refleja en la desventaja de hacer sentir a los personajes masculinos. Mientras la descripción de personajes femeninos sirve para criticar el racismo, delinear a Rebis como una mujer exótica e imaginar relaciones lésbicas con Johanas y el clítoris de Mirta cuando se apareja con Orlando. En la primera sección hay un pasaje en donde el coito se narra desde una visión patriarcal cuando se argumenta la inserción del pene como inicio del apareamiento sexual. Tal vez el autor, en los años 60, no había comprendido que la mujer puede iniciar el juego al sentarse sobre el hombre y mantener el poder hasta que ella decida. Pero en aquellos tiempos, Spivak, Judith Butler y Rita Segato aún no habían contrarrestado esas ideas patriarcales con sus manuscritos subversivos y el feminismo de Simone de Beauvoir era dirigido a las mujeres blancas de clase media y adineradas que veían al hombre como su enemigo, sin entender que el poder patriarcal también oprime a los hombres heterosexuales, no binarios y sexualidades diversas.

La aparición de Rebis en la segunda sección desata un andar laberíntico borgiano convertido en una aventura amazónica que sirve de *backdrop* para engrandecer las habilidades militares de Rebis, quien al ser mujer,

subvierte el género de aventura construido para exaltar la ilusión de poder masculino y su ego individualista, ego, el cual, según Lacan, solo puede ser visualizado en un espejo que nunca llega a sanar el trauma patriarcal porque verse en el espejo no es lo mismo que mirarse hace adentro como propone Frantz Fanon cuando recomienda sanar la violencia.

Rebis atraviesa lustrosos parques, selvas, túneles y calles, siempre evadiendo el ataque de seres «primitivos» para adentrarnos en una proyección fílmica que nos recuerda al *Blow Up* de Cortázar, aunque el filme de Antonioni logra amplificar la granularidad pictórica que indica la presencia del asesino.

Suspense, *thriller*, drama, docudrama, *film noir*, *cinéma vérité*, policiaco detectivesco que exalta el melodrama étlico mexicano de los años cincuenta en el cual una mala mujer aparece y desaparece —aquí hay otra cualidad de la novela, la casualidad que nos recuerdo al *Teorema* Pasolini que no necesita justificar la vida anterior ni la desaparición del personaje después que agencia el cambio—.

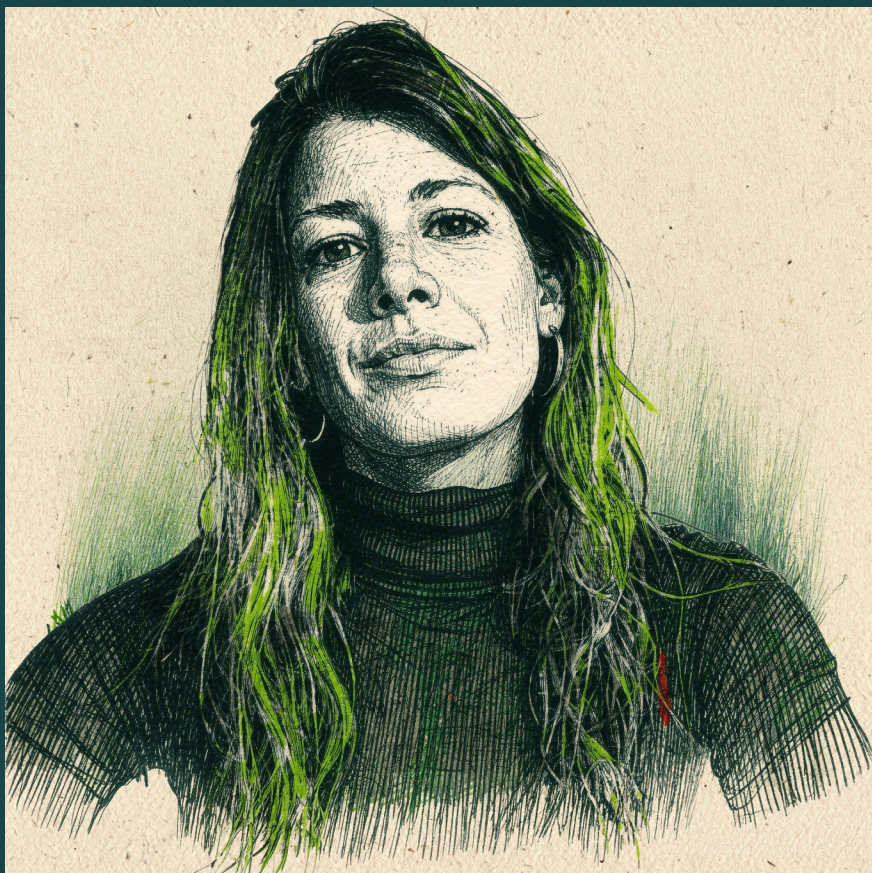
Si Severo Sarduy estuvo encantado cuando leyó la primera edición de *Rebis en las landas del Bosque* es porque en su esencia, el flujo incontenible de la narración es un barroco multidireccional que yo encuentro en la novela *Cobra* (1972), el poemario *Big Bang* (1974) y la novela *Colibrí* (1984).

Y como Mignolo no ha muerto —no soy postestructuralista, repito— quiero imaginar, más bien especular qué podría escribir o cómo podría narrar el Mignolo que ahora carga una experiencia de vida más sensorial, menos patriarcal, más conocedor sí mismo, menos cauteloso, más conocedor de la matriz moderna colonial y de otros logos del sentipensar y del hacer.

Raúl Moarquech Ferrera-Balanquet

* * *

Raúl Moarquech Ferrera-Balanquet (La Habana, 1958) es un artista interdisciplinario, escritor, investigador, curador y académico cubano radicado entre Estados Unidos y México. Integrante de la Generación Mariel, llegó a Estados Unidos en 1980 durante el éxodo del Mariel y desarrolló una destacada trayectoria internacional en los campos del arte contemporáneo, el video, la performance, la investigación cultural y los estudios decoloniales. Es doctor por la Duke University y posee una maestría en Bellas Artes por la University of Iowa. Ha sido becario Fulbright, co-director ejecutivo de la Galería de Arte de Howard University, fundador de proyectos comunitarios como Afroyucatecx y curador de la Bienal Arte Nuevo InteractivA. Su obra —que incluye instalaciones, audiovisuales, acciones comunitarias y performances— ha sido exhibida y estudiada en numerosos países de América, Europa y Oceanía, y ha recibido reconocimientos de instituciones como FONCA, Foundation for Contemporary Arts y el National Endowment for the Arts. Su trabajo explora las relaciones entre cultura, memoria, migración, identidad y pensamiento decolonial, con el propósito de visibilizar y fortalecer diversas voces y experiencias culturales.



Rebis en las landas del bosque es testimonio de ese borramiento de la última frontera, la del significado y las cosas, dejando al descubierto que el territorio que nos queda es el político: cuando se rompe esa última frontera ya no queda un significado oculto qué desentrañar o robarle a las cosas; estas colapsan en la narración que las produce, en la superficie signifiante. Lo que queda es el juego de la disputa por el sentido mismo y la interpretación que crea el orden de las cosas.

Bárbara Aguer



Imagino a Mignolo de joven, estudiando en un París revuelto, histórico, conmovido por la historia global, pero invadido por una publicidad espectacular que sofoca la vida, que se avienta a la cara de los consumidores para recalcar el ansia de renovación capitalista en sus diseños gráficos, los cuales entretejen las avenidas y el subconsciente consumista con las elegantes tiendas y los decorados cafés en donde Karl y Robert conversan banalidades en espera de las fiestas nocturnas del viernes en las laderas situadas a las afueras de la ciudad. ¡Que esta se llame Tex City es una ironía que bordea la paradoja postestructuralista!

Raúl Moarquech Ferrera-Balanquet





REBIS

EN LAS LANDAS DEL BOSQUE

Walter D. Mignolo

 REVISTA
Cronopio[®]